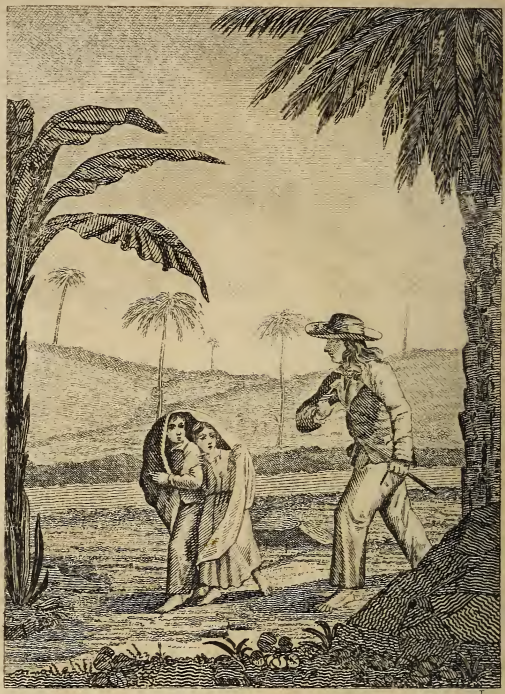
PQ 2065
.P3 S7

THE LIBRARY OF CONGRESS

THE LIBRARY OF CONGRESS

PABLO Y VIRGINIA.

Front.



PABLO

Y

VIRGINIA.

POR

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

. . . miseris succurrere disco.
ENEID. lib. I.

TRADUCCION CASTELLANA

ADORNADA CON CINCO HERMOSAS LAMINAS.

LIBRARY OF CONGRESS
CITY OF WASHINGTON

PARIS,
EN LA IMPRENTA DE PILLET AINÉ,
CALLE DE GRANDS-AUGUSTINS, N° 7.

1834.

PQ2065
P3S7

PROLOGO DEL AUTOR.

Me he propuesto grandes designios en esta obrita, en la cual he procurado pintar un suelo, y producciones diferentes de las de nuestra Europa. Harto tiempo han estado en posesion nuestros poetas de poner á reposar sus amantes á las orillas de los arroyuelos, en las praderías, y á la sombra de las hayas. Yo he querido sentarlos en las riberas del mar, al pie de los peñascos, á la sombra de los cocoteros, de los plátanos y limoneros en flor. No faltan á la otra parte del mundo sino Teócritos y Virgilios para que tengamos descripciones tan interesantes, á lo ménos, como las de nuestro pais. Sé que algunos viageros de gusto nos han hecho pinturas encantadoras de muchas islas

del mar del Sur, pero las costumbres de los habitantes, y aun mas las de los Europeos que aportan á ellas, afean y desfiguran por lo regular estos cuadros. Yo he deseado reunir á la belleza de la naturaleza, entre los trópicos, la belleza moral de una sociedad poco numerosa, proponiéndome al mismo tiempo demostrar grandes verdades; entre otras : « que nuestra felicidad consiste en vivir segun las leyes de la naturaleza y de la virtud, dirigidas por las infalibles verdades del evangelio. »

Para pintar familias felices, no he necesitado inventar una novela. Puedo asegurar que las de que voy á hablar, han existido realmente, que su historia es verdadera en sus principales acontecimientos, certificados en mi presencia por muchos colonos, á quienes he conocido en la isla de Francia. No he hecho mas que añadir algunas cir-

cunstancias indiferentes, que siéndome por otra parte personales, tienen, hasta en esto, cierta especie de realidad. Cuando formé, algunos años ha, un diseño muy imperfecto de esta especie de pastoral procuré leérsela á una dama que frecuentaba lo que se llama el gran mundo, y á personages graves que vivian muy apartados de él, á fin de prever el efecto que produciria su lectura en gentes de caractéres tan diversos, y tuve la satisfaccion de verlos á todos derramar lágrimas. Este fué el único juicio que pude formar de la obra, y esto era cabalmente lo que yo deseaba ver comprobado.

Mas como, por lo comun, la presuncion es un vicio compañero de la cortedad del talento, caí en la vanidad, con tan buen suceso, de intitular mi obra: *Pintura de la naturaleza.* Pero habiendo reflexionado despues, por dicha mia, cuan distante estoy de

conocer el clima en que nací, cuan rica, variada, amable, magnífica y misteriosa se presenta la naturaleza en aquellos paises, donde no he visto sus producciones, sino de paso; y por último, cuan ageno me hallo de poseer aquella sagacidad, espresion y gusto que se requieren para conocerla y retratarla, volví en mí y agregué este débil ensayo á mis *Estudios de la naturaleza*, que el público ha acogido con tanta benignidad, á fin de que recordándole este título mi incapacidad, merezca como hasta aquí la continuacion de su indulgencia.

PABLO

Y

VIRGINIA.

En la ladera oriental del monte que se eleva á espaldas de Puerto-Luis, en la isla de Francia, se ven, en un terreno antiguamente cultivado, las ruinas de dos pequeñas chozas, situadas casi en el centro de una ensenada rodeada de escarpadas rocas, y con sola una entrada al norte. A la parte izquierda de este sitio, se descubre la montaña llamada el Morro de la Descubierta, que es la atalaya desde donde se señalan las naos que aportan á la isla, y al pie de ella, la ciudad nombrada Puerto-Luis; sobre la derecha el camino, que va de Puerto-Luis

al arrabal de las Pamplemusas, en seguida la iglesia de este nombre, que se eleva, con sus avenidas de bambúes ó cañas, en medio de una espaciosa llanura; y mas allá un bosque que se estiende hasta las estremidades de la isla. Enfrente se distingue la Bahia del Sepulcro en la playa del mar; un poco mas sobre la derecha el Cabo desgraciado; y despues del cabo, el anchuroso océano, donde aparecen, á flor de agua, varios islotes inhabitados, entre otros el llamado Mira, que parece un baluarte en medio de las olas.

A la entrada de esta especie de ensenada, desde donde se descubre tanta variedad de objetos, los ecos del monte repiten sin cesar el zumbido de los vientos que agitan los bosques inmediatos, y el susurro de las olas que se estrellan á lo léjos en los arenales y peñascos. Mas al pie de las chozas, no se siente ningun ruido, ni se descubren en todo su contorno mas que enormes riscos, escarpados á manera de murallas, á raiz de los cuales, en sus grietas, y hasta en sus ci-

mas, crecen grupos de árboles donde se detienen las nubes. Las lluvias atraidas por sus picos, retratan muy amenudo en las verdipardas lomas del monte los colores del Iris, y proveen de agua las fuentes de que se forma en la falda el pequeño rio nombrado de los Lataneros.

En su circunferencia, reina un profundo silencio, y todo es apacible, el aire, la luz y las aguas. El éco apénas repite allí el murmullo de las palmeras, que crecen en la eminencia, cuyas largas hojas, rematando en forma de flecha se ven continuamente agitadas por los vientos. Una apacible claridad ilumina el fondo de este recinto, adonde no penetra el sol hasta el medio dia; pero desde que apunta la aurora, bañan sus rayos toda la cumbre, cuyos elevados picos, sobrepujando á las sombras del monte, parecen de oro y púrpura sobre el azul de los cielos.

Gustaba yo de frecuentar este sitio donde se goza á un tiempo la vista de un inmenso horizonte, y la soledad mas profunda. Es-

tando pues sentado un dia al pie de estas chozas, examinando sus ruinas, pasó no léjos de mí un hombre de avanzada edad, descalzo, con calzon largo y chaqueta, segun la costumbre de los antiguos habitantes del pais, y un cayado de ébano en la mano en que se apoyaba. Eran sus cabellos blancos como la nieve, y su fisonomía magestuosa y noble. Saludéle con respeto, y él me correspondió con el mismo; y habiéndose parado á mirarme con atencion un breve rato, se dirigió adonde yo estaba, y se sentó á mi lado. Animado yo con esta demostracion de confianza, le dirigí la palabra en estos términos.

« ¿ No me diréis, buen amigo, á quien han pertenecido estas chozas? » Y él me respondió: «Estos escombros, señor, y este terreno inculto, fuéron habitados, veinte años ha, por dos familias que habian encontrado aquí la felicidad. Su historia es de las mas tiernas; pero en esta isla, que está al tránsito para las Indias orientales, qué Europeo puede interesarse en la suerte

de algunos particulares obscuros: ¿ Quien querria vivir aquí feliz, pero ignorado y pobre? Los hombres solo desean saber las historias de los grandes y poderosos de la tierra, que acaso no son de tanto provecho. »

« Ya conozco, amigo, le contesté, en vuestro semblante y modo de espresaros, que poseeis gran caudal de razon y de esperiencia, y así, si no estais de prisa, os ruego me digais todo lo que sabeis acerca de los antiguos moradores de esta serranía: y creed que el hombre, aun el mas depravado con las preocupaciones del mundo, se complace en oir hablar de la felicidad que proporcionan la naturaleza y la virtud, dirigidas por la religion. »

Entónces el anciano, despues de haber tenido aplicada breve rato la mano á la frente, como en ademan de quien procura traer á la memoria diversas circunstancias de algun hecho, me refirió lo siguiente.

En el año de 1726, un jóven natural de Normandía llamado M. de La Tour, despues de haber solicitado, aunque inútil-

mente, entrar en el servicio del rey de Francia, y los auxilios necesarios de su familia para este fin, determinó pasar á esta isla con el objeto de mejorar su suerte. Traia en su compañía á una hermosa jóven, á quien amaba con ternura, y era igualmente correspondido de ella, con la cual se habia casado en secreto y sin ninguna dote; porque siendo ella de una rica y antigua casa y familia de su provincia, se habian opuesto al casamiento los parientes, con el pretesto de que M. de La Tour, no era de noble linage y caballero. Dejóla en Puerto-Luis á pocos dias de su llegada, y se embarcó para Madagascar, con la esperanza de comprar en aquella isla algunos negros, y volverse prontamente á hacer aquí un establecimiento. En efecto, desembarcó en Madagascar á mediados de Octubre, que es allí la estacion mas peligrosa; y á pocos dias de haber desembarcado, murió de las fiebres pútridas, que reinan en aquella isla casi los seis meses del año, y que impedirán siempre á las

naciones europeas formar en ella establecimientos fijos.

Todos sus efectos fuéron disipados, despues de su fallecimiento, como ordinariamente sucede á los que mueren léjos de su patria. Su muger se halló sola en Puerto-Luis, viuda, en cinta, y sin mas bienes propios que una negra, en un pais estraño, sin crédito, ni recomendacion alguna. Decidida en tan triste situacion, á no mendigar favores de ningun hombre, despues de la muerte del único á quien tiernamente habia amado, é inspirándole valor su misma desgracia, determinó cultivar con su esclava, una corta porcion de terreno, á fin de adquirirse su subsistencia con el sudor de su frente.

En una isla, casi desierta, cuyo suelo estaba á discrecion del primero que llegaba, no quiso esta pobre viuda elegir los parages mas feraces, ni los mas proporcionados para el comercio, sino que buscando alguna quebrada de monte, algun asilo encubierto donde poder vivir desconocida y sola,

se encaminó á estas breñas, para guarecerse en ellas como en un nido.

Es como una especie de instinto, comun á todos los seres sensibles y afligidos, el refugiarse á los sitios mas ásperos y desiertos; comosi los peñascos fuesen baluartes contra el infortunio, ó como si la tranquilidad de la naturaleza pudiese calmar la inquietud y zozobras del ánimo conturbado. Pero la providencia, que viene en nuestro auxilio cuando solo buscamos los bienes necesarios, tenia reservado uno á madama de La Tour, que no dan ni pueden dar el poder y las riquezas. ¿ Y cual era este bien? Una amiga.

Un año habia que habitaba en este mismo sitio una buena muger, activa y sensible, llamada Margarita. Era natural de la Bretaña, hija de unos pobres labradores, que la amaban como á las niñas de sus ojos, y la hubieran hecho feliz, si ella incauta no hubiera tenido la flaqueza de dar crédito á las insinuaciones amorosas de un caballero de su vecindad, aseguradas con la promesa de

futuro matrimonio. Mas este inhumano, habiendo saciado su libidinosa pasion, la abandonó con crueldad, y aun se negó á asegurarle una subsistencia para el fruto que ya llevaba en sus entrañas. Ella entónces, persuadida de su desgracia, se resolvió á dejar para siempre el lugar de su nacimiento, y venir á ocultar su fragilidad á las colonias, léjos de su patria, donde habia perdido la única dote de una doncella honrada y pobre, la reputacion. Un negro, ya de edad, que Margarita habia adquirido con algun dinero prestado, cultivaba con ella una rinconada de este terreno, y vivian felices.

Madama de La Tour, seguida de su negra, halló en este sitio á Margarita, que estaba dando de mamar á su hijo; y alegrándose estraordinariamente de encontrar á una muger en situacion tan parecida á la suya, le significó en pocas palabras su estado antiguo y sus necesidades actuales. Inmediatamente que oyó Margarita la relacion de madama de La Tour, quedó penetrada de com-

pasion hácia ella; y queriendo merecer su confianza, mas bien que su estimacion, le confesó, sin disimular nada, la imprudencia que habia cometido, añadiendo: Yo sí que he merecido la suerte que me cabe; pero vos, señora.... sin culpa y desgraciada! Y despues de esto le ofreció con lágrimas su choza y amistad.

Madama de La Tour penetrada de gratitud al ver tan tierna y generosa acogida, le dijo estrechándola entre sus brazos: « ¡ Ay buena amiga! sin duda quiere el cielo poner término á mis crueles penas, pues os inspira mucha mas compasion hácia mi, siendo como soy para vos una persona estraña, que la que he hallado hasta ahora en mis deudos mas cercanos. »

Yo conocia á Margarita, y la visitaba como amiga, pues aunque vivo legua y media de aquí en el bosque que está de la otra parte de la Montaña larga, me consideraba como vecino suyo. En las ciudades de Europa, una calle, un simple muro impiden á los miembros de una misma familia juntarse y

comunicarse años enteros; pero en las nuevas colonias se miran como vecinos aquellos que solo viven separados por alguna montaña ó bosque. En aquel tiempo con particularidad, en que esta isla apénas tenia comercio con las Indias, la simple vecindad era un título para la amistad, y la hospitalidad con los estrangeros una obligacion y un placer.

Cuando supe que mi vecina tenia compañera, vine á visitarla para ofrecerle mis servicios y ser de alguna utilidad á entrámbas. Hallé en madama de La Tour una muger de una fisonomía atractiva llena de dignidad y melancolía, y en dias de parir. Yo les dije que convenia (por el interes de sus hijos, y particularmente por evitar que otro colono se apoderara del terreno) partiesen entre sí el fondo de este valle, cuya estension es de cerca de veinte yugadas.

Ellas se pusiéron en mis manos para esta division, y yo formé dos porciones casi iguales. La una contenia la parte superior de este recinto, desde la estremidad de esos

peñascos cubiertos de nubes, donde tiene su nacimiento el rio de los Lataneros hasta aquella abertura escarpada que veis en lo alto del monte, llamada la Cureña, porque efectivamente se semeja á una cureña de cañon. El fondo de este suelo es un puro pedregal, por el cual apénas se puede caminar; pero no obstante, produce frondosos árboles, y está manando en fuentes y arroyuelos.

En la otra porcion entraba toda la parte inferior, que se estiende á la larga de las márgenes del rio de los Lataneros hasta esta garganta donde nosotros estamos, desde la cual comienza á correr el rio entre dos colinas hasta el mar. Ya alcanzais á ver desde aquí aquellos listones ó fajas de prados, y un terreno bastante igual y llano; pero ni por ese es mejor que el otro, porque en lloviendo se vuelve pantanoso, y en tiempo de sequedad duro como un guijarro.

Verificadas estas divisiones, persuadí á las dos, echaran suertes sobre su propiedad. Cupo en suerte la parte superior á madama

de La Tour, y la inferior á Margarita, quedando una y otra contentas con su parte; pero me pidiéron que no me alejara de estas inmediaciones, con el fin de que pudiéramos vernos á menudo, ayudarnos y valernos mutuamente en nuestras cuitas.

Pero todavía se necesitaba una habitacion particular para cada una. La de Margarita estaba situada en medio del llano, precisamente en los confines de su terreno. Determiné, pues, construir otra igual, allí inmediato, en los lindes del de madama de La Tour para su habitacion; por manera que estas dos amigas vivian vecinas una de otra, y en la propiedad respectiva de sus familias. Yo mismo corté las maderas en el monte, y conduje de la ribera del mar las hojas de los lataneros, para levantar esas dos chozas que teneis á la vista sin puertas ni tejado. Ay de mí triste! demasiados vestigios existen todavía para tormenta de mi memoria! El tiempo que con tanta rapidez reduce á polvo los monumentos de los imperios, parece que respeta en este lugar solitario los de

la amistad, para perpetuar mi dolor hasta el fin de mis dias!

Apénas habia yo concluido la segunda choza, cuando madama de La Tour dió á luz una niña; y como yo habia sido padrino del hijo de Margarita, que se llamaba Pablo, me rogó madama de La Tour, lo fuese tambien de su hija, juntamente con su amiga. Esta puso por nombre á la recien nacida, Virginia, y dijo: « Ella será virtuosa y feliz: yo no conocí la desgracia hasta que me estravié del camino de la virtud. »

Luego que madama de La Tour hubo convalecido de su parto, empezáron á tomar incremento estas dos pequeñas posesiones, con el auxilio que yo de tiempo en tiempo les presentaba, y principalmente con el trabajo continuo de sus esclavos. El de Margarita, llamado Domingo, era un negro todavía robusto, bien que ya de dias, lleno de esperiencia, y dotado de un entendimiento bastante despejado. Cultivaba indiferentemente los dos terrenos, segun le parecian mas ó ménos feraces, sembrando en

ellos las simientes para que eran mas proporcionados. En las tierras medianas sembraba mijo y maiz; algo de trigo en las buenas; arroz en las pantanosas; y á raiz de las peñas, pepinos, calabazas y cohombros, que tienen la propiedad de trepar, serpeando hasta lo mas encumbrado de ellas. En los terrenos secos plantaba batatas, donde se dan dulces como la miel; el árbol del algodon en las eminencias; cañas de azúcar en las tierras recias; el café en las colinas, cuyo grano sale muy menudo, pero de excelente calidad; en las márgenes del rio, y al rededor de la habitacion bananas, que dan varias veces al año abundante fruta y deliciosa sombra; y finalmente, algunos pies de la planta del tabaco para divertir con la pipa sus propios cuidados y los de sus buenas amas. Iba al monte á cortar leña para la lumbre, componia y allanaba los caminos fragosos con las piedras que arrancaba de esta y de la otra parte; y ejecutaba todas estas obras con inteligencia y actividad, porque las hacia con zelo.

Queria mucho á Margarita, y no ménos á madama de La Tour, con cuya negra se casó cuando nació Virginia. Amaba apasionadamente á su muger, que se llamaba María, y era nativa de Madagascar, de donde trajo alguna industria como la de hacer canastillos de junco y telas de yerbas silvestres. Era María hacendosa, limpia, sumamente fiel, mañosa para hacer de comer, criar gallinas, é ir á vender de tiempo en tiempo á Puerto-Luis el sobrante de las dos familias, que ya veis cuan poco seria. Si á esto agregais dos cabras criadas para dar leche á los hijos, y un mastin que guardaba de noche las posesiones, tendréis una idea cabal de toda la riqueza y menage de estas dos pequeñas caserías.

Ocupábanse las dos amigas en hilar algodon, desde por la mañana hasta la noche, de cuyo trabajo sacaban lo mas preciso para sustentarse á sí y á sus familias; pero por otra parte carecian de las demas comodidades de la vida, siendo tal su pobreza, que solo se ponian zapatos los dias festivos para

ir á oir misa muy de madrugada, á la iglesia de las Pamplemusas, que veis allá abajo. Verdad es que hay mucha mas distancia desde aquí á la citada iglesia que á Puerto-Luis; pero ellas iban muy rara vez á este último pueblo, por evitar el desprecio de las gentes, viéndolas vestidas de tosco coton azul de Bengala, que es la tela ordinaria de que aquí se visten los esclavos.

Pero, en buenos términos, ¿la opinion y estimacion de las gentes pueden equivaler jamas á la felicidad doméstica? Si estas buenas mugeres pasaban un poco de mortificacion fuera de su casa, encontraban en ella á la vuelta tanta mas satisfaccion y consuelo. Apénas las alcanzaban á ver Domingo y María desde esta altura, por el camino de las Pamplemusas, bajaban al punto muy alegres hasta la falda, para ayudarles á subir; y leyendo ellas en los ojos de sus esclavos el gozo que tenian en verlas volver, hallaban en sus casas el aseo, la franqueza, y los bienes que únicamente debian á sus propias fatigas, y á las de unos criados como

los suyos penetrados de verdadero zelo y cariño. Ellas mismas, unidas por las mismas necesidades é infortunios, dándose mutuamente los dulces nombres de amiga, hermana y compañera, no tenian mas que una voluntad, un interes y una mesa, siendo todo comun entre las dos. Una religion pura acompañada de costumbres castas é irreprensibles, dirigia su espíritu hácia la vida futura, como la llama que vuela hácia el cielo, cuando le falta pábulo sobre la tierra.

El desempeño de las obligaciones de la naturaleza aumentaba la felicidad de su sociedad, y su amistad mutua se redoblaba á la vista de sus hijos, fruto de unos amores igualmente malogrados. Se complacian en lavarlos en un mismo baño, en acostarlos en una misma cuna, y en cambiarles á veces de pecho; y en semejantes ocasiones solia decir madama de La Tour á Margarita: « Amiga, cada una de nosotras tendrá dos hijos, y cada uno de nuestros hijos dos madres ». Ambas reclinadas sobre las cunas

de sus hijos, hablaban ya de su casamiento; y esta perspectiva de felicidad conyugal, con que ellas engañaban sus propias penas, remataba comunmente por hacerlas llorar, acordándose la una de que sus males le habian sobrevenido por haber mirado con descuido el himeneo, y la otra por haberse sometido á sus leyes; aquella por haber querido elevarse sobre su estado, y esta por haber bajado de él. Pero en medio de estas consideraciones, se consolaban con la dulce idea de que sus hijos, mas felices que ellas, gozarian algun dia de los puros y sabrosos placeres del amor conyugal, y la venturosa paz que resulta de la igualdad en los matrimonios.

En efecto, nada era comparable al amor que los dos niños empezaban á tenerse. Si Pablo se quejaba, le presentaban á Virginia, y al punto que la veia, se sonreia y callaba. Si Virginia se hallaba en algun apuro, inmediatamente se advertia por los gritos de Pablo; pero esta amable niña disimulaba al instante cualquiera desazon,

por que él no participara de ella. Nunca llegaba yo á estas chozas que no los encontrase abrazados en medio del campo, sosteniéndose uno á otro por debajo de los brazos, cuando apénas podian tenerse de pie, bien así como suele representarse en el cielo; la constelacion de Géminis. ¡ Cuantas veces me he deleitado en verlos tendidos en el suelo, profundamente dormidos y soñando, hasta tener que despertarlos para libertarlos de la pesadilla de los sueños, que regularmente perturban la imaginacion de los muchachos!

Luego que empezáron á hablar, los primeros nombres que aprendiéron á darse, fuéron los de hermano y hermana, que son los mas dulces que conoce la infancia. Su educacion no hizo mas que redoblar su amistad, dirigiéndola hácia sus necesidades recíprocas. Virginia se halló muy temprano en estado de gobernar la casa, cuidar de su aseo y disponer una comida campestre, siendo elogiada siempre por su hermano en todo lo que hacia. Pablo todo el dia en con-

tinuo movimiento cavaba en el jardin con Domingo, ó le seguia al monte con una machuela en la mano; y si por el camino avistaba una hermosa flor, alguna fruta rara ó un nido de pajaritos, aun cuando estuviera en la cima de un árbol, trepaba á él para cogerle y llevársele á su hermana.

Cuando se le encontraba á el uno en algun parage, era seguro que el otro no estaba léjos. Un dia que yo bajaba de la cumbre de ese monte, divisé á Virginia al estremo de la huerta, que corria hácia casa con el zagalejo por encima de la cabeza, para defenderse del agua de una nube pasagera. De léjos la creí sola; pero habiéndome acercado para conducirla de la mano y ayudarla á caminar, ví que llevaba del brazo á Pablo, casi todo tapado con el zagalejo, y muy ufanos los dos de verse á cubierto del aguacero, debajo de aquel para-aguas de su invencion. Los dos graciosos niños, cobijados con el ahuecado zagalejo, me hiciéron acordar entónces de

los hijos de Leda, encerrados en una misma concha.

Todo su estudio le ponian en complacerse uno á otro, y ayudarse mutuamente. No sabian leer ni escribir, eran ignorantes como los criollos, y no vivian inquietos por averiguar lo que habia pasado en tiempos remotos ó léjos de ellos, ni se estendia su curiosidad mas allá de este monte. Creian que el mundo no pasaba de las estremidades de su isla, y no se figuraban que hubiese cosa buena ni apetecible donde ellos no estaban. Su afecto mutuo y el de sus madres ocupaban toda la actividad de sus almas. Ignoraban lo que era robo, porque todo era comun entre ellos; no conocian la mentira, porque no tenian verdades que disimular; ni ménos la gula y la intemperancia, porque tenian á su discrecion manjares simples é inocentes. Sus religiosas madres les habian enseñado á temer y amar á Dios, inspirándoles una sublime idea de sus atributos; y veneraban á la divinidad en la iglesia, en su casa, en los campos y en los

bosques, levantando á todas horas al cielo sus manos inocentes, y un corazon penetrado del amor de sus madres.

Así se pasó su primera infancia, como una bella aurora, que anuncia un dia mucho mas hermoso y apacible. Ya llegó el tiempo de aliviar á sus madres en el cuidado de los negocios domésticos. Inmediatamente que el canto del gallo anunciaba la venida de la aurora, se levantaba Virginia, iba por agua á la vecina fuente, y volvia con ella á casa para disponer el desayuno. De allí á poco, luego que el sol doraba con sus rayos de fuego las cimas de este recinto, se pasaban Margarita y su hijo á la choza de madama de La Tour, donde daban gracias á Dios todos juntos ántes de ponerse á almorzar. Comunmente se desayunaban á la puerta de casa, sentados sobre la verde alfombra de fragante yerba, debajo de los frondosos bananos, que á un mismo tiempo les suministraban manjar preparado en su sabrosa fruta, y delicado mantel en sus anchas y lustrosas hojas.

Un alimento abundante y saludable contribuia á que medraran rápidamente los dos jóvenes, y una educacion dulce pintaba en su fisonomía la pureza y contento de sus almas. Virginia no tenia mas que doce años, y su estatura era ya mas que mediana. Sus largos y rubios cabellos le sombreaban la frente, y sus ojos azules y labios de coral brillaban con apacible esplendor sobre la blanca y fresca tez de su semblante. Las niñas de sus ojos se sonreian de concierto siempre que hablaba; mas cuando estaba callada, su oblicuidad natural hácia el cielo, les daba toda la espresion de una sensibilidad estremada, y aun de una ligera melancolía.

En Pablo se descubrian ya todos los caractéres de un hombre en medio de las gracias de la adolecencia. Su estatura era mayor que la de Virginia, el color de su rostro mas atezado, su nariz mas aguileña, y sus ojos, que eran negros como el azabache, tendrian algun tanto de altivez, si las largas pestañas, que á manera de pince-

les brillaban en contorno de ellos, no les hubieran comunicado la mayor apacibilidad y dulzura. Aunque todo el dia estaba en continuo movimiento, se sosegaba al instante que veia á su hermana, é iba á sentarse á su lado. En la mesa apénas se decian una palabra; y en su silencio, en la naturalidad de sus posturas, como en la hermosura de sus pies descalzos, me parecia estar viendo varias veces uno de aquellos grupos antiguos de mármol blanco, que representa algunos de los hijos de Niobe.

Aunque madama de La Tour observaba con complacencia el aumento de las gracias y atractivos de su hija, sentia sin embargo cierta inquietud secreta, igual á su ternura, que le hacia decirme algunas veces: «¿Qué seria de la pobre Virginia, si yo faltase?»

Tenia en Francia madama de La Tour una tia, de distinguido nacimiento, rica, vieja y solterona, la cual se habia negado cruelmente á socorrerla, cuando se casó en secreto, y á quien desde entónces habia jurado no recurrir en su vida, aunque se viese

reducida á la última miseria. Pero desde que fué madre, ya no temió el sonrojo de ser desatendida.

Escribióle á su tia la inesperada muerte de su marido, el nacimiento de su hija, y la triste situacion en que se hallaba en un pais tan distante del suyo, sin amigos ni parientes, y con la nueva carga de una niña; pero no tuvo respuesta. A pesar de este desaire, y de ser madama de La Tour de un carácter firme y elevado, no temió humillarse y esponerse á las injurias de su tia, que nunca le habia perdonado el haberse casado con un hombre que, aunque honrado, era de nacimiento inferior al suyo; y así continuó escribiéndole, siempre que hallaba ocasion, á fin de excitar su compasion á favor de Virginia. Pero se pasáron algunos años sin recibir de ella la menor señal de reconciliacion.

Ultimamente en 1758, á los tres años de haber llegado á esta isla su gobernador, M. de la Bourdonnais, supo madama de la Tour que este señor tenia para ella una carta

de su tia. Corrió al instante á Puerto-Luis, sin reparar en aquella ocasion en presentarse mal vestida, haciéndola superior á todos los respetos mundanos la alegría maternal que la alentaba.

El contenido de la carta de la tia se reducia á decir á la sobrina : « Que era merecedora de la suerte que tenia, por haberse casado con un aventurero libertino; que las pasiones llevaban en pos de sí el castigo; que la muerte prematura de su marido era uno de los mas justos del cielo ; que habia hecho muy bien en pasar á las islas, ántes que deshonrar á su familia en Francia; finalmente que estaba en buena tierra, donde todo el mundo hacia fortuna ménos los holgazanes. »

Despues de haberla vituperado de este modo, concluia alabándose á sí misma, y diciendo : « Que ella, para evitar las consecuencias, casi siempre funestas del matrimonio, no habia querido casarse jamas ». Pero la verdad del hecho es, que como tenia una ambicion desordenada, no habia inten-

tado casarse, sino con un hombre de muchas circunstancias; mas á pesar de sus grandes riquezas, y de que en la corte todo se mira con indiferencia, ménos el dinero, no hubo quien quisiera tomar por esposa á una muger tan fea, y de entrañas tan crueles.

En post-data añadia: « Que sin embargo de todo lo dicho, la habia recomendado eficazmente á M. de la Bourdonais. » Y en efecto lo habia hecho así; pero segun la costumbre demasiado recibida hoy dia, que hace á un protector mas temible que un enemigo declarado. El caso es, que á fin de justificarse para con el gobernador de la crueldad con que habia tratado á su sobrina, la habia calumniado, aparentando compadecerse de ella.

Madama de La Tour, á quien cualquiera otro hombre indiferente no hubiera podido mirar sin interes y respeto, fué recibida con mucha frialdad de M. de la Bourdonais, prevenido de antemano contra ella; y solo contestó á la patética esposicion que le hizo de su triste situacion y de la de su hija, con

estas enfáticas y duras espresiones, propaladas interrumpidamente : « Yo veré..... discurrirémos..... con el tiempo..... ¡son muchos los necesitados!..... ¿porqué disgustar á una tia respetable?..... vos sois la que teneis toda la culpa. »

Volvióse madama de La Tour á su choza, con el corazon anegado en sentimiento, y traspasado de amargura. Inmediatamente que entró en casa se sentó, arrojó la carta de su tia sobre la mesa, y esclamó á su amiga : « ¡He aquí el fruto de once años de paciencia! » Pero como ninguno sabia leer sino ella, volvió á tomar la carta, y se la leyó á Margarita á presencia de sus hijos.

Apénas hubo acabado, cuando Margarita le dijo con desenfado : « ¿Qué necesidad tenemos nosotras de vuestros parientes? ¿Nos ha abandonado Dios por ventura? El solo es nuestro padre. ¿No hemos vivido felices hasta el dia de hoy? Pues ¿porqué os augustiais? ¡vaya, que no teneis valor! » Y viendo que lloraba madama de La Tour, se arrojó á su cuello, y estrechándola entre

sus brazos, esclamó : ¡ Querida amiga mia! querida amiga! Pero sus propios sollozos no le permitiéron articular otra palabra.

Al ver esto Virginia, derramando copiosas lágrimas, apretaba alternativamente las manos de su madre y de Margarita contra su boca y corazon; y Pablo, con los ojos inflamados de cólera, gritaba, apretaba los puños y pateaba, sin saber á quien atribuir la culpa de lo que pasaba. Acudiéron á las voces Domingo y María, y no se oia en toda la casa mas que estos acentos de dolor: « Ay, Señora!..... ay, ama de mi vida!..... madre mia!..... no lloreis. »

Estas demostraciones tan tiernas de afecto, mitigáron la pesadumbre de madama de La Tour, la cual tomando en sus brazos á Pablo y Virginia, les dijo con semblante placentero: « Hijos mios, vosotros sois la causa de mi afliccion, pero tambien lo sois de mi alegría. O amados hijos mios! la desgracia no me ha venido de cerca, sino de léjos; la felicidad la tengo al rededor de mí. »

Pablo y Virginia no la comprendiéron,

pero así que la viéron contenta y sosegada, empezáron á sonreirse y hacerle caricias. Así continuáron todos siendo felices, no habiendo sido aquel accidente, sino como un turbion en un dia sereno y despejado de primavera.

Cada dia manifestaban mas y mas estos dos jóvenes la bondad natural de sus corazones. Un domingo, al rayar el alba, habiendo ido sus madres á la primera misa á la iglesia de las Pamplemusas, se presentó una negra marrona debajo de los bananos que circundaban la casa, la cual parecia un esqueleto de puro flaca, y no llevaba mas ropa sobre su cuerpo, que un pedazo de arpillera al rededor de la cintura. Se echó la negra á los pies de Virginia, que estaba disponiendo de almorzar para la familia, y le dijo.

« Caritativa señorita mia, compadeceos de una pobre esclava fugitiva, que hace un mes anda errante y casi muerta de hambre por estas sierras, y á veces perseguida de los cazadores y de sus perros. Vengo huyen-

do de mi amo, que es un colono rico de las riberas de Rio negro, el cual me ha tratado como veis. » Y al mismo tiempo le mostró su cuerpo, surcado de arriba abajo de cicatrices y costurones, efecto de los fuertes latigazos que habia recibido de su amo.

Virginia, toda condolida y penetrada de lástima, esclamó: « Animate, pobrecita negra! come, come. » Y le dió el almuerzo que tenia dispuesto para los de casa. La esclava lo devoró todo en breves instantes; y viéndola Virginia harta y satisfecha, volvió á esclamar.

« ¡ Pobrecita, pobrecita esclava! impulsos me dan de ir á pedir á tu amo que te perdone, pues en viéndote, no es posible que deje de moverse á compasion. ¿ Quieres guiarme adonde él tiene su morada. »

« Angel del cielo, replicó la negra, por lo que á mí toca estoy muy pronta á seguiros adonde querais; pero la posesion de mi amo está distante de aquí. »

« No importa, no importa » respondió Virginia, con una viveza hija de la ternura

P. 41

II

de sus entrañas. Y en esto llamó á Pablo, y le rogó que la acompañara.

La esclava los fué conduciendo por sendas muy fragosas, atravesando selvas y escarpados montes, que trepáron con mucha dificultad, y vadeando rios profundos, hasta que finalmente llegáron, cerca de medio dia, á la colina, que está sobre la ribera de Rio-negro, desde donde descubriéron una casa bien construida, grandes plantíos, y una caterva de esclavos ocupados en todo género de trabajos. Su señor, que andaba paseándose por medio de ellos, con una gran pipa en la boca y un látigo en la mano, era un hombre alto, seco, amulatado, de ojos hundidos y cejijunto.

Virginia, toda inmutada y asida al brazo de Pablo, se acercó al colono, y le suplicó que por amor de Dios perdonara á su esclava que quedaba un poco mas atras. Al pronto no hizo mucho caso el colono de los dos muchachos viéndoles pobremente vestidos; pero habiendo observado despues el delicado talle de Virginia, y sus hermosos cabellos

rubios que le salian por debajo del pañuelo azul que llevaba al rededor de la cabeza, y oido el metal de su dulce voz que le temblaba, como todo su cuerpo, al tiempo de pedirle por la esclava; se quitó la pipa de la boca, y levantando el látigo en alto, y prorrumpiendo en una execrable maldicion, prometió perdonarla, no por el amor de Dios, sino por Virginia. Fuera de sí la muchacha con esta gracia, hizo seña á la esclava para que se acercara á su amo; y en esto echó á correr aceleradamente, siguiéndola Pablo.

Volviéron á subir el monte por donde habian bajado, y llegando á la cumbre, se sentáron al pie de un árbol, muertos de cansancio, de hambre y de sed, despues de haber andado en ayunas al pie de cinco leguas. Halládose de aquella manera fatigados, dijo Pablo á Virginia.

«Hermana mia, ya son mas de las doce, y tú tienes hambre y sed. Aquí es imposible que hallemos de comer; y así mejor será que volvamos á bajar á la ribera, y pidamos

al amo de la esclava nos dé alguna cosa para desayunarnos. »

Ay! eso no, Pablo, respondió Virginia: todavía estoy temblando con el susto que he pasado al hablarle! Acuérdate sino de su figura, y de aquello que suele decir mamá: El pan del malo llena la boca de arena.

«¿Pues qué hemos de hacer? replicó Pablo: estos árboles no producen ninguna fruta buena, y por aquí ni siquiera se descubre un tamarindo ó un naranjo, para poder refrescar la boca. »

« Dios se compadecerá de nosotros, contestó Virginia, pues oyes el piar de los pajarillos, que le piden de comer. »

Apénas hubo dicho estas palabras, cuando sintiéron el ruido de una fuente, que caia de lo alto de un peñasco inmediato. Corriéron allá, y despues de haber apagado la sed en sus aguas mas puras que el cristal, cogiéron un manojo de berros de los que crecian en sus bordes, y comiéron de ellos.

En esto, como anduviesen de una parte á otra, por ver si encontraban mas substan-

cioso alimento, descubrió Virginia, entre la espesura de los árboles, una palmera nueva. El cogollo ó cebolleta que arroja este árbol junto á los arranques de las ramas, es de muy buen comer; pero aunque el tronco apénas era mas grueso que un muslo, tenia mas de sesenta pies de elevacion. Por otra parte, bien que la madera de este árbol sea un tejido de filamentos ó hebras delicadas, su núcleo ó corazon es tan duro, que rechaza y embota las mejores hachas, y Pablo ni siquiera llevaba una mala navaja. Ocurrióle, pues, pegarle fuego al pie, pero se halló con la nueva dificultad de que le faltaba eslabon; y por otro lado no creo que en esta isla, que es toda ella un puro peñascal, se encuentre un solo pedernal.

La necesidad es madre de la industria, y por lo comun, las invenciones mas útiles se han debido á los hombres mas miserables. Resolvió Pablo sacar lumbre al modo de los negros, y á este fin hizo un agugerito con la punta de una piedra en una rama muy seca, y aguzando despues, con el corte de la mis-

ma piedra, un palito igualmente seco, pero de árbol de especie diferente, sujetó la rama entre las rodillas. Hecho esto, introdujo el palito en aquel agugero, y dándole vueltas entre las manos, como quien bate chocolate, no tardó en ver salir chispas y humo del punto de contacto. Juntando entónces yerbas y ramas secas de árboles, encendió una hoguera al pie de la palmera, la cual en breve tiempo dió consigo en tierra con grande estrépito.

El fuego le sirvió tambien para despojar la cebolleta de las largas hojas leñosas y picantes en que está envuelta; y habiendo comido él y Virginia parte de la cebolleta cruda, y parte asada en el rescoldo, fué para su paladar el manjar mas sabroso y delicado. Hiciéron aquella comida frugal con la mayor alegría, acordándose de la buena accion que habian practicado por la mañana; pero les turbaba su alegría el recuerdo de la pena que tendrian sus madres por su larga ausencia de casa, y Virginia hablaba de esto á cada instante. Pero Pablo, sintiéndose mas

reforzado, le aseguró que no tardarian en sacarlas de aquel cuidado.

Despues de haber comido, se viéron de nuevo embarazados, pues les faltaba quien les enseñara el camino para volverse á su casa. Mas Pablo, á quien nada de este mundo acobardaba, dijo á Virginia : « Nuestra posesion cae al sol de medio dia; nosotros debemos atravesar, como esta mañana, la cumbre de aquella sierra que ves allá abajo con sus tres picos. Vamos, pues, Virginia, echemos á andar. »

Positivamente, la sierra ó montaña que decia Pablo, era la de los Tres Pechos, así nombrada por los tres picos que sobresalen en ella, en figura de pechos. Bajáron por consiguiente al morro ó collado de Rio-Negro de la parte del norte, y llegáron, de allí á una hora, á la orilla de un rio que les cortaba el paso.

Esta gran parte de la isla, cubierta de selvas y malezas, es, aun en el dia, tan poco conocida, que muchos de sus montes y rios carecen de nombre propio. El que ellos en-

contráron corre despeñado entre rocas, y el ruido de su corriente, asustó de tal modo á Virginia, que no se atrevió á vadearle. Pero Pablo, tomándola en sus hombros, pasó así cargado por los resbaladizos guijarros del rio, á pesar del ímpetu de sus aguas.

«No tengas que temer, Virginia (le decia), que no me pesas nada, ántes me siento mas animoso contigo á cuestas. Si el colono de Rio-negro te hubiera negado el perdon de la esclava, las hubiera habido conmigo esta mañana.»

«Como! esclamó Virginia: ¿con aquel hombre tan alton y de genio tan malo? Jesus! á lo que te espuse. Válgame Dios! ¡cuan difícil es hacer bien, y cuan fácil lo contrario!»

Cuando Pablo llegó á la orilla opuesta, quiso continuar el camino cargado con su hermana, lisongeándose de que podria subir así la montaña de los Tres Pechos, que veia enfrente, como á media legua de distancia. Pero faltándole las fuerzas á poco rato, se vió

precisado á bajarla de sus hombros y sentarse á descansar á su lado.

Virginia le dijo entónces: «Hermano, el dia comienza ya á declinar: tú todavía tienes fuerzas para caminar, y á mí me faltan. Déjame aquí, y vete tú solo á casa, para tranquilizar á nuestras madres.»

«Irme yo solo! esclamó Pablo: no, no me apartaré de tí, hermana. Si nos coge la noche en esta serranía, encenderé lumbre, derribaré con ella otra palmera, tú comerás el cogollo, y yo te haré con las hojas un ajupa para que duermas al abrigo.»

Entretanto Virginia, habiendo descansado un poco, cogió algunas hojas de escolopendra de una rama de este árbol, que pendia sobre el rio, y se las ajustó á las piernas, á manera de borceguíes, porque las piedras del camino de tal modo le habian lastimado los pies, que le corrian sangre; pues con la precipitacion y deseo de ser útil, se le habia olvidado calzarse. Y sintiéndose mas consolada con la frescura de las hojas, arrancó una caña de bambú, y se puso en camino,

apoyada una mano á la caña, y otra al hombro de su hermano.

Así iban caminando paso entre paso por medio de las selvas, cuando la altura de los árboles y la espesura de sus hojas, les hiciéron perder de vista la montaña de los Tres Pechos, que era el punto de su direccion, y aun el sol que iba ya á tocar al término de su carrera. De allí á poco rato se estraviáron, sin advertirlo, de la senda trillada que hasta entónces habian seguido, y se encontráron metidos en un laberinto sin salida de árboles, de breñas y matorrales. En tan gran conflicto, dijo Pablo á su hermana que se sentara, y él empezó á correr de una parte á otra, como fuera de sí, buscando arbitrio como salir de aquella espesura; pero se fatigó en balde. Subióse á lo último de un árbol muy alto para descubrir á lo ménos la montaña de los Tres Pechos; pero no vió al rededor de sí mas que las cimas de otros árboles mas elevados, algunos de los cuales estaban iluminados por los últimos rayos del sol casi traspuesto.

A este tiempo la sombra de los montes cubria ya los bosques y arboledas de los valles; el aire iba calmando poco á poco, como suele acontecer al ponerse el sol; un profundo silencio reinaba en aquellos páramos, y solo se oian los bramidos de los ciervos, que iban á buscar sus madrigueras nocturnas entre la espesura de aquellos tan yermos lugares. Pablo con la esperanza de que algun cazador pudiese oirle, gritó entónces con todo su vigor: «Venid, venid al socorro de Virginia!» Pero los ecos del monte fuéron los únicos que respondiéron á su voz, repitiendo otras tantas veces «Virginia.... Virginia.»

Bajóse en esto del árbol muy acongojado, y comenzó á buscar medios de pasar la noche en aquel sitio; pero no habia ni fuente, ni palmera, ni aun leña seca con que haber lumbre. Entónces conoció por propia esperiencia la debilidad de sus recursos, y se puso á llorar.

Virginia le dijo: «No llores, Pablo, si no quieres afligirme mas: yo soy la que tengo

la culpa de todas tus penas, y de la que á estas horas estarán sintiendo nuestras madres; nada se debe hacer, ni aun el bien, sin consultar á los padres: ¡qué imprudencia la mia!» Y en esto echó tambien á llorar.

Mas de allí á poco rato, dijo á Pablo. «Encomendémonos á Dios, hermano, y se compadecerá de nosotros». Y apénas habian acabado su oracion, cuando oyéron ladrar un perro.

«Sin duda, dijo Pablo, este es perro de algun cazador, que viene por la noche á matar ciervos al acecho.» Los ladridos se aumentáron de allí á poco. «Me parece, dijo Virginia, que es Leal, el mastin de nuestra casa... sí... le conozco en el ladrar... si estarémos ya en nuestra posesion.»

En esto se presentó á sus pies Leal, ladrando, ahullando y comiéndoselos á caricias. Ellos estaban fuera de sí viendo á su mastin, y las fiestas que les hacia, sin acertar á salir de aquel sobresalto. En este intermedio avistáron á Domingo, que corria

hácia ellos; y á la llegada de este buen negro, que lloraba de gozo, echáron á llorar ellos tambien sin poderle decir una palabra.

Luego que Domingo tomó un poco de aliento, esclamó: « Ah, hijos mios! qué sentimiento tienen vuestras madres! ¡ como se quedáron sorprendidas, cuando al volver de la iglesia adonde yo las habia acompañado, no os encontráron en casa! María no les supo decir adonde habíais ido, porque estaba trabajando en un rincon de casa. Yo andaba de aquí para allí sin saber donde buscaros, hasta que últimamente tomé vuestra ropa vieja, y se la dí á oler á Leal; y el pobre animalito, como si me hubiese entendido, inmediatamente empezó á rastrear vuestras pisadas, y me condujo, dando sin cesar á la cola, hasta Rio-negro, donde me dijo un colono que le habíais llevado una negra, á quien por vuestros ruegos habia concedido el perdon. Pero, ¡ qué perdon! Allí me la mostró atada á un madero, con una cadena al pie, y un co-

llar de hierro á la garganta con tres escarpias. Desde allí, se dirigió Leal, rastreando siempre, á la montaña de Rio-negro donde se detuvo algun tiempo, ladrando con la mayor fuerza en el borde de una fuente, junto á una palmera recien caida, y cerca de una hoguera que todavía humeaba. Finalmente, acaba de traerme aquí, que es la falda de la montaña de los Tres Pechos, y todavía faltan cuatro leguas largas hasta nuestra posesion. Vaya, vaya: comed ahora, y tomad ánimo.»

Y diciendo esto sacó una torta de pan, varias frutas, y una gran calabaza llena de un licor compuesto de agua, vino, zumo de cidra, azúcar y nuez moscada, que sus madres habian preparado para darles refrigerio y confortarlos.

Virginia suspiraba, acordándose de la pobre esclava y de la inquietud de sus madres, y repetia muchas veces, «qué difíciles hacer bien.»

Miéntras los dos tomaban alimento, sacó lumbre Domingo, y habiendo buscado una

especie de madera tortuosa, llamada de arder, hizo un hachon, y le encendió, porque era ya noche. Pero se halló sumamente embarazado, cuando se trató de ponerse los tres en camino.

Pablo y Virginia no podian dar un paso, porque tenian los pies muy hinchados y de color de sangre. El pobre Domingo no sabia si volverse á casa á buscar auxilio para los niños, ó pasar allí la noche con ellos; y en aquel conflicto esclamaba: « Adonde se ha ido aquel tiempo en que yo os llevaba á los dos juntitos en mis brazos! Pero ahora vosotros ya sois grandes, y yo viejo. »

Estando así perplejo, se apareció una cuadrilla de negros marrones á corta distancia de ellos, y acercándose el caudillo á Pablo y Virginia, les dijo: « No os asusteis, mis buenos niños blancos: esta mañana os vímos pasar con una esclava de Rionegro, y sabemos que habeis ido á pedir perdon para ella á su mal amo; y así en reconocimiento de tan generosa accion, nosotros os conducirémos á vuestra pose-

sion en nuestros propios hombros. » Y á una señal suya, cuatro negros de los mas robustos formáron al instante una especie de andas de ramas de árboles, entretejidas con lianas ó enredaderas; colocáron en ellas á los dos muchachos, y precediéndoles Domingo con su hacha de viento, partiéron de allí, en medio de repetidos gritos de júbilo de toda la cuadrilla, que les colmaba de bendiciones. Virginia, enternecida, dijo á Pablo: « ¡O hermano mio! nunca deja Dios sin galardon una accion buena. »

Llegáron á media noche al pie de su montaña, cuya cumbre estaba iluminada con varias hogueras; y al tiempo de subir oyéron que les gritaban y decian: « ¿Sois vosotros hijos mios? » Y ellos respondiéron á una con los negros: « Sí, señoras, nosotros somos, nosotros somos! »

Acercáronse mas, y viéron á sus madres y á María, que les salian al encuentro con teas encendidas. « ¿De donde venis, hijos cuitados, esclamó madama de La Tour? »

« Venimos, respondió Virginia, de Rionegro, de pedir el perdon para una esclava,

á quien he dado esta mañana todo el desayuno de la familia, porque la pobrecita estaba cayéndose muerta de hambre; y estos negros reconocidos, nos han traido en hombros hasta aquí. »

Madama de La Tour abrazó á su hija sin poder articular palabra; y Virginia que sentia humedecerse sus mejillas con las lágrimas que corrian por las de la madre, le dijo: « Vos me indemnizais con exceso, madre mia, de los trabajos que hoy he pasado. »

Margarita enagenada de gozo, estrechaba á Pablo entre sus brazos, y le decia: « ¿Y tú tambien, hijo mio, has hecho una buena accion? »

Luego que llegáron con sus hijos á casa, diéron bien de comer á los negros, los cuales se volviéron á las selvas, deseándoles toda suerte de prosperidades.

Todos los dias eran para estas familias, dias de dicha y de paz inalterable. La envidia ni la ambicion no las atormentaban. No deseaban una vana reputacion esterior que

da la intriga, y quita la calumnia; bastábales ser ellas mismas los testigos y jueces de sus acciones. En esta isla, donde (como en todas las colonias europeas) solo se desea saber anécdotas malignas, sus virtudes, y aun sus nombres, eran ignorados y desconocidos. Solamente cuando algun pasagero preguntaba, desde el camino de las Pamplemusas, á los habitantes del llano: «¿Quien vive en aquellas dos chozas que están allá en el alto?» Estos respondian sin conocerlas: «Son unas buenas gentes». A este modo las violetas ocultas entre zarzas y espinos exhalan á lo léjos aromas suaves.

Ellas habian desterrado de sus conversaciones la maledicencia y la murmuracion que socolor de justicia, dispone necesariamente el corazon á la simulacion ó al aborrecimiento; porque es poco ménos que imposible dejar de aborrecer á los hombres, si se piensa mal de ellos, y vivir con los malos, si no se les oculta el odio con falsas apariencias de benevolencia. De aquí es que la maledicencia nos obliga á estar mal con

nuestros semejantes, ó con nosotros mismos.

Pero madama de La Tour y su compañera, sin juzgar á los hombres en particular, solo se ocupaban en buscar los medios de hacer bien á todos en general, y aunque esto no estaba en su mano, tenian á lo ménos una voluntad constante de hacer bien, que les inspiraba una benevolencia dispuesta siempre á estenderse á todos. Por consiguiente : viviendo en la soledad, léjos de ser feroces é intratables, se hiciéron mas compasivas y humanas.

Si la historia escandalosa de la sociedad no suministraba materia á su conversacion, la de la naturaleza arrobaba sus almas en dulces éstasis . En este reducido espacio admiraban con respeto y reconocimiento el poder de una providencia que por sus manos, habia derramado, en medio de la aridez de estos peñascos, la abundancia, las gracias y los placeres siempre puros, y siempre renacientes.

Pablo á la edad de doce años, mas robus-

to y mas inteligente que los Europeos á la de quince, hermoseaba por sus manos lo que Domingo no hacia mas que cultivar. Iba con él á los vecinos montes á desarraigar el tierno limonero, el naranjo, el tamarindo, cuya coronilla es de un verde muy hermoso, y el atero, cuya fruta, llena de una substancia azucarada, despide de si la fragancia del azahar. Trasplantaba estos árboles, ya crecidos, al rededor de este recinto, y sembraba las simientes de otros que, al segundo año llevan flores ó frutos, como el agatio, al rededor del cual penden en figura circular, á manera de colgantes de araña de cristal, largos racimos de flores blancos; el lila de Persia, que eleva verticalmente sus girándulas de color morado; el papayo, cuyo trunco sin ramas, en forma de coluna claveteada toda de melones verdes, remata en un capitel de muy anchas hojas parecidas á las de la higuera.

Tambien habia sembrado varias pepitas y huesos de árboles, como mangles, guayavos, paltos, jaceros y jamberos, de los cua-

les la mayor parte daban ya sombra y fruta á su jóven amo, cuyas laboriosas manos derramáron la fertilidad hasta en los parages ménos fecundos de esta quebrada. Diversas especies de aloes, la raqueta cargada de flores amarillas matizadas de encarnado, los cirios espinosos, se elevaban sobre las negras cimas de los peñascos, y parecia que querian competir y enlazarse con las largas lianas de flores azules y escarlatadas, que pendian acá y allá por todo el repecho de la montaña.

Habia distribuido y colocado con tal órden aquellos vegetales, que se podia gozar de su vista á la primer ojeada, porque en el centro estaban las plantas que se elevan poco, despues los arbustos, luego los árboles medianos, y últimamente los grandes en toda la circunferencia. Por manera que este vasto circuito, mirado desde el centro, presentaba á la vista un anfiteatro de verdor, de frutas y de flores, que contenia al mismo tiempo hortalizas, praderías, y campiñas de arroz y trigo.

Pero Pablo sujetando los vegetales á su plan, no se apartaba del de la naturaleza, ántes por el contrario siguiendo sus lecciones, plantaba en las eminencias aquellos, cuyas semillas son volátiles, y á la orilla del agua los que las tienen propias para sobrenadar. De esta manera cada vegetal crecia en su sitio proporcionado, y cada sitio recibia del vegetal su adorno natural. Las aguas que bajan de la cumbre de estos montes, formaban en el fundo del valle, aquí fuentes, allí estanques, que á manera de espejos, en medio de la frondosidad, duplicaban en el cristal de su corriente, los árboles en flor, las rocas y el azul de los cielos.

A pesar de la enorme desigualdad del terreno, todos aquellos plantíos eran, por la mayor parte, tan accesibles al tacto como á la vista. Bien es que todos nosotros le ayudábamos con nuestros consejos y trabajo, para llevar al cabo sus empresas. El practicó una senda todo en rededor de este recinto, de la cual muchos ramales llegaban ya de la circunferencia al centro; y por otra

parte supo sacar partido de los parages mas fragosos, y conciliar, con la mas feliz armonía, la comodidad del paseo, con la aspereza del suelo, y los árboles domésticos con los silvestres. De la enorme cantidad de piedras movedizas que embarazan estos caminos, como la mayor parte del terreno de esta isla; formó acá y allá pirámides, en cuyas bases, rellenas de guijo y tierra, plantó rosales, poinciana y otros arbustos, que se crian bien entre peñas; y á poco tiempo estas pirámides informes y de sombrío aspecto, se cubriéron de verdor y del esmalte de las flores mas bellas.

Las hondonadas y barrancos guarnecidos de árboles antiguos, cuyas ramas inclinadas sobre los bordes, formaban como bóvedas subterráneas, impenetrables al calor, eran lugares de asilo contra los rayos del sol, donde tomaban el fresco por el dia las dos familias. Una vereda conducia á un soto de árboles silvestres, en cuyo centro crecia, al abrigo de los vientos, un árbol doméstico cargado de fruta. Aquí habia una mies, allá

un vergel: por esta calle se descubrian las cabañas, por aquella las cimas inaccesibles de la montaña. Habia un bosquecito tan espeso de tacamacos entretejidos con lianas ó enredaderas, que no se distinguia en él ningun objeto en la mayor fuerza de la luz del dia.

Desde la estremidad de ese gran peñasco, que sale del monte, se descubrian todos los objetos de este recinto, con el mar á lo léjos, donde aparecia de cuando en cuando alguna nave que venia de Europa ó regresaba á ella; y ahí era donde se juntaban las dos familias al caer el dia, y gozaban en reposo de la frescura del aire, de la fragancia de las flores, del murmullo de las fuentes, y de las últimas armonías de la luz y de las sombras.

Hasta los nombres de la mayor parte de los encantadores sitios de este laberinto, eran los mas agradables y espresivos. El peñasco de que acabo de hablaros, desde donde á larga distancia me veian venir, se llamaba la Atalaya de la Amistad. Pablo y Vir-

ginia, en uno de sus inocentes entretenimientos, discurriéron plantar allí un bambú, en cuya cima enarbolaban un pañuelito blanco para anunciar mi llegada luego que me avistaban, á la manera que en la montaña inmediata se enarbola una bandera cuando se divisa alguna nave en el mar.

Vínome un dia á la idea grabar una inscripcion en la corteza de aquel bambú, pues siempre han sido tan de mi gusto las inscripciones, que por mucho placer que haya tenido en mis viages, al ver una estatua ó monumento de la antigüedad, os aseguro que no es comparable con el que me causa el leer una inscripcion bien hecha. Entónces me parece que una mano humana sale de la piedra, se hace oir por entre los siglos, y dirigiéndose al hombre que habita en los desiertos, le dice que no es él solo, y que otros semejantes suyos han sentido, pensado y padecido como él en aquellos mismos lugares. Y si la inscripcion es de alguna nacion antigua, que ya no existe, hace que se dilate nuestra alma por los campos de lo in-

finito, y le comunica el sentimiento de su inmortalidad, mostrándole que un pensamiento ha sobrevivido á la ruina de todo un imperio.

Escribí, pues, en el bambú de Pablo y Virginia estos versos de Horacio:

Fratres Helenæ, lucida sidera,
Ventorumque regat pater,
Obstrictis aliis, præter iapyga.

« Que los hermanos de Helena, astros brillantes como vosotros, y el padre de los vientos, dirijan vuestros pasos, y no permitan os sople otro que el zéfiro blando. »

En la corteza de un tacamaco, á cuya sombra solia sentarse Pablo para contemplar desde léjos el mar agitado, grabé este verso de Virgilio:

Fortunatus et ille deos qui novit agrestes!

« Dichoso tú, hijo mio, en no conocer mas que las divinidades campestres! »

Y este otro encima de la puerta de la cabaña de madama de La Tour:

At secura quies, et nescia fallere vita.

«Aquí habita una buena conciencia, y una vida que no sabe engañar.»

Pero Virginia, que no aprobaba mi latin, decia que el que yo habia puesto en el bambú ó veleta de señales, era demasiado largo y erudito. Yo hubiera preferido, añadió la muchacha:

Siempre agitada, pero constante.

Y habiéndole contestado yo: «Esa divisa convendria mas bien á la virtud,» se puso sonrosada con mi reflexion.

Estas venturosas familias, estendiendo la sensibilidad de sus almas á cuanto las rodeaba, habian dado los nombres mas tiernos á los objetos que parecian mas indiferentes. Un vallado de naranjos, de bananos y de jamberos, plantados entorno de una esplanada de céspedes, donde solian bailar Pablo y Virginia, se llamaba la Concordia. El árbol antiguo, á cuya sombra se contáron mutuamente sus desgracias madama de La Tour y

Margarita, tenia por nombre las Lágrimas enjugadas. Llamábanse Bretaña y Normandia dos rinconadas sembradas de trigo, fresas y guisantes; y á imitacion de sus amas, Domingo y María, deseando traer á la memoria los lugares de su nacimiento en Africa, diéron los nombres de Angola y Foulepointe á dos terrenos que producian los juncos de que hacian los canastillos, y donde habian sembrado un calabazar. Así que, con la vista de las produciones de sus climas respectivos, conservaban estas familias espatriadas las dulces ilusiones de su pais, y suavizaban en cierto modo la pena de vivir en una tierra estraña. Ay de mí triste! yo he visto animarse con mil denominaciones encantadoras los árboles, las fuentes y las rocas de este recinto delicioso, en otro tiempo cuando Dios queria, y actualmente tan desfigurado y destruido que semejante á un campo de la Grecia, no ofrece mas que nombres tiernos, escombros y tristes ruinas.

Pero de cuantas situaciones deliciosas

ofrecia este circuito, ninguna igualaba á lo que se llamaba el recreo de Virginia. Al pie del peñasco de la Atalaya de la Amistad hay una concavidad de donde sale una fuente, que á pocos pasos de su nacimiento forma una especie delaguna en medio de un prado de yerba fina. Cuando Margarita dió á luz á Pablo, le regalé un coco de Indias que me habian dado, y ella sembró sus pepitas á la orilla de las aguas, con el fin de que el árbol que produjeran, sirviese de época algun dia al nacimiento de su hijo; y madama de La Tour, siguiendo el ejemplo de Margarita, plantó allí otro con el mismo intento, cuando parió á Virginia. Naciéron, en efecto, dos cocoteros que componian los únicos archivos de la familia, y se llamaba el uno cocotero de Pablo, y el otro de Virginia. Creciéron uno y otro casi en la misma proporcion que sus inocentes dueños, y aunque no perfectamente iguales en la altura, excedian ya á los doce años á la de las cabañas de sus madres; y entretejiendo mutuamente sus palmas, dejaban colgar sus tempra-

nos racimos de cocos sobre la misma taza de la fuente.

A excepcion de los dos cocoteros, todo lo demas de la caverna conservaba el mismo adorno que le habia dado la naturaleza, brillando en sus dos lados húmedos y pardiscuros, anchos culantrillos con verdinegra flor en figura de estrellas. Espesas matas de escolopendra fluctuaban en unas partes, á merced de los vientos, suspendidas en el aire á manera de listones de color verde-púrpura; y en otras crecia en abundancia la pervinca ó yerba doncella, cuya flor es muy parecida á la del clavo, ó á la de los pimientos de corteza color de sangre, y mas brillante que el coral. En su circunferencia la yerba balsamina, cuyas hojas vienen en figura de corazon, y los basiliscos del olor de la pimienta, exhalaban la mas dulce fragancia. Del repecho de la montaña pendian las lianas ó enredaderas, á manera de undosos tendederos de ropa, y formaban en lo escarpado de las rocas dilatadas cortinas de verdor. Las aves de mar, atraidas de la

apacibilidad de aquella caverna, iban á pasar la noche en ella; y al poner del sol se veian volar hácia allí á lo largo de la ribera el cuervo y la conjugada marinos, y en lo alto de los aires la negra fragata y el pájaro blanco del trópico que, como el astro del dia, abandonaban las soledades del océano indiano.

Tenia Virginia sumo deleite en ir á reposar en la márgen de aquella fuente, decorada con una pompa magnífica y silvestre á un mismo tiempo. Muchas veces lavaba en ella la ropa de la familia á la sombra de los dos cocoteros, y otras llevaba á pacer allí las cabras, y se entretenia miéntras preparaba los quesos con su leche, en verlas levantarse en dos pies para rozar las hojas del culantrillo, y sostenerse, como en el aire, en las cornisas de las peñas, haciendo hincapié en ellas como sobre un pedestal.

Viendo Pablo que aquel sitio era el privilegiado de Virginia, llevó allí del bosque inmediato, nidos de toda especie de pájaros,

cuyos padres atraidos del amor de sus hijuelos, fuéron al instante á establecerse en aquella nueva colonia, donde Virginia les echaba, á ciertas horas, granos de arroz, de maiz y mijo. De modo, que luego que ella se presentaba, los mirlos silbadores, los bengalíes, cuyo gorgeo es tan delicioso, los cardenales de plumage color de fuego, dejaban los zarzales; los papagayos verdes como esmeraldas, bajaban de los lataneros inmediatos; las perdices corrian por entre la yerba; y mezclados unos con otros llegaban, como si fuesen gallinas, hasta sus mismas plantas. Ella y Pablo se entretenian, por lo regular, en observar sus juegos, sus inclinaciones y sus amores.

Amables niños! vosotros pasábais así los primeros dias en la inocencia, ejercitándoos en hacer bien! ¡Cuantas veces vuestras madres estrechándoos tiernamente en sus brazos en este mismo sitio, bendecian al cielo por el consuelo que preparábais á su vejez, viéndoos entrar en la vida, bajo de tan felices auspicios! ¡Cuantas, á la sombra de estos peñas-

cos, he participado con ellas de vuestras comidas campestres, que á ningun animal habian costado la vida! Calabazas llenas de leche, huevos frescos, tortas de arroz en hojas debanano, cestos colmados de batatas, de ámbas, de naranjas, de granadas, de bananas, de ananas y de atas, nos ofrecian á un mismo tiempo los manjares mas saludables, los colores mas alegres, y los jugos mas substanciosos.

La conversacion que tenian era tan inocente y agradable como los mismos manjares de que usaban en estos festines. Por lo comun, Pablo no hablaba en ellos, sino de lo que habia trabajado aquel dia, y de lo que tenia que trabajar el siguiente; y continuamente estaba pensando en algun trabajo útil para la comunidad. « Aquí, segun él, las sendas no son cómodas : allá los asientos no están del todo blandos; estos nuevos emparrados no dan la sombra necesaria; Virginia estará mejor allí.» Y otras reflexiones á este tenor.

En tiempo de lluvias pasaban el dia todos

juntos en casa, ocupados amos y criados, en hacer esteras de yerbas, y canastillos de hojas de bambú. En las paredes se veian colocados con el mejor órden, rastrillos, hachas, hazadones; y al lado de estos instrumentos de agricultura, las producciones correspondientes á cada uno de ellos, como sacos de arroz, gavillas de trigo y cuelgas de bananas, tan delicado todo, como abundante. Virginia enseñada por su madre y por Margarita, aprovechaba estas temporadas en hacer compotas, licores y bebidas cordiales con el jugo de las cañas de azúcar, de limon y de acimbogas.

Por la noche, cenaban á la luz de una lamparilla, y despues de cenar solia contar madama de La Tour ó Margarita la historia de varios caminantes estraviados en los bosques europeos, infestados por la mayor parte de ladrones, ó el naufragio de alguna nave arrojada por la tempestad contra las rocas de una isla desierta; y con aquellas relaciones se inflamaban mas y mas las almas sensibles de sus hijos, y rogaban al cielo les

otorgase la gracia de poder ejercitar algun dia la hospitalidad con semejantes desgraciados. A cierta hora se despedian las dos familias, para ir á reposar; mas siempre con la impaciencia de volver á verse al dia siguiente. Algunas veces se quedaban dormidos al ruido de la lluvia que se desgajaba á mares sobre el techo de sus cabañas, ó de los vientos impetuosos que les traian desde léjos el murmullo de las olas estrelladas contra los peñascos de la ribera; y en tales casos bendecian al autor de la naturaleza por la seguridad de sus personas, siendo tanto mayor su reconocimiento, cuanto se consideraban mas distantes del peligro.

De cuando en cuando leia madama de La Tour en comunidad algun pasage tierno de la historia del antigo ó nuevo testamento, y se enardecian sus almas con la contemplacion de las cosas celestiales. Su moral no era especulativa, sino práctica como la del evangelio; no habia entre ellos dias destinados para la alegría, ni para la tristeza: sino que todos eran igualmente llenos y festivos

para sus corazones. La naturaleza entera era para ellos un templo augusto donde admiraban sin cesar una inteligencia infinita, omnipotente y amiga de los hombres; y este sentimiento de confianza en el poder supremo los llenaba de consuelo respeto de lo pasado, de valor para lo presente, y de una dulce esperanza para lo venidero. Así es que estas mugeres, precisadas por los infortunios á seguir el órden de la naturaleza, halláron en sí mismas, y excitáron en sus hijos estos sentimientos que inspira en todos la misma naturaleza para preservarnos de que seamos desgraciados.

Pero, como muchas veces en las almas mas bien acondicionadas y de mejor temple suelen levantarse nubes que perturban su serenidad, cuando alguno de la familia se mostraba triste, se reunian todos á fin de distraer su ánimo, y no paraban hasta conseguirlo, mas bien con obras que con reflexiones, empleando cadacual en esto su carácter particular: Margarita, su alegría y viveza natural; madama de La Tour, una

moral dulce : Virginia, tiernas caricias : Pablo, franqueza y cordialidad; y hasta Domingo y María contribuian por su parte contristándose con el que veian llorar. A este mismo modo las plantas débiles entretejen unas con otras sus ramas, para oponer mas resistencia al ímpetu de los huracanes.

En tiempo sereno iban á misa todos los dias festivos á la iglesia de las Pamplemusas, cuya torre veis allá abajo en el llano, adonde concurrian colonos muy poderosos, conducidos en hombros de esclavos, algunos de los cuales se empeñáron varías veces en tener conocimiento y trato con aquellas familias tan unidas, convidándolas á diversiones y partidas de campo. Pero ellas desecháron siempre sus ofrecimientos con cortesanía y respeto, persuadidas de que los ricos solo buscan á lo pobres para tener complacientes, y que es imposible ser complaciente sino adulando las pasiones de otro, buenas ó malas. Por otra parte evitáron con no menor cuidado la familiaridad con los colonos medianamente acomodados, por lo comun,

envidiosos, murmurados y groseros. Al principio pasáron por tímidas en el concepto de los primeros, y por altaneras en el de los segundos; pero su conducta reservada estaba acompañada de tales demostraciones de urbanidad y atencion, particularmente para con los miserables, que insensiblemente se conciliáron el respeto de los ricos, y la confianza de los pobres.

Comunmente al salir de misa iban á buscarlas las gentes desvalidas para que ejercieran con ellas algun oficio de caridad; y ya se presentaba un afligido pidiéndoles consejo, ya un niño que les rogaba con lágrimas pasasen á visitar á su madre enferma en alguna de la saldeas de la comarca. A este fin llevaban siempre consigo varias recetas de remedios caseros, los mas acomodados para la curacion de las enfermedades del pais, y las distribuian con aquel agrado que da tanto precio á los menores servicios. Sobre todo, tenian particular talento para disipar las penas é inquietudes del ánimo, tan insoportables en la soledad y en un cuerpo en-

fermo. Madama de La Tour hablaba con tanta confianza de la divinidad, que oyéndola discurrir así los pacientes, les parecia que la tenian allí presente. Virginia volvia comunmente de aquellas visitas con los ojos arrasados de lágrimas, pero con el corazon penetrado de alegría, porque habia tenido ocasion de hacer bien. Ella era la que disponia de antemano los remedios necesarios para los enfermos, á los cuales se los administraba con indecible afabilidad y buen afecto.

Despues de estas visitas de caridad, alargaban á veces su camino por el valle de la Montaña-larga hasta mi posesion, donde yo las esperaba á comer á las orillas del riachuelo que pasa por las inmediaciones, y para aquellos casos procuraba tener reservada alguna botella de vino añejo, á fin de aumentar la alegría de nuestras comidas indianas, con esta dulce y pectoral produccion de la Europa. Otras veces nos citábamos para la playa del mar, en la desembocadura de algun rio de los que en esta is-

la solo merecen el nombre de grandes arroyos, adonde llevábamos de nuestra casa provisiones vegetales que juntábamos á las que el mar nos suministraba en abundancia; en cuyas riberas pescábamos barbos, salmonetes, pulpos, langostas, esquines, cangrejos, ostras y mariscos de toda specie. Muchas veces los sitios mas terribles por su naturaleza, nos proporcionaban los placeres mas tranquilos. Sentados por lo comun sobre un peñasco, á la sombra de un sauce, veíamos venír desde muy léjos las olas del mar á estrellarse á nuestros pies con horrible estrépito. Pablo que por otra parte nadaba como un pez, se internaba á veces en la playa, saliendo al encuentro á las olas; y cuando estas se acercaban huia hácia nosotros, delante de sus grandes volutas ó roleos espumosos y bramantes, que le perseguian gran trecho tierra adentro. Pero Virginia toda inmutada al ver aquello, daba agudísimos chillidos, y decia que semejantes juegos le causaban mucho sobresalto.

A nuestras comidas se sucedian los cánti-

cos y danzas de los dos jóvenes. Virginia cantaba la felicidad de la vida campestre, y las desgracias de los marineros, á quienes incita la codicia á navegar sobre el furioso elemento, en lugar de dedicarse al cultivo de la tierra que da apaciblemente tantos bienes. A veces ejecutaba con Pablo alguna pantomima al modo de los negros. La pantomima es el primer lenguage del hombre, conocida de todos los pueblos, y tan natural y espresiva, que los hijos de los blancos suelen aprenderla, á poco que la vean practicar á los de los negros. Virginia, trayendo á la memoria las historias leidas por su madre que mas impresion le habian hecho, representaba con mucha naturalidad los principales sucesos de ellas. Unas veces al son del tambor de Domingo, se presentaba en la era de su casa con un cántaro vacío en la cabeza, y se acercaba con timidez á la fuente inmediata, en ademan de ir á coger agua. Domingo y María, haciendo el papel de los pastores de Madian, se oponian á su paso, y asiéndola del brazo, aparentaban

que la echaban de allí. Llegaba en esto Pablo de repente á su defensa, contenia á los pastores, llenaba el cántaro de Virginia, y poniéndosele en la cabeza, ceñia su frente con una corona de pervinca ó yerba doncella, que daba nuevo realce á la blancura de su rostro. Entónces prestándome yo á sus juegos, me encargaba de hacer el personage de Raquel, y concedia á Pablo mi hija Séfora en matrimonio.

En otras ocasiones representaba á la infeliz Ruth, cuando volvió viuda y pobre á su pais, donde despues de una larga ausencia se vió tratada como forastera. Domingo y María, representaban los segadores : Virginia figuraba que iba recogiendo detras de ellos las espigas dejadas aquí y allí; y Pablo imitando la gravedad de un patriarca, le hacia varias preguntas, á que ella respondia como temblando de miedo. Movido al fin de compasion concedia asilo á la inocencia y hospitalidad al infortunio : llenaba el delantal de Virginia de toda suerte de provisiones, y la conducia á nuestra presencia, como an-

te los ancianos del pueblo, declarando que la elegia por esposa á pesar de su indigencia.

Madama de la Tour, representándosele vivamente con esta escena el abandono de sus mismos padres, su viudez, y el buen recibimiento que habia tenido de Margarita, acompañado á la sazon de la esperanza de un dichoso himeneo entre sus hijos, no podia dejar de llorar; y este confuso recuerdo de males y de bienes nos hacia derramar á todos lágrimas mezcladas de gozo y de sentimiento.

Se representaban estos dramas con tanta propiedad, que yo me creia transportado á los campos de la Siria ó de la Palestina. Ni faltaba la decoracion, iluminacion y orquestra conveniente á semejante espectáculo; pues el lugar de la escena era, por lo comun, en el centro de un bosquecito, cuyas entradas formaban al rededor de nosotros, muchas galerías de frondosidad y de follage, donde pasábamos la mayor parte del dia resguardados del calor. Mas cuando el sol se

aproximaba al orizonte, sus rayos refractados en los troncos de los árboles, se hacian divergentes entre las sombras de la floresta, en largos manojitos luminosos que producian el efecto mas apacible y magestuoso. Algunas veces presentándose su disco entero al estremo de una calle, la hacia parecer toda ella como de fuego. Las hojas de los árboles iluminadas por la parte inferior con sus rayos azafranados, brillaban á manera del topacio y la esmeralda; y sus pardos y mohosos troncos parecian como convertidos en colunas de un bronce antiguo. Las avecitas retiradas en silencio, debajo de la frondosa hoja, para pasar allí la noche, sorprendidas de volver á ver una segunda aurora, saludaban todas á una al astro del dia con mil y mil cantares diferentes.

La noche nos sorprendia muy á menudo en estas fiestas campestres; pero la pureza del aire y lo templado del clima nos permitia dormir en medio del campo, debajo de un árbol, sin el menor recelo de ladrones, ni allí, ni en nuestras casas, adonde

volviendo cada uno el dia siguiente, la hallaba como la habia dejado. Tal era en aquel tiempo la buena fe que reinaba en esta isla sin comercio, que las puertas de la mayor parte de las casas no se cerraban con llave, y una cerradura era un objeto de curiosidad para muchos criollos.

Pero en el discurso del año habia dias para Pablo y Virginia del mayor regocijo, que eran los del cumple años de sus madres. Virginia no dejaba de amasar y cocer la víspera tortas de flor de harina para las pobres familias de aquellos blancos nacidos en la isla, que no habiendo probado jamas pan europeo, destituidos de todo auxilio por parte de los negros, y reducidos á alimentarse de la yuca en medio de las selvas, no tenian para sobrellevar la miseria, ni la estupidez compañera de la esclavitud, ni el valor que inspira la educacion. Estas tortas eran el único regalo que la situacion de su familia le permitia hacer á Virginia; pero las repartia con tal agrado, que les añadia un precio y condimento estraordinario. Pa-

blo era el que se encargaba de llevárselas á sus mismas habitaciones; y las pobres familias reconocidas, prometian, al tiempo de recibirlas, ir á pasar todo el dia siguiente en casa de madama de La Tour y Margarita. Allí era ver llegar una madre con dos ó tres hijos amarillentos, descarnados, y tan tímidos que apénas osaban levantar los ojos. Pero Virginia al punto los colocaba comodamente, y les servia ciertos refrescos, cuya bondad realzaba ella por alguna circunstancia particular, que en su concepto, acrecentaba su valor, diciéndoles: «Este licor le ha hecho Margarita: este otro mi madre: mi hermano ha cogido por su misma mano esta fruta en la cima de un árbol.» Y otras cosas á este modo.

Despues incitaba á Pablo á que les hiciera bailar, y no se apartaba de su lado miéntras no los veia satisfechos y contentos. Todo su empeño era que estuvieran alegres con la alegría de su familia, y decia: «No es posible hacer la felicidad propia, sin ocuparse en la de los demas.» Y así cuando se habian

de volver á sus habitaciones, les ofrecia aquel mueble ó muebles á que los habia visto inclinados desde el principio, cubriendo la necesidad de que agradecieran sus dádivas, con el pretesto de su singularidad ó estrañeza. Si los veia muy andrajosos, escogia algunas de sus ropas viejas, y mandaba á Pablo las fuese á poner secretamente á la puerta de sus casas, con el permiso de su madre. De este modo hacia el bien, á ejemplo de la divinidad, mostrando el beneficio, y ocultando la mano bienhechora.

Vosotros los Europeos, cuya alma se llena desde la infancia de tantas preocupaciones contrarias á la felicidad, no podeis concebir que la naturaleza sea capaz de proporcionar tantas luces y placeres. Vuestro espíritu ceñido á una estrecha esfera de conocimientos, toca bien pronto al término de sus gustos artificiales; pero la naturaleza y el corazon son inagotables. Pablo y Virginia no tenian relojes, ni almanaques, ni libros de cronología, de historia ni de filosofía. Los periodos de su vida se arreglaban

por los de la naturaleza; conocian las horas del dia por la sombra de los árboles: las estaciones por el tiempo en que dan sus flores ó frutos; y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imágenes hacian muy delicioso su modo de espresarse: « Ya es hora de comer, decia Virginia á los suyos, pues á los bananos les da la sombra á los pies: se acerca la noche porque los tamarindos cierran sus hojas. ¿Cuando vendrás á vernos, le preguntaban algunas amigas de las inmediaciones? Para las cañas del azúcar, respondia Virginia. Tu visita, contestaban las muchachas, será para nosotros tanto mas gustosa y apreciable. »

Cuando le preguntaban su edad y la de Pablo, respondia: « Mi hermano tiene los mismos años que el cocotero alto, y yo que el mas bajo: los mangles han dado doce veces su fruto, y los naranjos veinte y cuatro veces la flor desde que estoy en este mundo. » De suerte que su vida parecia que estaba identificada con la de los árboles, como la de las Driadas y Faunos. No cono-

cian mas épocas históricas, que las de las vidas de sus madres, otra cronología que la de sus vergeles, ni mas filosofía que el hacer bien á todos, y resignarse á la voluntad de Dios.

Pero, de buena fe ¿qué necesidad tenian estos niños de ser sabios y ricos al modo que nosotros lo somos? Sus mismas necesidades é ignorancia aumentaban en cierto modo su felicidad, y no habia dia para ellos en que no se prestasen uno á otro oficios de la mas tierna amistad. Ellos crecian en edad y esperiencia, siguiendo fielmente las leyes de la naturaleza y de la religion, sin que ningun cuidado arrugara su frente, ninguna intemperancia corrompiera su sangre, ninguna pasion funesta depravara su corazon. El candor, la inocencia, la piedad y el amor desplegaban de dia en dia la belleza de sus almas en gracias inefables, espresadas en todas sus acciones, actitudes y movimientos.

En medio de esta felicidad que gozaban los dos jóvenes, empezó Virginia á esperi-

mentar sucesivamente una especie de melancolía. La edad de las pasiones produce en el hombre una metamórfosis ó transformacion estraña, que causa tantos bienes ó tantos males, segun el impulso y direccion de las circunstancias. Virginia era víctima de ello, sin conocerlo; y en aquel estado ni sabia á que atribuir la inquietud interior que esperimentaba, ni sentia aquella alegría, que desde la niñez la habia acompañado. Sus ojos se marchitáron insensiblemente, la palidez fué cubriendo su rostro, y una languidez y desmadejamiento universal acabáron de apoderarse de todo su cuerpo.

Bien penetraba la madre la causa del mal de su hija, pero como prudente y esperimentada, le decia: « Dirígete á Dios, hija mia, que es quien dispone á su arbitrio, de la salud y de la vida de los mortales, y quiere esperimentar hoy tu constancia para premiarte mañana: acuérdate, de que no hemos venido á este mundo, sino para ejercitar la virtud. »

En este intermedio los excesivos calores

que de tiempo en tiempo desuelan las tierras situadas entre los trópicos, viniéron á ejercer aquí sus estragos. Cuando el sol toca al signo de capricornio á fines de Diciembre, sus ardientes rayos cayendo verticalmente sobre la isla de Francia, la abrasan por espacio de tres semanas consecutivas, causando en toda ella un calor estraordinario. Los vapores del océano elevados por la intension de los rayos solares, cubriéron un dia toda la isla como un vasto parasol, de resultas de haber calmado el viento sudeste, que es el que reinando aquí casi la mayor parte del año, disipa las tempestades. Las cimas de los montes cubiertas de estos negros vapores despedian de sí globos de fuego; y los bosques, el llano y los valles resonaban con los horribles truenos de las nubes agitadas. Bien pronto comenzáron á caer torrentes de agua, como si de par en par se hubiesen abierto las cataratas del cielo. Los arroyos espumosos bajaban precipitados por las quebradas de este monte, formando un mar de todo el valle, una

isleta de esta esplanada donde están las cabañas, y de este valle una esclusa por donde salian mezclados indistintamente con las tumultuosas aguas, los árboles, las tierras y los peñascos.

Toda la familia intimidada se encomendaba á Dios en la cabaña de madama de La Tour, cuyo techo crujia horriblemente con la violencia de los aires; siendo tan fuertes y repetidos los relámpagos que entraban por las rendijas, que sin embargo de que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas, se distinguia con el resplandor cuanto habia dentro de ella. Pablo intrépido como él mismo andaba con Domingo de cabaña en cabaña, á pesar del furor de la tempestad, apuntalando aquí una viga, y fijando allí una estaca; y si alguna vez entraba en la de madama de La Tour, solo era con el fin de consolar á la familia con la esperanza próxima de la serenidad deseada. En efecto, á la tardecita cesó la lluvia, y tomó su curso ordinario el ligero viento del sudeste; los nubarrones tempestuosos cor-

riéron hácia el nordeste, y apareció en el orizonte el sol poniente.

El primer deseo de Virginia fué ir á ver el lugar de su recreo. Pablo se acercó á ella con cierto aire de timidez, y le presentó el brazo para ayudarla á caminar. El aire ya era fresco y sonoro, y en las cimas del monte surcado en varias partes de la espuma de los torrentes, que sensiblemente iban menguando, se elevaban blancos vapores, anuncios de la serenidad. Todo el jardin estaba trastornado, desarraigados la mayor parte de los árboles, y los prados cubiertos de arena. Solamente los dos cocoteros se conservaban verdes é intactos, sin que hubiesen quedado en sus alrededores, ni céspedes, ni emparrados, ni pájaros, á excepcion de algunos bengalíes que en las estremidades de las vecinas peñas lloraban la pérdida de sus hijitos con acento lamentable.

A vista de tanta desolacion, dijo Virginia á Pablo: «Ya ves como el huracan ha quitado la vida á los pajaritos que tú trajiste á

este sitio, y como ha destruido el jardin hecho por tu mano. En esta vida no hay cosa que no sea perecedera, y solo son inmutables las del cielo. »

« ¡Que no tuviera yo para podértela ofrecer, le contestó Pablo, alguna cosa del cielo! pero es tanta mi pobreza, que ni siquiera poseo la menor prenda de valor sobre la tierra. » Bien lo sé, replicó ella, medio sonrosada, pero tú tienes la efigie de san Pablo. » No bien oyó aquello Pablo, cuando echó á correr en busca del retrato que tenia en casa de su madre.

El retrato era una especie de miniatura, que representaba á san Pablo, primer ermitaño, á quien Margarita profesaba particular devocion; y despues de haberle llevado muchos años al cuello, siendo soltera, se le puso al hijo, luego que fué madre. Sucedió tambien que estando ella en cinta de Pablo, y viéndose desamparada de todos, (á fuerza de contemplar en la imágen del santo anacoreta) se le parecia en alguna manera su hijo Pablo; cuya circunstancia la habia de-

cidido á ponerle su nombre, y darle por patrono un santo que pasó su vida apartado del mundo y léjos de los hombres, los cuales despues de haberle seducido, pérfidamente le abandonáron. Virginia al recibir aquella efigie de mano de Pablo, le prometió no quitársela del cuello, miéntras viviera, ni olvidar que Pablo le habia dado la única prenda que poseia sobre la tierra.

En este intermedio instaba Margarita á madama de La Tour á que trataran de casar á sus hijos, en atencion á la pasion con que se miraban, y á la edad que ya tenian proporcionada para el efecto, evitando de esta manera los riesgos comunes á que estaban espuestos. Pero madama de La Tour le respondió: «Todavía son demasiado jóvenes y pobres para eso. ¡Qué sentimiento no tendríamos en ver á Virginia cargada de hijos, que tal vez no podria criar por falta de fuerzas! Vuestro negro Domingo ya está bastante cascado, y María enferma: por otra parte, amiga mia, yo me siento muy débil y deteriorada, al cabo de quince años que

vivo en un clima ardiente, como este, donde se envejece mas pronto que en los frios, y mucho mas con los quebrantos y pesares. Pablo es nuestra única esperanza, y debemos aguardar por lo mismo á que medre y adquiera el vigor necesario para que sea capaz de sostener nuestra vejez. En el dia bien sabeis que solo tenemos lo necesario para vivir: dentro de poco dispondrémos que Pablo pase á las Indias por cierto tiempo donde adquiera con el comercio la suficiente cantidad de dinero para comprar un esclavo; y á la vuelta le casarémos con Virginia, pues considero que es el único hombre que puede hacer feliz á mi amada hija. Mas esto lo consultarémos despues con nuestro vecino.»

En efecto, habiéndolo hecho ellas así, fuí de su mismo dictámen, y les dije que los mares de la India eran muy bonancibles, particularmente sabiendo elegir la estacion proporcionada para el embarco, en cuya navegacion se tardaba seis semanas, cuando mas, á la ida, y casi lo mismo á la vuelta: que yo buscaria persona que habilitase á

Pablo, pues era estimado de cuantos le conocian; y que aun cuando no le diésemos mas que algodon en rama, del cual no se hace en esta isla ningun uso por falta de máquinas para limpiarle, palo de ébano, tan comun aquí que se usa para la lumbre, y algunas resinas que se pierden en nuestros bosques; todo esto lo venderia en las Indias á un precio mas que moderado. Me encargué al mismo tiempo de pedir á Mr de la Bourdonais el pasaporte para el viage, y ántes de todo quise tratar con Pablo este pensamiento.

Pero me quedé absorto de admiracion cuando este jóven me dijo, con una madurez muy superior á sus años: « ¿Porqué que reis que yo deje á mi familia, por no sé qué proyecto de fortuna? ¿Hay por ventura en el mundo un comercio mas lucrativo que el cultivo de la tierra que da cincuenta, y aun ciento por uno? Si queremos comerciar ¿no podrémos hacerlo llevando á vender á Puerto-Luis lo que nos sobre, sin necesidad de que yo vaya á correr á las Indias?

Nuestras madres dicen que Domingo está viejo y cascado, pero yo soy muchacho, y cada dia me siento mas robusto. Y ¿si, durante mi ausencia, les sucediese alguna desgracia, particularmente á Virginia, que de algun tiempo á esta parte anda tan triste y desazonada? Ah! eso no: no lo penseis; es imposible que me resuelva á ausentarme de su vista! »

Esta respuesta de Pablo me puso en la mayor perplejidad, porque madama de La Tour no me habia ocultado la situacion de Virginia, y sus deseos de ganar algunos años mas sobre los que ellos tenian, separando al uno del otro; cuyos motivos no me atrevia yo á descubrir á Pablo, ni era conveniente que aun los llegara á sospechar.

En estas circunstancias, recibió madama de La Tour una carta de su tia, por una embarcacion que acababa de llegar de Francia. El temor de la muerte, sin el cual serian siempre insensibles los corazones duros, se habia apoderado del de aquella vieja, de resultas de haber salido de una grave enfer-

medad, la cual, degenerando en estenuacion, se hacia incurable por lo avanzado de su edad. El objeto de su carta se reducia en substancia á decir á su sobrina: «Que se volviese á Francia, ó que en el caso de no permitirle su salud emprender un viage tan dilatado, le enviara á Virginia, á quien pensaba dar una buena educacion y destino decente en la corte, con la posesion de todos sus bienes; y aun añadia, que en el cumplimiento de aquellas sus órdenes, consistia la continuacion de sus favores.»

No bien habia acabado de leer madama de La Tour la referida carta á la familia, cuando todos se quedáron suspensos y en la mayor consternacion. Domingo y María comenzáron á llorar: Pablo, inmóvil sin saber lo que le pasaba, parecia como dispuesto á enfurecerse: Virginia, con los ojos fijos en su madre, no se atrevia á proferir una palabra. En este estado dijo Margarita á madama de La Tour: «Será posible que nos dejeis al cabo de tantos años!»

«No, amiga mia, no, hijos mios, es-

clamó madama de La Tour, no os abandonaré jamas! Yo he vivido con vosotros y con vosotros quiero morir, porque no he conocido la dicha, sino en vuestra compañía. Si mi salud está deteriorada, tienen la culpa de ello los antiguos disgustos. La crueldad de mis parientes y la pérdida de mi amado esposo, me penetráron hasta lo mas intimo del alma; pero despues acá he esperimentado mas satisfaccion y consuelo con vosotros debajo de estas humildes chozas, que cuantos bienes y felicidades pudieran, ni pueden prometerme en mi patria las riquezas de mi familia.»

Acabando de decir estas palabras empezáron todos á verter lágrimas de gozo. Pablo arrojándose en los brazos de madama de La Tour, le decia: « No me separaré jamas de vos, ni iré á las Indias: todos trabajarémos aquí para vos, amada mamá, y nada os faltará en nuestra compañía.» Pero la que manifestó ménos alegría que los demas, sin embargo de que era la que la habia sentido mas viva, fué Virginia, la cual se conservó

lo restante del dia con la misma serenidad, colmándose con esto la satisfaccion de todos.

A la mañana siguiente, al salir el sol, acabando de encomendarse á Dios en comunidad, ántes de ponerse á almorzar, segun lo tenian de costumbre, les avisó Domingo que un señor de á caballo, seguido de dos esclavos, se acercaba á la posesion. En efecto, el tal caballero era el señor de la Bourdonnais el cual habiéndose entrado de improviso en la cabaña, encontró á toda la familia almorzando al rededor de una mesa, donde Virginia acababa de servir café, arroz cocido en agua, batatas asadas y bananas frescas. La única vajilla de que se servian, eran cascos de calabaza, y por mantel hojas de banano.

Manifestó el gobernador por el pronto su sorpresa, viendo la pobreza de aquella familia, y dirigiéndose despues á madama de La Tour, le insinuó que los negocios generales de su empleo le habian estorbado algunas veces de pensar en los particulares; pero que ella era acreedora á toda su atencion.

« Vos teneis, madama, añadió, á una tia muy rica y distinguida en Paris, que os deja por heredera de todos sus bienes, y os espera cuanto ántes á su lado. »

Contestóle madama de La Tour, que su salud achacosa no le permitia emprender un viage tan espuesto como largo.

« Pero á lo ménos, replicó el gobernador, no podréis privar, sin injusticia, de una herencia tan crecida, á una hija tan jóven y amable, como os ha concedido el cielo. Yo no debo ocultaros que vuestra tia se ha valido de la autoridad para llevársela, y que á este fin me escribe, use de todas mis facultades en caso necesario. Mas como yo no las ejerzo sino para hacer felices á los habitantes de esta isla, espero de vuestra voluntad sola un sacrificio de algunos años, del cual dependen el establecimiento de vuestra hija, y vuestro bienestar para toda la vida. ¿A qué se viene á las islas? no es para enriquecerse en ellas? Pues ¿no será mejor y mucho mas gustoso el ir á encontrar las riquezas en su patria?» Diciendo estas palabras y mandando

á uno de sus negros dejar sobre la mesa un gran talego de pesos que llevaba, añadió: «Aquí teneis ese dinero que vuestra tia ha destinado para los preparativos del viage de la chica.»

Despues comenzó á reconvenir con cortesanía y atencion á madama de La Tour, porque no habia recurrido á él en sus necesidades; aunque elogiando al mismo tiempo su valor noble y constante.

Tomó á esto Pablo la palabra, y dijo al señor de la Bourdonnais: «Señor gobernador, mi mama ha recurrido á vos, y la habeis recibido mal.»

«¿Teneis á otro hijo? preguntó prontamente el gobernador á madama de La Tour.»

«No, señor, contestó ella; este es el hijo de mi amiga Margarita, y á él y á Virginia los amamos igualmente, y son para nosotros hijos comunes.»

«Niño, dijo el gobernador, encarándose á Pablo, cuando llegues á tener esperiencia del mundo, conocerás la desgracia de los que mandan, y la facilidad con que son en-

gañados, dando al vicio intrigante é impudente, lo que solo pertenece al mérito que se oculta. »

Convidó entónces madama de La Tour al señor de la Bourdonais á almorzar, cuyo convite aceptó el gobernador sentándose á su lado, y tomando café mezclado con arroz cocido en agua, á la manera de los criollos. El cual quedó tan encantado del órden y aseo de la cabaña, de la union edificante de las dos familias, y hasta del zelo de sus ancianos criados, que dijo : « Aquí no hay sino muebles de madera, pero se ven rostros serenos, y corazones de oro. »

Pablo prendado de la popularidad y llaneza del gobernador, le dijo, que deseaba ser su amigo, porque era hombre de bien ; y el señor de la Bourdonnais recibiendo con gusto aquella señal de sinceridad isleña, le dió un abrazo, y apretándole la mano, le aseguró que podia contar con su amistad.

Acabado el almuerzo, llamó á parte á madama de La Tour, y le dijo que habia ocasion en el dia de enviar á su hija á Francia,

en un navío que estaba pronto á hacerse á la vela: que la recomendaria á una parienta suya, que iba de pasagera en el mismo buque; y que no era cosa de abandonar una herencia inmensa por una satisfaccion de algunos años. « Vuestra tia, añadió al tiempo de partir, no podrá vivir mas de dos años, segun me escriben sus amigos, miradlo bien, y consultadlo allá para con vos, pues no todos los dias se muestra risueña la fortuna. No habrá persona de juicio que no piense como yo. »

Madama de La Tour le respondió, que no deseando en este mundo mas felicidad que la de su hija, dejaria absolutamente al arbitrio del señor gobernador su partida para Francia. »

Como á madama de La Tour no le disgustaba encontrar ocasion de separar por algun tiempo á Pablo y Virginia, para proporcionarles en lo sucesivo su felicidad mutua, llamó á parte á su hija de allí á pocos dias, y le habló en estos términos.

« Hija mia, ya ves que nuestros criados

son ancianos, que Pablo es muy jóven, que su madre va siendo vieja, y que yo estoy muy achacosa de males: ¿qué seria de tí entre estas breñas, si yo llegase á morir? ¿podrias resistir sola, y sin ninguna otra persona que te ayudase, viéndote precisada á trabajar continuamente la tierra, como una muger mercenaria, para ganar el sustento diario? Ah! esta reflexion, Virginia mia, me traspasa las entrañas de dolor!»

Al oir esto Virginia, le replicó: Dios nos ha condenado á todos al trabajo, y vos, madre mia, me habeis enseñado á trabajar, y á bendecirle cada dia. Hasta aqui no nos ha abandonado, ni nos abandonará en adelante, pues su providencia vela particularmente sobre los infelices, segun millares de veces me lo habeis insinuado. No es posible que yo me determine á dejaros!»

Madama de La Tour conmovida con semejantes razones, le contestó sin detenerse: «No creas, hija mia, sea otro mi intento que hacerte feliz, y casarte algun dia con Pablo, que no es hermano tuyo: considera

ahora que tienes en tu mano su felicidad y la tuya. »

Con semejante confianza de una madre amorosa y compasiva, no tuvo dificultad Virginia en arbrirle de par en par su corazon, declarándole sin disfraz ni rebozo, la inclinacion hasta entónces secreta de su alma; y viendo que su madre la aprobaba, y dirigia á un fin honesto con sus consejos, le ofreció nuevamente no apartarse jamas de su lado, y vivir en su compañía sin agitacion en cuanto á lo presente, ni temor respecto de lo futuro.

Viendo madama de La Tour que su confianza habia producido un efecto contrario al que ella se esperaba, aseguróle que no queria violentar su inclinacion, sino que deliberara maduramente y á su salvo; pero le encargó que ocultase siempre su amor á Pablo, porque, como ella decia, « cuando el corazon de una doncella está cautivo, ya no le queda al amante otro sacrificio que exigir de ella. »

A este tiempo se dejó entrar por la puerta

el confesor de madama de La Tour, enviado por el gobernador para acabar de persuadirla y hacerle fuerza con sus razones, las cuales se redujéron á que era forzoso someterse á las órdenes de la providencia que tenia dispuesto hacer feliz á Virginia por aquel camino; y que supuesto que madama de La Tour no podia emprender el viage por el malo estado de su salud, debia hacerle sin mas dilacion su hija Virginia, á fin de complacer á su tia, y mejorar al mismo tiempo su propia suerte.

Habiendo oido semejantes razones la obediente Virginia, bajó los ojos, y con voz desmayada y trémula respondió al confesor: « Si así lo dispone el cielo, á nada me opongo: hágase la voluntad del señor, añadió, exhalando un profundísimo suspiro. »

En aquel estado, me envió á decir madama de La Tour por Domingo, le hiciese el favor de pasar á su cabaña, pues tenia que consultarme acerca del viage de Virginia. En efecto, habiendo tratado los dos el

asunto, fuí de opinion que no emprendiera semejante viage. Porque habeis de saber que yo tengo por un principio cierto de la felicidad humana, que son preferibles los bienes de naturaleza á los de fortuna; y que no debemos ir á buscar léjos de nosotros lo que tenemos dentro de nosotros mismos; y esta máxima la estiendo yo á todas las cosas de este mundo, sin excepcion ni diferencia.

Pero ¿qué eficacia podian tener mis consejos contra las fundadas esperanzas de una fortuna tan brillante y halagüeña? Consiguientemente madama de La Tour solo me consultó por puro cumplimiento, y ya no fué mas dueña de deliberar por sí, desde el instante que oyó el dictámen de los dos personages que acabo de nombraros.

La misma Margarita, quien, á pesar de las felicidades que esperaba para su hijo de la fortuna de Virginia, se habia opuesto muy seriamente á su partida, dejó de insistir sobre ello. Pablo, ignorando el partido que sus madres tomarian, estaba admirado de

las conversaciones secretas de madama de La Tour con su hija, y entregado á los impulsos de la tristeza, decia: « Algo se trama contra mí, cuando tanto se recatan de que yo las oiga. »

Al punto que se estendió lo voz por toda la isla de que la fortuna habia visitado estas breñas, trepáron á ellas mercaderes de todos géneros, que desplegáron delante de estas miserables chozas las estofas mas preciosas de la India; magníficas cotonías de Goudelour, pañuelos de Paliacate y Mazulipatan, muselinas de Daca, bordadas, lisas, rayadas y transparentes como la luz, camisas de Surate muy blancas, indianas de todos colores y las mas raras, de fondo obscuro con ramos verdes, magníficas telas de seda de China, en suma, todas las producciones mas esquisitas del arte, que el lujo y la industria han inventado en las cuatro partes del mundo.

Quiso madama de La Tour que Virginia comprase á su arbitrio lo que mas le agradara, y solo se encargó ella de que no la

engañasen en el precio ni en la calidad del género. En efecto Virginia comenzó á elegir todo aquello que le parecia era del gusto de su madre, de Margarita y de su hijo, destinándolo todo para ellos, y nada para sí, y diciendo siempre: « Esto es muy bueno para muebles, aquello para el uso de María y de Domingo. » Por manera que ya se habia empleado todo el talego de pesos, y nada habia comprado de lo que necesitaba para sí, habiendo sido preciso sacar la parte que á ella le tocaba de los regalos distribuidos entre los de casa.

Pablo penetrado de dolor al ver aquellos dones de la fortuna que le presagiaban la partida de Virginia, se presentó de allí á pocos dias en mi casa, y me dijo con tono desmayado y lastimero: «Mi hermana, sin duda va á partir, pues la veo hacer los preparativos para el viage. Ruégoos paseis á nuestra posesion, y empleeis todo el ascendiente que teneis sobre el ánimo de su madre y de la mia, para que no se vaya.» Movido yo de las instancias del pobre mucha-

cho, me presté al punto á sus deseos, aunque bien persuadido de que todas mis representaciones serian completamente inútiles y desaprobadas.

Os confieso que si Virginia me habia encantado hasta entónces, con el vestido de coton azul de Bengala y el pañuelo encarnado al rededor de la cabeza, me pareció mucho mas hechicera cuando la ví engalanada al modo de las damas de este pais. Llevaba un vestido de muselina blanca, forrado de tafetan color de rosa, y sus rubios cabellos trenzados en dos órdenes á la espalda, hacian la mas perfecta armonía con su virginal cabeza. Sus hermosos ojos azules rebosaban melancolía, y su corazon agitado de una pasion reprimida, comunicaba á su rostro un color animado, y á su voz dulces y penetrantes sonidos. Hasta el contraste de su vistosa gala, que ella llevaba contra todo su gusto, hacia tan interesante su languidez y desmadejamiento, que nadie podia verla ni oirla sin que se sintiera enternecido y encantado.

Acrecentóse con esto la tristeza de Pablo; y afligida cada vez mas Margarita de ver la situacion de su hijo, determinó, por último remedio, descubrirle el secreto que hasta entónces le habia ocultado. Llamóle, pues, á parte un dia, y le dijo:

« ¿A qué fin, hijo mio, alimentarte por mas tiempo de vanas esperanzas, que no habiendo de realizarse nunca, te serán despues tanto mas amargas? Ya ha llegado el tiempo de que te revele el arcano de tu vida y de la mia. Virginia es parienta, por parte de madre, de una señora rica y de alto linage; y tú no eres mas que el hijo de una pobre aldeana, á quien el amor hizo cometer una flaqueza, de que tú has sido triste fruto, privándote mi culpa, ¡fatal memoria! de tu familia paterna, y mi arrepentimiento de la materna. Ay infeliz! por mi desventura y la tuya, no tienes mas parientes que yo en este mundo» Y al llegar aquí comenzó á derramar copiosas lágrimas.

Pablo, abrazando estrechamente á su madre, procuraba consolarla diciéndole que no

llorase, y que pues no tenia mas parientes que ella en este mundo, por lo mismo la amaria mucho mas en adelante. « Pero! qué secreto, añadió, el que acabais de revelarme! Ahora entiendo porque hace dos meses que Virginia anda huyendo de mí, y en dia está resuelta á dejarme! Ah! sin duda me desprecia la ingrata! »

Llegó entretanto la hora de cenar, y agitados todos de pasiones diferentes, comiéron poco, y no habláron palabra durante la cena. Virginia fué la primera que se levantó de la mesa, y se encaminó á este mismo sitio en que estamos, donde se sentó. Siguióla Pablo prontamente y fué á sentarse junto á ella, guardando uno y otro un profundo silencio por largo rato.

Era esto en una de aquellas deliciosas noches, tan comunes entre los trópicos, cuya belleza no es dado retratar al pincel mas diestro y amaestrado. La luna parecia que ocupaba el centro del firmamento, rodeada de nubes y celages que sus rayos iban disipando por grados, dejándose caer insensi-

blemente su luz sobre los picos de los montes de la isla, que brillaban con un verde plateado. Los vientos retenian su aliento; y solamente se oian en los bosques, en el hondo de los valles, y en las puntas de los peñascos, las piadas y el dulce murmullar de las avecillas, que regocijadas con la claridad de la noche y la apacibilidad del aire, se arrullaban en sus nidos ó nocturnas moradas. Todos, hasta los insectos, susurraban debajo de la yerba. Las estrellas centelleaban en el cielo y reverberaban en el hondo del mar, el cual reflejaba sus imágenes tremulantes.

Recorria Virginia con ojos distraidos todo el orizonte cuando avistó, á la entrada del puerto, una luz y una sombra, que eran el fanal y el casco del navío en que habia de embarcarse para Europa, y que dispuesto á hacerse á la vela se mantenia al ancla, hasta que cesaran las calmas. A vista de esto se le conmoviéron las entrañas, y volvió la cabeza á otro lado, porque no la viera llorar Pablo.

Madama de La Tour, Margarita y yo, nos habíamos sentado á pocos pasos de ellos, debajo de los bananos; y con el silencio de la noche, oimos tan claramente su conversacion, que desde entónces nunca la he olvidado.

«He oido, Virginia, comenzó Pablo, que te vas dentro de tres dias; no temes esponerte á los riesgos de la mar... de la mar que tanto horror te causa?»

«Es forzoso, respondió ella, que obedezca á mi madre, y cumpla con lo que le debo.»

«Pero ¿será posible que nos dejes, replicó Pablo, por una parienta á quien no has visto jamas?»

«Ay de mí! esclamó Virginia, yo queria quedarme aquí toda mi vida, pero mi madre no lo ha tenido á bien. Por otra parte, me ha dicho mi confesor, que es voluntad de Dios el que yo parta, y que la vida no es mas que una continua prueba.... Ah! sin duda que es una prueba muy dolorosa!»

«Qué! repuso Pablo, ¿hallas tantas ra-

zones para partir, y ninguna para quedarte? Ah! otra hay que me reservas: el atractivo de las riquezas es lo que te mueve. No dudo que lograrás en Francia un himeneo correspondiente á tu nacimiento, y con todas las demas circunstancias que yo no puedo ofrecerte; pero ¿adonde irás tú que seas mas feliz? ¿á qué tierra aportarás que te sea mas amada que la en que has nacido? ¿donde encontrarás gentes mas amables que las que aquí te idolatran? ¿como podrás vivir sin las caricias de tu madre, á que estás tan acostumbrada? ¿qué será de la pobre vieja, cuando no te vea á su lado, ni en la mesa, ni en casa, ni en el paseo donde iba apoyada siempre á tu brazo? ¿y qué será de la mia, que te ama tanto como ella? ¿qué les diré yo cuando las vea llorar por tu ausencia? Ah, cruel! no quiero hablarte de mí: pero ¿qué haré cuando yo no te vea á la mañana, ni á la noche en nuestra compañía? Ay, Virginia! permíteme á lo ménos partir contigo en el mismo navío, ya que buscas una nueva suerte en un pais estran-

gero para tí, y otros bienes que los que te produce mi trabajo. A lo ménos te animaré en las borrascas que temes tanto, y te consolaré en medio de las desgracias; y cuando yo te vea en Francia servida y adorada de todo el mundo, te haré el último sacrificio de morir á tus plantas.»

Al llegar aquí le embargáron la voz los sollozos, y de allí á poco oimos la de Virginia que le decia estas palabras interrumpidas con suspiros:

« Tú eres precisamente la causa de mi partida.... tú, á quien he visto diariamente encorvado bajo del peso del trabajo para sustentar á dos familias enfermas y necesitadas. Si yo he abrazado esta ocasion de ser rica, no es sino para pagarte mil veces los beneficios que hemos recibido de tu mano: ¿hay fortuna comparable á la de tu amistad? ¿A qué vienes hablarme de tu nacimiento? Ah! ¿si me diesen á elegir un hermano, elegiria otro que á tí? ¡Ay Pablo, Pablo! cree á tu hermana que te habla con el corazon en las manos, y te asegura que si parte,

es precisamente por obedecer á su madre, y hacerte á tí feliz. »

Yo iré contigo, Virginia, iré contigo, y no habrá quien pueda separarme de tí, esclamó entónces Pablo con gritos muy desaforados. » Corrimos todos á él viéndole como fuera de sí, y madama de La Tour le dijo : « ¿ Qué será de nosotras, hijo mio, si tú nos desamparas ? »

Al oir aquello Pablo, repitió, como horrorizado, estas palabras : hijo mio !... hijo mio !... y volviéndose repentinamente á madama de La Tour, le dijo : « ¿ Vos, madre mia, siendo tan inhumana que separais al hermano de la hermana ? Los dos hemos mamado vuestra leche, nos hemos criado en vuestro regazo, ¿ y quereis ahora separarla de mí ? ¿ Quereis enviarla á ese pais bárbaro, que os ha negado un asilo en vuestros infortunios, y entre unos parientes que con crueldad inaudita os han abandonado ? No : Virginia no saldrá de aquí sin mí. ¿ Quien me podrá estorbar que yo la siga ? ¿ Acaso el gobernador ? pero no podrá impedirme él

que me arroje al mar, y la siga á nado. Para mí no será mas funesto el mar que la tierra. Qué crueldad de madre! el cielo permita que el océano á que la esponeis....

Y sin acabar de proferir lo que habia comenzado le tomó una especie de arrebato: yo le cogí en mis brazos y le ví enteramente enagenado de cólera. Sus ojos arrojaban llamas, y un sudor frio y muy copioso corria por todo su rostro inflamado; temblábanle las rodillas, y en su pecho abultado se le sentia latir el corazon con palpitaciones duplicadas.

Asustada Virginia con aquel espectáculo, le dijo: « O amado Pablo! yo te prometo por tus males y los mios, de no vivir sino para tí, si me quedo; y si parto, de volver algun dia para ser tuya. Sedme testigos todos los que habeis dirigido los primeros pasos de mi infancia, que disponeis de mi vida, y veis mis lágrimas. Así lo juro por el cielo que me oye, por ese mar que voy á atravesar, por el aire que respiro, y que nunca he manchado con la menor mentira. »

A la manera que el sol deshace y precipita una montaña de nieve de la cumbre del Apenino, así, ni mas ni ménos, se disipó la furia de Pablo, inmediatamente que oyó la voz del objeto de su amor. Su cabeza ántes erguida, se inclinó sobre el pecho, y un torrente de lágrimas corria de sus ojos. Su madre mezclando las suyas con las del hijo, le abrazaba tiernamente sin poder hablar; y madama de La Tour, sin saber lo que le pasaba, me decia : « Ya no puedo sufrir mas..... el corazon se me parte de dolor..... este viage de mis pecados no se verificará; vecino, procurad llevaros á mi hijo..... ocho dias ha que nadie duerme en esta casa. »

Yo entónces le dije á Pablo que se sosegase, pues á la mañana siguiente iríamos á ver al gobernador, y haríamos que Virginia se quedara : que dejase reposar á la familia, y fuese á pasar la noche á mi cabaña, pues eran ya mas de las doce. Con lo cual se dejó llevar sin la menor repugnancia, y despues de una noche muy agitada, se levantó al rayar el dia y se volvió á su cabaña.

Pero, ¿qué necesidad hay de continuar por mas tiempo (me dijo al llegar aquí el anciano) la relacion de este caso? En la vida humana solo hay un lado agradable que conocer, pues el otro se presenta obscuro y tenebroso como la parte de la tierra que no está iluminada por el sol durante la noche. Así que, el curso rápido de nuestra vida no es mas que un dia, y una parte de este dia está envuelta para nosotros en obscuridades.

Os suplico, buen amigo, le contesté, me continueis la relacion del caso que habeis empezado á contarme de una manera tan tierna é interesante. Las imágenes de la felicidad nos agradan, pero las de la desgracia nos instruyen. Contadme, pues, el paradero del infelice Pablo.

El primer objeto, continuó el anciano, que se presentó á los ojos de Pablo al volver de mi casa, fué la negra María, que estaba sobre un peñasco mirando al mar alto: al punto que la descubrió, comenzó á gritarle de léjos: « María, María! donde está Virginia? »

La pobre María volvió la cabeza hácia su jóven amo, y se puso á llorar. Inmediatamente que notó Pablo las lágrimas de María, volvió atras todo desaforado, y se encaminó al puerto apresuradamente, donde le dijéron que Virginia se habia embarcado ántes del alba, y no se divisaba ya la nave desde la bahía. Con tan inesperada noticia se volvió á la posesion, y la atravesó toda sin hablar á nadie.

Aunque esta cordillera de riscos parece, de la parte de allá, que está casi perpendicular, esas esplanadas verdes que dividen su altura, son como otros tantos pisos ó gradas por donde se sube, á favor de algunas sendas fragosas, hasta el pie de aquel cono inclinado é inaccesible llamado el Police. En la basa de este cono ó piramide, hay un llano cubierto de espesos árboles y tan elevado, que parece como un gran bosque suspendido en los aires, y está rodeado por todas partes de precipicios espantosos. Las nubes que la cima del Police atrae continuamente al rededor de sí, forman allí muchos arroyos que se

P 123

IV

despeñan á tal profundidad en el hondo del valle, situado á espaldas de esta montaña, que no se percibe desde la eminencia el ruido que hacen al caer sus aguas. Desde este llano se descubre una gran parte de la isla con sus collados dominados de varios picachos, entre otros Piterboth y los Tres-Pechos con todos sus bosques y valles, y enfrente el vasto océano y la isla de Borbon, distante como cuarenta leguas al ocaso.

Allí fué á donde Pablo dirigió los primeros pasos, desde cuya eminencia divisó en alta mar la nao conductora de Virginia, como un punto negro en medio del océano. Así se estuvo la mayor parte del dia sin dejar de mirarla, figurándosele que la veia, aun cuando habia desaparecido, hasta que habiéndose ocultado del todo entre los vapores del orizonte, tomó el partido de sentarse en aquel sitio agreste y solitario, combatido siempre de los vientos, que agitan sin cesar las cimas de las palmeras y tacamacos, cuyo susurro sordo, pero armonioso, se semeja al ruido de los órganos tocados á lo léjos, ó inspira

una profunda melancolía. Allí fué donde yo le hallé con la cabeza reclinada en un peñasco y los ojos clavados en la tierra, despues de haber andado buscándole desde la salida del sol. Al principio me costó mucho trabajo el persuadirle que tornara á su cabaña; pero al fin pude conseguirlo á fuerza de instancias. Llegamos á la posesion de su madre, y lo primero que hizo, al ver á madama de La Tour, fué quejarse muy amargamente de que ella le habia engañado.

Madama de La Tour muy constritada, nos refirió entónces que habiéndose levantado un viento favorable entre dos á tres de la mañana, el gobernador de la isla, acompañado de varios oficiales, y del confesor de quien se habló ántes, habia ido á buscar á Virginia en litera; y que, á pesar de sus lágrimas y razones y de las de Margarita, se habian llevado á su hija mas muerta que viva, protestando el gobernador y los de su comitiva que aquello lo hacian por el bien de toda la familia.

A lo ménos, le contestó Pablo, estaria yo

ahora mas tranquilo, si me hubiese despedido de ella. Yo le hubiera dicho : «Virginia, si en el tiempo que hemos vivido juntos, se me ha escapado alguna palabra que haya podido ofenderte, dime que me la perdonas ántes de dejarme para siempre. Le hubiera dicho : Ya que estoy condenado á no volver á verte, á Dios, amada Virginia! á Dios! vive contenta y feliz léjos de mí! »

Y como en esto viese que su madre y madama de La Tour lloraban hilo á hilo: «Buscad ahora, les dijo, otro que yo que enjugue vuestras lágrimas! » Y al mismo tiempo, prorrumpiendo en tristes lamentos, se ausentó de su vista, y comenzó á vagar de una parte á otra por la posesion, recorriendo todos los parages que habian sido mas queridos de Virginia, y diciendo á los corderos y cabritillos que le seguian balando : « Qué quereis de mí? ya no veréis mas conmigo á la que os daba de comer en sus palmas! »

Se encaminó despues al sitio llamado el Recreo de Virginia, y viendo á los pajaritos que revoloteaban al rededor de él, decia :

«Pobres avecitas! ya no volveréis á poneros á las plantas de la que os echaba migas de pan y granos de trigo, para que no os faltase de comer.» Y viendo á Leal que iba delante de él meneando la cola y olfateando por todas partes, dió un suspiro y dijo: «Ah! no te canses, pobre animalito, que ya no volverás á encontrarla jamas.»

Por último, fué á sentarse en la peña donde le habia hablado la noche precedente; y á vista del mar, en que acababa de ver desaparecer el navío conductor de la prenda de sus entrañas, lloró amargamente su desgracia.

En este estado, temiendo nosotros alguna funesta resulta de la agitacion de su alma, le seguíamos á todas partes sin perderle nunca de vista. Su madre y madama de La Tour se valian de las espresiones mas tiernas y afectuosas, para que su dolor no degenerase en desesperacion; y al fin logró esta última tranquilizarle un poco, dándole los nombres mas propios para animar sus esperanzas, llamándole á boca llena su hijo, su amado

hijo, su yerno, para quien tenia destinada su hija.

Por aquel medio logró madama de La Tour hacerle entrar en casa, y que tomase algun alimento. En efecto, se sentó con nosotros á la mesa, inmediato al sitio que ocupaba ántes la compañera de su niñez; y como si todavía le ocupara Virginia, le dirigia la palabra y le presentaba los manjares que sabia le eran mas gratos; pero inmediatamente que reconocia su ilusion, echaba á llorar muy desconsolado.

En los dias siguientes anduvo juntando todo lo que habia servido al uso particular de Virginia, como los últimos ramilletes de flores que se puso, una taza de coco en que solia beber, y otros dijes á este tenor; y como si aquellas reliquias de su amiga, fuesen las alhajas de mas precio de la tierra, las besaba y las metia en el seno. Finalmente, conociendo que su pena aumentaba la de su madre y de madama de La Tour, y que las necesidades de la familia pedian un trabajo

continuado, se puso á ayudar á Domingo en los reparos y cultivo del jardin.

A poco tiempo, este jóven indiferente hasta entónces, como criollo, á todo lo que pasa en el mundo, me suplicó le enseñase á leer y escribir, para poder corresponderse por escrito con Virginia; y despues quiso instruirse en la geografía, para formar una idea del pais adonde iba á desembarcar; y en la historia, para conocer las costumbres de la sociedad en que habia de vivir. Sin duda que el orígen del maravilloso arte de leer y escribir, se ha debido al afecto de dos amantes ausentes ó imposibilitados de comunicarse mútuamente sus ideas, por alguna dificultad insuperable.

El estudio de la geografía no agradó mucho á Pablo, porque en lugar de describir la naturaleza de cada pais, solo trata de esplicarnos sus partes y divisiones, segun su respectivo estado político. La historia, en especial la moderna, tampoco le pareció mas útil; no hallando en ella mas que desgracias generales, y periódicas, cuyas causas no

llegaba á penetrar. Y así, como no encontraba en su lectura mas que guerras sin motivo ni objeto, intrigas secretas, y naciones sin carácter, preferia á los libros históricos, los de novelas y aventuras; porque tratando con particularidad de los sentimientos é intereses de los hombres, le ofrecian algunas veces lances y situaciones parecidas á la suya. Por este motivo ningun libro le agradaba tanto como el Telémaco, por sus descripciones y pinturas de la vida campestre, y de las pasiones hijas del corazon humano. Muchas veces leia á su madre y á madama de La Tour, los pasages del Telémaco que le hacian mas impresion; y entónces, agitado de dulces memorias, se le turbaba la voz y lloraba amargamente. Se le figuraba, que hallaba reunidas en Virginia la dignidad y virtud de Antiope, con las desgracias y la ternura de Eucaris.

Pero por otra parte, quedó enteramente escandalizado, leyendo las novelas del dia, llenas de maximas perjudiciales y libertinas; y cuando supo que las tales novelas conte-

nian una pintura fiel de los usos y costumbres de las naciones de Europa, temió, no sin alguna apariencia de razon que el corazon de Virginia se corrompiera y olvidara su cariño.

En efecto, se pasó mas de año y medio sin que madama de La Tour tuviese noticias de su tia ni de su hija, y solo por un medio estraño se sabia que Virginia habia llegado felizmente á Francia. Ultimamente, por una embarcacion que pasaba á las Indias, recibió una carta escrita de propio puño de Virginia, por la cual conoció desde luego que vivia infeliz, sin embargo de la circunspeccion y disimulo con que su amable é indulgente hija se esplicaba en ella. Tengo tan presentes casi todas las palabras de esta carta, por lo bien que pintaba en ella su situacion y carácter, que voy á referirosla al pie de la letra.

« Mi mas querida y estimada mamá,

» Despues de mi llegada os escribí varias cartas de mi puño, y como á ninguna me

habeis contestado, me temo no hayan llegado á vuestras manos. Con la presente tengo mejores esperanzas, en virtud de las precauciones que he tomado para daros noticia de mi persona, y recibirla igualmente de la vuestra.

» ¡ Cuantas lágrimas he derramado, amada madre mia, despues de vuestra separacion, yo que apénas habia llorado sino por los males de otros! Mi tia se quedó muy admirada á mi llegada, cuando preguntándome las habilidades que tenia, le respondí que no sabia leer ni escribir: y replicándome ella, ¿qué era lo que habia aprendido en este mundo? le contesté que solo sabia gobernar una casa, y hacer vuestra voluntad: á lo que me dijo, que me habian dado una educacion de criada.

» Al dia siguiente de mi llegada, me puso en un gran colegio cerca de Paris, donde tengo maestros de todas clases, que me enseñan, entre otras cosas, la historia, la geografía, la gramática, las matemáticas y á montar á caballo; pero tengo tan poca dis-

posicion para todas estas ciencias, que no me prometo hacer progresos con estos caballeros. Conozco que soy una pobre muger de cortísimos alcances, como ellos suelen decir; sin embargo de esto, mi tia no lo lleva á mal, ántes bien me asiste con todo lo necesario; enviándome trages diferentes para cada estacion, y manteniendo dos doncellas destinadas á servirme, que están tan bien vestidas como las señoras de mas alto copete. Me ha hecho tomar el título de condesa, y dejar el apellido de La Tour, para mí de tanto aprecio como para vos, por la relacion que me habeis hecho de los disgustos que mi difunto padre sufrió por casarse con vos; y en lugar de aquel apellido, me ha mandado usar del de vuestra familia, que tambien aprecio mucho, por ser el que vos usábais cuando soltera. Viéndome en una situacion tan brillante, le he suplicado varias veces que os envie algun socorro; mas, ¿como haré yo para significaros su respuesta? Pero vos me habeis encargado que os diga siempre la verdad: me respondió, que un

socorro moderado, para nada os alcanzaria, y que uno grande no haria mas que serviros de estorbo en el estado sencillo de vida que habeis elegido.

» Bien procuré al principio daros noticia de mi persona, valiéndome de agena mano para escribiros; pero como no tenia aquí sugeto de quien poder fiarme, me he aplicado noche y dia á aprender á leer y escribir; y Dios ha querido hacerme la gracia de conseguirlo en cortísimo tiempo. Mis primeras cartas se las confié á las criadas que me asisten, para que os las dirigieran, y tengo sobrados fundamentos para sospechar que se las han remitido á mi tia. Esta vez me he valido de una colegiala, amiga mia, y os suplico me respondais, dirigiendo á ella la carta, bajo del adjunto sobrescrito; pues mi tia me ha prohibido toda correspondencia fuera de casa, con el pretesto de que esto perjudicaria, segun ella dice, á los altos pensamientos que tiene acerca de mí. No tengo mas visita que la suya y la de un caballero anciano, amigo de la tia, el cual,

segun ella se esplica, me profesa mucha aficion; pero, á decir la verdad, yo no le profeso á él ninguna, aun cuando yo fuese capaz de tenerla á alguno.

» Aunque viva en medio de la opulencia, no puedo disponer de un maravedí. Dicen que el tener yo á mi disposicion oro y plata, me podria acarrear graves consecuencias; y así en el centro de las riquezas, estoy mucho mas pobre, que cuando vivia en vuestra compañía, porque nada tengo para poder dar á otros. Mis mismos vestidos son mas de mis doncellas, que mios, pues se los disputan ántes que yo los deje. Luego que ví que las grandes habilidades que me enseñaban, no me proporcionaban la satisfaccion de hacer el menor bien, me apliqué á la aguja, cuyo uso me habeis enseñado por dicha mia.

» Ahí os envio varios pares de medias hechas por mi mano, para vos y para mamá Margarita, un gorro para Domingo, y uno de mis pañuelos encarnados para María; y en el mismo paquete van algunas semillas y pepitas de las frutas de mis colaciones, con

la simiente de toda suerte de árboles, que en mis ratos de recreacion he podido recoger en el jardin y bosque de este colegio: y al mismo tiempo, la grana de violetas, margaritas, azucenas, coquilicos y escabiosas, que he cogido en los campos. En los prados de esta tierra hay flores mas bellas que en los nuestros, pero aquí no se hace ningun aprecio de ellas.

«Estoy segura de que así vos, como mamá Margarita, recibiréis mas gusto con ese saquito de simientes, que con aquel grande de pesos, que ha sido la causa de nuestra separacion y de mis lágrimas. Será para mí de la mayor satisfaccion, el que tengais mañana ú otro dia la complacencia de ver á los manzanos, crecer al lado de los bananos, y á las hayas entretejer sus ramas con las de los cocoteros. Así os parecerá que estais en la Normandía, que tanto amais.

» Me encargásteis al partir os escribiera mis satisfacciones y mis pesares. Para mí no puede haber satisfaccion ni contento, ausente de vos; y por lo que toca á mis penas

procuro dulcificarlas acordándome que estoy donde vos me habeis puesto por disposicion de la providencia. Pero lo que aquí mas me atormenta es que no oigo hablar de vos, ni puedo hablar con nadie de cosa vuestra; porque cuando procuro sacar la conversacion sobre unos objetos que me son tan preciosos, me dicen mis doncellas, ó por mejor decir, las de mi tia, pues son mas suyas, que mias : Señorita, acordaos de que sois francesa, y que debeis olvidar el pais de los salvages. Ah! ántes me olvidaré de mí misma, que olvidar la tierra en que nací, y donde vos vivis! Este sí que es verdaderamente para mí pais de salvages, porque vivo tan sola, que ni aun tengo una persona á quien poder manifestar el amor que invariablemente os conservará hasta la sepultura, mi mas querida y adorada mamá

Vuestra mas sumisa y amante hija,

VIRGINIA DE LA TOUR. »

P. D. « Recomiendo á la bondad de vues-

tro corazon á María y Domingo, que se han esmerado tanto en cuidar de mi niñez; y haced por mí cuatro caricias á Leal, que me encontró en el bosque. »

Quedó Pablo muy admirado de ver que Virginia, acordándose hasta del perro, no hiciese mencion de él en toda la carta; pero sin duda no sabia que por larga que sea la carta de una muger, jamas pone la cosa que mas tiene en la idea sino al fin. En efecto, despues de la primera post-data, hablaba á parte de Pablo, y le recomendaba particularmente las semillas de la escabiosa y de la violeta, esplicándole sus propiedades, y donde debian sembrarse. Acerca de lo cual hacia unas comparaciones muy análogas á la situacion de entrámbos, con respeto á los caractéres y propiedades de estas dos plantas. Queria que sembrase la violeta en los bordes de la fuente, al pie de su cocotero, porque requiere humedad; y la escabiosa, que crece siempre en parages ásperos y combatidos de los vientos, en la peña donde se habian hablado la última vez; mandándole,

que en memoria suya le pusiese el nombre de Peñasco de la Despedida.

La carta de esta sensible y virtuosa jóven hizo derramar muchas lágrimas á toda la familia. Su madre le respondió en nombre de todos, que permaneciera en Francia, ó volviera á esta isla, á su arbitrio, asegurándole que todos habian perdido la mejor parte de su felicidad con su partida, y que ella particularmente estaba inconsolable.

Pablo le escribió una carta muy larga, en que le prometia hacer todo lo que le prevenia; y al mismo tiempo le enviaba cocos de su fuente, bien sazonados y maduros. Le ofrecia hermosear el jardin, y entreverar las plantas de la Europa con las del Africa, «agregándoles, decia él, alguna otra semilla de esta isla, para que el deseo de volver á ver sus frutos, te estimule á dar prontamente la vuelta.» Finalmente, concluia la carta suplicándole condescendiese cuanto ántes con los ardientes deseos de su familia, y los suyos en particular, pues él no podria

tener en adelante ningun gusto ausente de su vista.

Sembró Pablo con el mayor esmero las simientes europeas, y particularmente las de la escabiosa y violeta, cuyas flores parecian tener alguna analogía con el carácter y situacion de Virginia; pero fuese que se desvirtuasen en la travesía de Europa á aquí, ó mas bien que el clima de esta parte del Africa no fuese favorable á su vegetacion, saliéron muy pocas, y aun estas no llegáron á punto de madurez.

En este mismo tiempo, la envidia, (la cual hasta se anticipa á las dichas de los hombres, sobre todo en las colonias francesas) difundió en la isla ciertos rumores que daban mucha inquietud á Pablo. La tripulacion del buque que trajo la carta de Virginia, aseguraba que quedaba para casarse, y aun nombraban al señor de la corte que habia de ser su esposo; propasándose algunos á decir, que la cosa era ya hecha, y que ellos mismos habian asistido al desposorio.

Pablo despreció al principio las noticias

traidas por una embarcacion de comercio, que regularmente las esparce falsas en todos los lugares de su tránsito; pero como muchos colonos de la isla se apresurasen á lamentarse de semejante caso, por una compasion mal entendida, comenzó á dar algun crédito á la especie. Por otro lado, como en algunas de las novelas que habia leido, veia la traicion tratada de juguete y pasatiempo; y sabiendo que en semejantes libros se pintan fielmente las costumbres europeas, temió que la hija de madama de La Tour, pervertida en Francia con el ejemplo, olvidase sus promesas antiguas. Las ideas que habia adquirido, le hacian ya infeliz.

Pero lo que acrecentó en estremo sus temores, fué que de cuantas embarcaciones llegáron á este puerto en el discurso de seis meses, ninguna trajese noticia de Virginia. En tan dolorosa situacion, el infeliz Pablo, entregado á las agitaciones de su corazon, iba á verme á menudo para confirmar ó desechar sus recelos, por la esperiencia que tengo del mundo.

Yo vivo, como os he dicho, legua y media de aquí, á las orillas de un riachuelo, que corre á la falda de la Montaña-Larga, donde paso mi vida, solo, sin muger, sin hijos y sin esclavos.

Despues de la rara felicidad de encontrar una compañera que sea bien acomodada al genio propio, el estado ménos desgraciado de la vida, es, en mi opinion, el de vivir solo. Todo hombre que ha tenido muchos motivos para quejarse de las injusticias de los otros hombres, busca la soledad; y es cosa muy digna de notarse, que las naciones desgraciadas por sus opiniones, por sus costumbres ó por sus leyes, han producido clases numerosas de ciudadanos absolutamente consagrados á la soledad y al celibato, como en otro tiempo los Egipcios en su decadencia, los Griegos del bajo Imperio, y en nuestros dias los Indios, los Chinos, los Griegos modernos, y la mayor parte de los pueblos orientales. La soledad restituye al hombre á la felicidad natural, alejándole de los males de la sociedad. En medio de tantos

errores y preocupaciones, como dividen á los mortales, el alma está en perpetua agitacion, volviendo y revolviendo continuamente dentro de sí misma mil opiniones turbulentas y contradictorias, con que procuran sojuzgarse unos á otros los miembros de una sociedad ambiciosa y miserable. Pero en la soledad se desnuda de estas ilusiones estrañas que la perturban, y vuelve á adquirir el sentimiento íntimo de sí misma, de la naturaleza y de su autor: bien así como el agua cenagosa de un torrente que inunda los campos, derramándose en alguna hoya apartada de su curso, depone allí en el fondo sus impurezas, recupera su primera claridad, y volviéndose transparente, refleja sus propias márgenes, el verdor de los campos y la luz de los cielos.

Ademas la soledad restablece la armonía del cuerpo, igualmente que la del alma. Entre los solitarios de todos tiempos se encuentran hombres de edad muy avanzada, por ejemplo, los Bracmanes de la India. En suma, yo la considero tan necesaria para la

felicidad, aun en medio del mundo, que me parece imposible lograr en él ningun placer durable, de cualquiera clase que sea, ni que el hombre arregle su conducta, conforme á algun principio estable, si no se forma dentro de sí mismo un retiro, del cual no salga sino muy rara vez su opinion, y donde la de otro tenga muy poca entrada.

No quiero decir con esto que el hombre haya de vivir absolutamente aislado y solo: está unido con todo el género humano por sus necesidades, y por consiguiente debe sus trabajos á los hombres, y se debe tambien él mismo á lo restante de la naturaleza. Quiero dar á entender únicamente, que habiéndonos dado Dios á cada uno, órganos, perfectamente proporcionados á los elementos del globo que habitamos, pies para la tierra, pulmones para el aire y ojos para la luz, (sin que podamos nosotros invertir el uso de estos sentidos) se ha reservado para sí solo, como autor de la vida, el corazon, que es el principal órgano de ella.

Paso, pues, mis dias léjos de los hom-

bres, á los cuales he querido servir, y me han perseguido. Despues de haber corrido una gran parte de la Europa, y algunas provincias del Africa y América, me he fijado en esta isla poco habitada, seducido de la benignidad del clima y de sus soledades. Una cabaña que yo mismo he levantado al pie de un árbol, un huertecito desmontado y cultivado por mis manos, y un rio que pasa por delante de mi puerta es todo lo que me basta para mis placeres y mis necesidades.

Agrégase á estas satisfacciones la de tener algunos buenos libros que me enseñan á ser cada dia mejor, haciendo por otra parte contribuir á mi felicidad el mundo mismo que he dejado, con las pinturas que me presentan de las pasiones que tiranizan miserablemente á sus habitantes; y por el cotejo que hago de su suerte con la mia, me proporcionan el deleite de gozar de una felicidad negativa. Como un hombre que se ha salvado en un peñasco de los peligros de un naufragio, contemplo desde mi soledad las borrascas que braman en lo restante de la

tierra; y aun se aumenta mi serenidad en razon de la distancia de sus bramidos. Desde que no trato á los hombres, ni sus intereses se cruzan con los mios, los compadezco, en lugar de aborrecerlos; y si encuentro á algun desgraciado, procuro ayudarle con mis consejos, bien como aquel que pasando por las orillas de un rio, y viendo ahogarse en él á otro infeliz, le tiende la mano para que se salve.

Pero yo no he encontrado sino á la inocencia atenta á mi voz. En balde llama la naturaleza á todos los hombres á la inocencia: cada uno se forma una imágen de ella, y la reviste con sus propias pasiones: persigue toda la vida á esta fantasma de su imaginacion que le estravía, y se complace despues en el cielo de las ilusiones que él mismo se ha forjado. Entre un número considerable de desgraciados á quienes algunas veces he intentado reducir al camino de la naturaleza, ni uno solo he encontrado que no estuviera embriagado con sus propias miserias. Me escuchaban al principio con a-

tencion, esperando sin duda que mis lecciones les ayudarian á adquirir gloria ó riquezas; pero viendo que mi único fin era enseñarles á saber pasar sin estas dos cosas, me tenian á mí mismo por un miserable, porque no corria en pos de sus dichas cuitadas: vituperaban mi vida solitaria: pretendian persuadirme que solo ellos eran útiles á los hombres, y se afanaban por arrastrarme al torbellino de sus proyectos vanos.

Pero, aunque me comunico á todo el mundo, no me entrego á nadie, porque me basta la propia esperiencia para servirme de leccion en el estado en que me hallo. Repaso en la tranquilidad presente las agitaciones pasadas de mi propia vida, á que he dado tanta estima, las protecciones, la fortuna, la reputacion, los placeres y las opiniones que se hacen la guerra por toda la tierra. Comparo tantos hombres como he visto disputarse con furor estas quimeras, que ya no existen, á las olas de mi rio que se estrellan espumando contra las peñas de su canal, y desaparecen para no volver jamas.

Por lo que á mí toca, me dejo llevar mansamente de la corriente del rio del tiempo, hácia el océano de la eternidad que no conoce playas; y con el espectáculo de las armonías actuales de la naturaleza, me elevo á su autor, y espero mas venturosa suerte en la vida perdurable que nos aguarda.

Aunque desde mi cabaña, situada en el centro de un bosque, no se descubre tanta multitud de objetos como nos proporciona ver la elevacion del sitio donde nos hallamos, hay sin embargo situaciones deliciosas, particularmente para el hombre, que como yo, prefiere reconcentrarse en sí mismo, á disiparse hácia fuera. El rio que corre por delante de mi puerta pasa en línea recta por medio del bosque, y presenta á la vista un largo canal sombreado de árboles de toda suerte de hojas. Allí hay tacamacos, olivos, ébanos, manzanos silvestres y árboles de la canela; sotos de palmeras elevan acá y allá sus troncos pelados, y de mas de cien pies de elevacion, que rematan en un ramillete de palmas, y figuran, por encima de los o-

tros árboles, como una floresta plantada sobre otra floresta. A esto se juntan las lianas ó enredaderas de diferentes géneros de follage, que enlazándose de un árbol en otro, forman aquí galerías de flores, y mas allá largos cortinages de verdor. Es tal la fragrancia que sale de la mayor parte de estos árboles, y tan pegajoso el olor aromático que exhalan, que el hombre que atraviesa la floresta, despide de sí un perfume agradable, algunas horas despues de haber salido de ella. En la estacion en que se visten de flor, diríais que estaban medio cubiertos de nieve. Al fin del estío, varias especies de pájaros estrangeros vienen, por un instinto incomprensible, de regiones desconocidas, de la otra parte de los vastos mares, á recoger las simientes de los vegetales de esta isla, y oponen el brillo de sus colores al verdor de los árboles, que comienza á pardear con la fuerza del sol. De este género son, entre otros, varias especies de papagayos y las palomas azules, llamadas aquí palomas olandesas. Los monos habitadores

domiciliados de estas florestas, triscan y juguetean en sus sombrías ramas, de las cuales solo se distinguen por su piel verde-gris y su cara enteramente negra: unos se suspenden de ellas por la cola, y se columpian en el aire; otros brincan de rama en rama con sus hijitos en los brazos.

La escopeta matadora nunca ha amedrentado con su estruendo á estos apacibles hijos de la naturaleza; ni se oyen mas que chillidos de alegría, trinos y gorgeos desconocidos de algunos pájaros de las tierras australes, que repiten á lo léjos los ecos de estos bosques. El rio que corre borbotando sobre una madre de roca, por medio de los árboles, refleja acá y allá en las cristalinas aguas sus venerables masas de verdor, y precipitándose á mil pasos de allí, por las diferentes alturas de un peñasco, forma una cascada ó tabla de agua tersa como el cristal que se divide al caer en cuajarones de espuma. Mil ruidos confusos salen de estas aguas tumultuosas, que dispersados por los vientos en la floresta, ora se alejan, ora se

acercan todos á un tiempo y aturden los oidos, como el sonido de las campanas de una catedral. El aire continuamente renovado con el movimiento de las aguas, conserva en las orillas de este rio, á pesar de los ardores del estío, una frondosidad y frescura que rara vez se encuentra en esta isla, aun en la cumbre de las montañas.

A cierta distancia de allí, hay una roca bastante distante de la cascada para que el ruido de sus aguas no aturda los oidos, y bastante inmediata para deleitarse con su frescura y su murmullo. A la sombra de este peñasco soliamos ir á comer alguna vez, en tiempo de los calores excesivos, madama de La Tour, Margarita, Virginia, Pablo y yo; y como Virginia dirigia siempre sus acciones, aun las mas comunes, al bien de otro, jamas comia una fruta en el campo, que no sembrara en la tierra su hueso ó su pepita, diciendo: « De aquí nacerán árboles que darán sus frutas á algun caminante, ó á lo ménos á un pajarito. »

Un dia, pues, que comió una papaya al

pie de aquella roca, enterró, segun costumbre, sus pepitas, de las cuales saliéron de allí á poco muchos papayos, entre ellos una hembra, que son las que llevan fruto. La altura de este árbol no excedia de la rodilla de Virginia, cuando se verificó su partida; mas como crece mucho en corto tiempo, tenia ya veinte pies de alto al cabo de dos años, y su tronco estaba coronado en la parte superior con varios órdenes de papayas, perfectamente sazonadas. Acercóse Pablo un dia por casualidad á aquel sitio, y se llenó de gozo al ver un árbol tan crecido, producido por una pepita que él habia visto sembrar á Virginia; y al mismo tiempo le entró una tristeza profunda con este testimonio de su larga ausencia.

Los objetos que vemos habitualmente no nos dan lugar á medir la rapidez de nuestra vida, porque envejecen con nosotros con una vejez insensible; pero los que vemos de repente despues de algunos años de ausencia, nos advierten á primera vista la velocidad con que corre el rio de nuestros dias. La

vista del papayo cargado de fruta, causó en Pablo aquella sorpresa, que por lo comun esperimenta un viagero, cuando volviendo á su patria despues de muchos años, no encuentra vivos á sus contemporáneos, y ve á los hijos de estos, que él habia dejado mamando, hechos padres. Ya le daban impulsos de cortarle por el pie, porque su vista le hacia demasiado sensible el largo tiempo que habia pasado desde la partida de Virginia; y ya considerándole como un monumento de su beneficencia, besaba su tronco y le dirigia palabras dictadas por el amor y la tristeza.

¡ O árbol, cuya posteridad subsiste todavía en mi floresta, yo mismo te he mirado con mas interes y respeto que á los arcos triunfales de la antigua Roma! ¡ Permita el autor de la naturaleza, que destruye cada dia los monumentos de la ambicion mundana, se multipliquen en nuestras florestas los de la beneficencia de una doncella pobre y malhadada!

Estaba yo seguro de encontrar á Pablo al

pie de este papayo, cuando venia por mi posesion; y habiéndole visto un dia penetrado de melancolía, tuve con él una conversacion, que voy á referiros, si no os son demasiado enojosas mis largas digresiones, perdonables á mi edad y á mis últimas amistades.

«Estoy muy pesaroso, me dijo luego que me senté á su lado, porque hay ahora dos años y dos meses que se marchó Virginia, y se han pasado ocho meses y medio sin que nos haya escrito; como es rica y yo pobre, sin duda me ha olvidado. Deseo embarcarme y pasar á Europa, por ver si allí hago fortuna por algun camino, para pedírsela á su tia en matrimonio y vivir feliz en su compañía.»

« La Europa, hijo mio, le contesté, está abismada en los vicios mas contrarios á su felicidad, y á tí te falta dinero y proteccion, para poder hacer figura en ella: eres pobre y no tienes ningun arrimo. »

« Es verdad, me replicó, pero quizá hallaré algun poderoso que quiera protegerme y darme la mano. »

« Para lograr la proteccion del poderoso, le respondí, es necesario contribuir á su ambicion ó á sus caprichos; y tú á ninguna de estas dos cosas te avendrias. »

«Teneis razon, me dijo; pero portándome yo como debo, siendo fiel á mis palabras, exacto en mis obligaciones y constante en la amistad, me haré acreedor á que alguno de ellos me adopte por hijo, como he visto se usaba antiguamente en las historias de otros tiempos que me habeis dado á leer.»

«No tiene duda, le respondí, que así se usaba entre los Griegos y Romanos; pero ya no estamos en aquellas edades, en que el mérito merecia el respeto de los poderosos.»

«Pues bien, me replicó; en defecto de un poderoso procuraré agregarme á algun cuerpo científico, cuyas opiniones adoptaré en un todo, y me haré estimar de sus individuos.»

«En lugar de adquirirte estimacion, le dije, te grangearás odio y envidia, á no ser que sufoques los gritos de tu conciencia por trepar á la cumbre de la fortuna. Por otra

parte, los cuerpos se interesan muy fríamente en el descubrimiento de la verdad. Para los ambiciosos toda opinion es indiferente, con tal que á ellos les traiga utilidad y ventajas.»

«Eso no lo haré yo jamas! esclamó entónces: todo mi conato será buscar siempre la verdad. Soy muy desgraciado, continuó, pues se me cierran todos los caminos para llegar á la posesion de lo que mas estimo, y me veo condenado á pasar mi vida en un trabajo obscuro, ausente de Virginia.» Y al decir esto, dió un suspiro muy profundo.

«Sea Dios tu único protector, hijo mio, y el género humano tu cuerpo, le contesté con prontitud: ama á los dos constantemente, y desprecia la proteccion de los particulares. Las familias, los cuerpos y los pueblos, tienen sus pasiones y sus preocupaciones, que exigen vicios en quien las haya de contemplar. Dios y el género humano no nos piden sino virtudes.»

«Pero ¿por qué quieres, proseguí, distinguirte del comun de los hombres? Ese

deseo no es natural, pues si lo fuese, cada hombre estaria en estado de guerra con su semejante. Conténtate con cumplir con tus obligaciones en el estado en que te ha colocado la providencia: bendice tu suerte, que te permite obrar conforme á tu conciencia, y que no te precisa, como á los grandes, á poner su felicidad en la opinion de los inferiores, y como á los inferiores á cometer bajezas y adular á los grandes para tener que comer. Tú estas en un pais y en una condicion en que no necesitas para subsistir, ni engañar, ni adular, ni envilecerte, como lo hacen la mayor parte de los que en Europa aspiran á la fortuna; en que no te ves precisado por razon de tu estado á ocultar la verdad; en que puedes ser impunemente bueno, veraz, sincero, instruido, sufrido, moderado, casto, indulgente y piadoso, sin que tu virtud, que todavía comienza á florecer, se marchite con alguna flaqueza que te haga ridículo á los ojos del mundo y de la posteridad. El cielo te ha concedido libertad, salud, una buena con-

ciencia y amigos verdaderos: ¡harto ménos felices son los grandes de la tierra, cuyo favor deseas!»

«Ah! esclamó, todo me importa poco faltándome Virginia! Pero ¿qué haré yo para lograr la posesion de lo que mas amo? Supuesto que su tia la quiere casar con un hombre de mérito y circunstancias, me pondré á estudiar para ser sabio y adquirir crédito, con el estudio y la sabiduría serviré útilmente á mi patria, sin perjuicio de otro: me haré célebre por este camino, no dependeré de nadie, y me deberé á mí solo esta gloria.»

«Ay! hijo mio, le respondí: los talentos todavía son mas raros que las riquezas; y no tiene duda que son de una naturaleza superior, por cuanto nadie nos los puede robar, y porque nos grangean ademas la estimacion pública en toda la redondez de la tierra; pero cuestan muy caros. Es necesario privarse del sosiego y del reposo para adquirirlos, padecer las persecuciones de la envidia, y vivir en cierto modo fuera del

mundo. Por otra parte, la celebridad de las letras es demasiado tempestuosa y difícil de adquirir. Acuérdate de la suerte que han tenido la mayor parte de los filósofos de la antigüedad. Homero, cuyos versos son tan divinos, anduvo pidiendo limosna de puerta en puerta. Sócrates, que con sus palabras y ejemplo predicaba la moral á los Atenienses; fué envenenado jurídicamente por ellos. Su discípulo Platon se vió reducido á la clase de esclavo por órden del mismo príncipe que le protegia; y anteriormente á ellos, el célebre Pitágoras fué quemado vivo por sus paisanos los Crotonienses. ¡Qué digo yo! la mayor parte de estos nombres ilustres han llegado desfigurados hasta nosotros por los mordaces tiros de la sátira con que la ingratitud humana se complace en caracterizarlos, y si entre tantos como ha habido, la gloria de algunos ha llegado pura y sin mancilla hasta nosotros, es porque viviéron léjos de sus contemporáneos en la abstraccion y retiro de los negocios públicos, pareciéndose en esto á aquellas esta-

tuas desenterradas en los campos de la Grecia y de la Italia, que por haber estado sepultadas en el seno de la tierra, se han libertado del furor de los bárbaros. A vista de estos ejemplares, ¿quien se lisonjeará de ser útil á los hombres ilustrándolos? quien se prometerá tener todas las calidades, todas las virtudes que son necesarias en la carrera de las letras, hasta estar dispuesto á sacrificar los bienes de la fortuna y aun la propia vida?»

«Pero, bien, me interrumpió, vos que teneis tanta sabiduría y esperiencia de las cosas, ¿no me diréis si Virginia y yo nos casarémos algun dia? Quisiera ser sabio por conocer lo venidero.»

«¿Quien querria vivir, hijo mio, le contesté, si conociera lo que está por venir? Si una sola desgracia prevista nos causa tantas inquietudes vanas, la vista de una cierta emponzoñaria todos los dias que la precediesen. No conviene profundizar demasiado lo que nos rodea; y aun por eso el cielo que nos da la reflexion para prever nuestras

necesidades, nos ha dado las mismas necesidades para que pongamos coto á nuestra reflexion.»

«Pues ¿qué haré yo, me preguntó, para obtener riquezas, y con ellas las dignidades y distinciones que puedan hacerme acreedor á la mano de Virginia, segun las ideas de su parienta? Iré á enriquecerme á Bengala, y despues pasaré á Paris, á pedirla en matrimonio á su misma tia.»

«Como! esclamé yo: ¿tendrias entrañas para abandonar á tu madre y á la suya?»

«Vos mismo, me replicó, me aconsejásteis que me embarcara para la India.»

«Entónces estaba aquí Virginia, le contesté; pero en el dia eres el único apoyo de su madre y de la tuya.»

«Virginia, me replicó, las socorrerá por medio de su parienta rica.»

«Los ricos, Pablo, le dije, solamente reconocen por parientes á los que les dan honor y timbre en el mundo.»

«¡Qué pais tan perverso la Europa! esclamó: ¿qué necesidad tenia Virginia de ir

á buscar una parienta rica? Aquí vivia feliz y contenta, y allá sabe Dios si será desgraciada.» Y diciendo esto, comenzó á llorar, con la mayor amargura.

Volviendo en sí al cabo de un buen rato, esclamaba como si la tuviera presente: «Torna, torna, Virginia, al pais donde has nacido, abandona tus palacios, tu fausto y tu grandeza: vuelve á estas breñas á la sombra de estas florestas y de nuestros cocoteros: deja esos trages de señora, y vuelve á estas cabañas engalanada con tu vestido de coton, tu pañuelo encarnado al rededor de la cabeza, y tus flores bellas cogidas por mi mano en estas praderas.»

Despues de estas esclamaciones, quedó como enagenado y en una especie de abatimiento de ánimo que á mí mismo me hizo enternecer; y saliendo de él repentinamente como quien despierta de un sueño inquieto y turbulento, se encaró á mí y me preguntó con aire de sorpresa:

«¿Qué necesidad hay de ser rico, para casarse? ¿No bastaba que hubiera union de

voluntades, conformidad de genios y disposicion en el hombre para ganar de comer con el trabajo de sus manos? ¿En qué se ocupan los ricos? »

« En vivir en la opulencia, le respondí, sin que hagan nada la mayor parte de los que poseen muchos bienes de fortuna. El trabajo de manos no tiene en Europa todo el aprecio que merece, y que el mismo Dios le dió cuando condenó al hombre á vivir del sudor de su rostro; y aun se le da el nombre de trabajo mecánico. Conforme á este modo de pensar, los Europeos suelen apreciar mas á un artista que á un labrador, sin embargo de que la agricultura es el arte que sustenta á los hombres. No es posible que comprendas tamaña contradiccion, querido Pablo, opuesta á los principios de la razon, y consecuencia forzada de la depravacion del hombre civil. Es fácil formar una idea exacta del órden, mas no del desórden: la belleza, la virtud y la felicidad tienen proporciones; la fealdad, el vicio y la infelicidad no tienen ninguna. »

«Segun eso, me interrumpió, serán muy felices los ricos, no encontrando ningun obstáculo para el logro de sus caprichos, y pudiendo colmar de gustos y satisfacciones al objeto de su cariño.»

«No por cierto, le respondí: bien léjos de eso la mayor parte de los ricos no gozan de ningun placer, por lo mismo que no les cuestan la menor diligencia. ¿No has esperimentado que el placer del descanso se compra con la fatiga, el de comer con el hambre, y el de beber con la sed? Pues así sucede en el de amar y ser amado, que solo se adquiere á costa de mil privaciones y sacrificios. Las riquezas privan á los ricos de todos estos placeres, porque se anticipan á sus necesidades. Al disgusto, compañero de su ahito y saciedad, se agrega el orgullo que nace de su opulencia, y que la menor privacion incomoda, al mismo tiempo que no los mueven, ni lisonjean las mayores satisfacciones. La fragrancia de mil flores no agrada mas que un instante; pero el dolor que causa una de sus espinas, dura mucho

tiempo despues de la picadura. Un mal en medio de las delicias, es para los ricos una espina entre las flores; y por el contrario, un bien en medio de los males, es para los pobres una flor entre las espinas, que ellos gozan con grande ansia y deleite. La naturaleza todo lo ha contrapesado en este mundo, y los efectos de una causa se aumentan en proporcion de su contraste. ¿Qué estado, habiendo de escoger, te parece preferible, el de temer todos los males y no tener casi ningun bien que esperar, ó el de no temer casi ningun mal y esperar todos los bienes? Pues el primero es el de los ricos, y el segundo el de los pobres. Pero los hombres con dificultad pueden soportar estos estremos; y así la felicidad consiste en un estado de medianía y de virtud; el tuyo es de esta clase, pues mantienes á tus padres con el trabajo de tus manos por agradar á Dios únicamente.»

Con estas ideas quedaba tan complacido y sosegado, que ya daba por hecho el regreso de Virginia, y disculpaba su dilacion en es-

cribir, suponiéndola ya en camino para la isla. La vuelta le parecia que podria verificarse en poco tiempo con un viento fresco, y contaba las naves que habian hecho la travesía de tres mil y quinientas leguas de Europa á aquí, en ménos de tres meses: ponderaba lo adelantado que estaba en este siglo el arte de la navegacion, y la destreza de los marineros: hablaba de las disposiciones que iba á tomar para recibirla, y de la nueva cabaña que pensaba construir para habitacion de los dos: me decia que en llegando Virginia rica y poderosa, ya podia yo vivir descansado y sin trabajar, sino para mi recreo, pues con su dinero compraria muchos negros que cultivarianla tierra para todos nosotros, y viviríamos juntos, sin tener yo otra cosa en que pensar, mas que en divertirme y recrearme á mi gusto. Y fuera de sí de contento con estas esperanzas, iba á comunicar á su familia la alegría de que estaba penetrado su corazon.

En esta vida, los grandes temores se suceden de un instante á otro á las grandes es-

peranzas, y las pasiones violentas ponen siempre al alma en estremos opuestos. Regularmente volvia Pablo al dia siguiente á mi cabaña, sumamente triste y pensativo, y me decia : « Virginia no me escribe : si se hubiera embarcado para esta isla, me hubieraa visado de antemano el dia de su partida de Europa. Ah! demasiado fundadas son las noticias que han corrido! Sin duda la ha casado su tia con un gran señor, y el amor de las riquezas la ha perdido á ella, como á otras muchas. En estos libros, que pintan tan al vivo á las mugeres europeas, la virtud no es mas que un asunto de novela. Si Virginia hubiera sido virtuosa, no hubiera abandonado á su propia madre y á todos nosotros. Miéntras yo paso la vida pensando en su venida, y me aflijo por su ausencia, ella se divierte y me olvida. Ay de mí! este pensamiento me trastorna el juicio! Todo trabajo me fastidia, y la conversacion y trato con las gentes me es enojoso. Ojalá se declarase la guerra en la India, para ir á esponer mi vida en ella! »

« Hijo mio, le contesté yo, el valor que nos lleva á la muerte, no es mas que el valor de un instante, comunmente excitado por los vanos aplausos de los hombres. Otro hay mas raro y necesario, que nos hace sobrellevar sin testigos ni aplausos los males ordinarios de la vida : la paciencia, quiero decir. Esta se funda, no en la opinion de otros ó en el frenético furor de nuestras pasiones, sino en la conformidad con la voluntad de Dios. La paciencia, querido Pablo, es el valor de la virtud. »

« Ay de mí! eslamó á esto con que tampoco tengo virtud! todo contribuye á afligirme y llenarme de desesperacion. »

« La virtud, le interrumpí, siempre igual, siempre constante é invariable, no es el patrimonio del hombre despues de la caida original. En medio de tantas pasiones como nos agitan, nuestra razon se perturba y obscurece muchas veces; pero hay dos fanales donde podemos encender su antorcha : la religion y las letras. La religion, hijo mio, nos enseña á dirigirnos á Dios en nuestras aflic-

ciones, y esperar de su mano el remedio, por medio de la conformidad y paciencia cristianas, que él mismo nos recomienda en su evangelio.

» Las letras son un don del cielo, y como un destello de aquella sabiduría que gobierna el universo : semejantes á los rayos del sol, iluminan, alegran y calientan, á manera de un fuego divino, y á imitacion del fuego, hacen servir toda la naturaleza para nuestros usos. Por ellas reunimos al rededor de nosotros las cosas, los lugares, los hombres y los tiempos : ellas son las que nos enseñan á conformarnos á las reglas de la vida humana, las que calman las pasiones, reprimen los vicios y excitan á las virtudes por medio de los augustos ejemplos de los héroes, cuyas acciones celebran, presentándonos la imágen y memoria de sus virtudes, siempre en veneracion y acatamiento. En suma son las hijas del cielo, que bajan á la tierra, para dulcificar los males del género humano ; y en los tiempos de la mayor barbarie y depravacion, siempre han aparecido gran-

des escritores inspirados por ellas para consuelo de sus semejantes. Las letras han consolado á una infinidad de hombres mas desgraciados que tú; á Jenofonte, desterrado de su patria, despues de haber conducido á ella diez mil Griegos victoriosos: á Cipion, el africano, cansado de las calumnias de los Romanos; á Luculo, de sus partidos é intrigas; á Catinat, de la ingratitud de su corte.

» Lee, pues, hijo mio. Los sabios que han escrito ántes de nosotros, son como viageros que habiéndonos precedido en las sendas del infortunio, nos alargan la mano, y nos convidan á que nos unamos á ellos, cuando todo nos abandona. Un buen libro es un buen amigo, cuya funcion augusta de hacer que resplandezca la virtud escondida, de consolar á los disgraciados, iluminar al mundo, y decir la verdad á todos sin distincion, es siempre digna de su celestial orígen, y el destino mas sublime con que el cielo puede honrar á un mortal sobre la tierra. ¿Qué hombre habrá que no se consuele

de la injusticia ó desprecio de los que disponen á su arbitrio de la fortuna, cuando considere que sus obras irán de siglo en siglo y de nacion en nacion para servir de barrera al error y la corrupcion de los mortales; y que del seno mismo de la obscuridad en que ha vivido, resaltará una gloria que borrará la de la mayor parte de los poderosos de la tierra, cuyos monumentos perecen en el olvido, á pesar de los aduladores que los elevan y ponderan? »

Me oyó Pablo con toda la atencion que yo deseaba, aunque daba de cuando en cuando tristes y profundos suspiros; y conociendo yo que continuar hablando seriamente de semejante asunto seria inhabilitarle cada vez mas para que se dedicara al cultivo del campo, le distraje todo lo posible, diciéndole, que cuando volviese Virginia estrañaria mucho no hallar el jardin bien cuidado, siendo así que ella no habia pensado mas que en hermosearle, á pesar de las persecuciones de su parienta y á tan larga distancia de su familia.

Este ardid y la idea del próximo regreso de Virginia, renováron el valor de Pablo, y le estimuláron á entregarse á sus ocupaciones campestres, las cuales divertian sus penas representándole el término inmediato de sus fatigas; y miéntras conservaba esta ilusion, era feliz trabajando.

Levantándose, pues, una mañana al rayar el alba, que era el 24 de Diciembre de 1744, vió tremolar una bandera blanca sobre la montaña de la Atalaya; lo cual era señal de que se descubria una embarcacion en el mar, é inmediatamente que la avistó, corrió al puerto para saber si traia alguna noticia de Virginia. El práctico, que segun costumbre, habia ido á reconocer el buque, no volvió hasta por la tarde, y habiéndole esperado Pablo, supo que el navío señalado era el San Gerando, de porte de 700 toneladas, mandado por un capitan llamado el señor Aubin: que estaba cuatro leguas mar adentro, y no fondearia en Puerto-Luis hasta el dia siguiente por la tarde, si el viento soplaba favorable, pues á la sazon reina-

ba una profunda calma. Entregó el práctico al gobernador las cartas que traia de Francia el S. Gerando, entre las cuales habia una con el sobre para madama de La Tour, de letra de Virginia. Apoderóse Pablo de ella al instante, besóla con una especie de enagenamiento, metióla en el seno, y corrió á la posesion sin detenerse un minuto; y desde lo mas léjos que pudo avistar á los suyos, que le estaban esperando sobre el peñasco de la Despedida, levantó la carta en alto sin poder articular palabra.

Virginia decia en resúmen á su madre, en dicha carta, «que habia esperimentado muy malos tratamientos de parte de su tia, la cual, despues de haberla querido casar contra su voluntad, la habia desheredado por último, echándola de casa en un tiempo en que no se podia aportar á la isla de Francia, sino en la estacion de los huracanes; que ella habia procurado, aunque en balde, ablandar su dureza, representándole lo que debia á su madre, y á los dulces recuerdos de la niñez; pero que la tia la habia tratado de loca y men-

tecata, añadiendo que tenia la cabeza pervertida con las novelas. Finalmente, concluia la carta diciendo, que á la sazon nad ale interesaba tanto como la dicha de volver á ver y abrazar á su amada familia, cuyo ardiente deseo hubiera satisfecho aquel mismo dia, si el capitan le hubiera permitido transbordarse á la lancha del práctico; pero que se habia opuesto á ello, á causa de la distancia de la tierra y de la marejada, que no obstante la calma, comenzaba á correr en alta mar. »

Leida que fué esta carta, toda la familia enagenada de gozo, comenzó á gritar: « Con qué ha llegado Virginia! ha llegado Virginia!» Y dándose mutuos abrazos amos y criados, dispuso madama de La Tour, que fuera Pablo á darme parte sin tardanza de la venida de su hija. En efecto, encendió Domingo una hacha de viento, y se encamináron los dos á mi posesion.

Serian como las diez de la noche cuando llegáron, á tiempo que yo acababa de apagar la luz y acostarme; pero al punto percibí á

lo léjos el resplandor del hacha por entre las rendijas de mi cabaña, y de allí á poco oí la voz de Pablo que me llamaba. Apénas me habia levantado y vestido, cuando Pablo, sin aliento y fuera de sí, se me echó al cuello, diciendo: « Vamos, vamos que ha llegado Virginia, vamos á prisa al puerto, donde fondeará la embarcacion al apuntar el dia. »

Inmediatamente nos pusimos en camino; y como atravesásemos el bosque de la Montaña Larga para tomar en el camino que va de las Pamplemusas al puerto, sentí pasos detras de mí, y volviendo la cabeza, ví que era un negro que venia hácia nosotros en mucha diligencia. Habiéndole preguntado adonde iba con aquella apresuracion, nos respondió, que le enviaban desde la punta de la isla, llamada los Polvos de Oro, á dar parte al gobernador de que un navío frances habia anclado en la ensenada de la isla de Ambar, y tiraba cañonazos pidiendo socorro, porque el mar estaba bastante alterado. Y sin detenerse mas, prosiguió su camino con la misma celeridad.

Yo entónces mudé de direccion, y dije á Pablo que nos encamináramos á la punta de los Polvos de Oro, distante de allí poco mas de tres leguas, para salir al encuentro á Virginia; y en efecto, echamos á andar los tres hácia la parte del norte de la isla.

Hacia un calor bochornoso é inaguantable, y la luna que acababa de salir, tenia en rededor tres cercos negros. El cielo presentaba un aspecto triste y horroroso; y al continuo resplandor de los relámpagos, se distinguian largas hileras de nubarrones espesos, negros y poco elevados, que se apiñaban hácia el centro de la isla, y venian de la parte del mar con estraña velocidad, aunque no se sentia en la tierra el menor aire. Yendo nosotros caminando, nos pareció que oiamos tronar de cuando en cuando; pero habiendo aplicado con mas atencion el oido, conocimos que eran cañonazos repetidos por lo ecos. Estos cañonazos á lo léjos, y el aspecto de un cielo tempestuoso, me llenáron de horror, no quedándome ya duda de que eran señales de socorro de alguna embarcacion que nau-

fragaba. De allí á media hora ya no oimos mas cañonazos; y aquel silencio me pareció mucho mas espantoso, que el lúgubre estruendo que le habia precedido.

Nosotros acelerábamos el paso sin hablar palabra ni atrevernos á comunicarnos mútuamente nuestra zozobra; y á las doce de la noche, poco mas ó ménos, llegamos muy sudados á la ribera del mar, donde está la punta de los Polvos de Oro. Las olas se estrellaban en la playa con horroroso estrépito, cubriendo las rocas y arrecifes de una espuma tan blanca que deslumbraba la vista, y despidiendo de sí chispas de fuego; de modo que en medio de las tinieblas, distinguimos, á favor de tantos fuegos fosfóricos, las piraguas de los pescadores retiradas por ellos tierra adentro.

A poca distancia, vimos una hoguera en el bosque, al rededor de la cual se habia juntado mucha gente, y nosotros fuimos á descansar allí, miéntras llegaba el dia. Estando sentado cerca de la lumbre, nos contó uno de los concurrentes, que despues de medio

dia habia visto en alta mar una embarcacion arrastrada por las corrientes hácia la isla, y que la obscuridad de la noche se le habia ocultado por algun tiempo; que dos horas despues de puesto el sol habia oido cañonazos en demanda de socorro; pero que estaba el mar tan alborotado, que ninguna lancha habia podido salir del puerto; que de allí á poco le pareció que habia visto encendidos los faroles de la nave, en cuyo caso me temo (decia él) que atraida por la corriente sobre la costa, se haya metido entre la tierra y la isleta del Ambar, equivocando esta con la punta de Mira, por donde pasan las embarcaciones que arriban á Puerto-Luis; y que si sus sospechas eran fundadas, lo que sin embargo no podia asegurar, el buque corria el mayor riesgo.

Tomó otro la palabra, y dijo que habia atravesado muchas veces el canal que separa la isleta de Ambar de la costa, y aun le habia sondeado; y que teniendo un anclage excelente, estaba libre el buque de peligro, y tan seguro como en el mejor puerto: « Yo

depositaria en él, añadió, todo cuanto tengo, y dormiria á bordo con tanto sosiego como en tierra. »

El tercero dijo que era imposible que aquel buque hubiese entrado en el canal, donde apénas podian navegar las chalupas; y aseguró que le habia visto dar fondo de la parte de allá de la isleta del Ambar, de suerte que si se levantaba viento por la mañana, podria hacerse á la mar, ó tomar puerto como quisiese. Otros de la comitiva fuéron de diferentes dictámenes; y miéntras que altercaban entre sí, segun la costumbre de los criollos ociosos, guardábamos Pablo y yo un profundo silenco.

Permanecimos allí hasta la punta del dia, pero el cielo estaba tan obscuro y el mar tan nebuloso, que no pudimos descubrir en él ningun objeto, y solo columbramos á lo largo como una nube opaca, que nos dijéron era la isleta del Ambar, situada á un cuarto de legua de la costa. En suma, el dia era tan tenebroso, que no se percibia mas que el estremo de la playa, donde nosotros estábamos

y algunos picachos de las montañas de la isla, los cuales se dejaban ver de cuando en cuando por entre las nubes que giraban sin cesar en torno de ellos.

A eso de las siete de la mañana, oimos en el bosque ruido de tambores, y de allí á poco vimos venir á caballo al gobernador M. de la Bourdonais, con un destacamento de tropa armada, y seguido de un gran número de criollos y negros; y colocando á los soldados en la playa, les mandó hacer una descarga general de fusilería. Apénas se hizo la descarga cuando advertimos en el mar una llamarada, seguida inmediatamente de un cañonazo; lo que nos hizo juzgar que el buque estaba á corta distancia de nosotros. Corrimos todos velozmente hácia el parage donde se habia oido el cañonazo, y descubrimos, por entre la niebla, el casco y arboladura de un gran navío, del cual estábamos tan cercanos, que sin embargo del ruido de las olas, oimos el pito del contramaestre, que mandaba la maniobra y las voces de la tripulacion, que gritó por tres veces: Viva el Rey;

porque este es el grito de los Franceses en los mayores apuros, igualmente que en los grandes regocijos.

Desde el punto que el navío S. Gerando nos vió en situacion de poderle socorrer, no cesó de disparar cañonazos de tres en tres minutos. M. de la Bourdonais hizo encender grandes hogueras de trecho en trecho por toda la playa, y envió á buscar á casa de todos los colonos de las inmediaciones, víveres, tablones, cables y toneles vacíos. Bien pronto vimos llegar una multitud de ellos, acompañados de sus negros, con provisiones, jarcia, y otros utensilios de esta naturaleza, que venian de las habitaciones de los Polvos de Oro, del arrabal del Frasco y del rio del Baluarte.

Acercóse en esto uno de los mas ancianos al gobernador. y le dijo : « Señor gobernador, toda la noche se ha oido un ruido sordo en las montañas : las hojas de los árboles se menean en los bosques, sin que se sienta ningun viento, las aves marítimas se refugian á la tierra : sin duda que todas estas se-

ñales anuncian un huracan. » « Como ha de ser! respondió el gobernador: venga lo que Dios quiera, que á todo estamos dispuestos, y los del navío tambien lo estarán por su parte. »

En efecto, todo presagiaba la próxima esplosion de un huracan. Las nubes que se distinguian en el zenit, eran en su centro de un negro horrible y de color de cobre en la circunferencia, y el aire resonaba con los graznidos de los cuervos, de las fragatas, de los patos y de una infinidad de aves marítimas, que á pesar de la obscuridad de la atmósfera, llegaban, de todos los puntos del orizonte, á buscar asilo en la isla.

Cerca de las nueve de la mañana se oyó en la ribera del mar un ruido formidable, como si torrentes de agua acompañados de truenos, se despeñasen de la cima de las montañas. Todos gritáron á una voz: « El huracan, el huracan! » é inmediatamente un torbellino impetuoso de viento disipó la niebla que cubria la isleta del Ambar y su canal.

Descubrióse entónces claramente el San Gerando con toda su tripulacion encima de cubierta, bajadas las vergas y masteleros de las gavias, su pabellon ondeante y hecho giras, con cuatro cables por la proa y uno de reserva á la popa, entre la isleta del Ambar y la tierra, de la parte de acá de la cadena de rocas que circunda la Isla de Francia, por cuyo parage ningun otro navío habia pasado hasta entónces. Presentaba la proa á las olas que venian de mar adentro, y á cada montaña de agua que entraba en el canal, se levantaba su proa de tal forma, que se descubria toda la quilla; y zabulliéndose con este movimiento la popa, desaparecia á nuestra vista hasta las galerías, como si hubiera sido sumergida en las aguas. En esta posicion en que el viento y la mar le arrojaban sobre la costa, era igualmente imposible volver á salir por donde habia entrado, ó barar, picando cables, en la playa, de la cual estaba separado por grandes arrecifes. Cada ola que venia á estrellarse contra la costa, se adelantaba bramando hasta

las rias y ensenadas de las inmediaciones, llevando los guijarros mas de cincuenta pies tierra adentro; y retirándose despues, dejaba descubierta una gran parte de la ribera, á cuyas piedras hacia rodar con un ruido bronco y espantoso. El mar sublevado por el viento, se embravecia por instantes, y todo el canal comprendido entre la isleta del Ambar y esta isla, no era mas que un vasto campo de espumas blancas, surcado de negras y profundas olas; cuyas espumas se apiñaban en los recodos de las ensenadas hasta la altura de mas de seis pies, y el viento, que barria su superficie, las llevaba, por encima del repecho de la playa, á las tierras apartadas mas de media legua de ella. Al ver sus blancos é innumerables copos, arrojados orizontalmente hasta la falda de los montes, cualquiera diria que era una nevada que salia del mar. El orizonte ofrecia todas las señales de una tempestad duradera, y el mar parecia que estaba confundido con el cielo. Continuamente se veian desprenderse del orizonte nubes de un aspecto horrible, que atravesa-

ban el zenit con la velocidad de las aves, miéntras que otras permanecian inmóbiles en él, á manera de enormes peñascos. Por ningun lado se descubria el azul del firmamento, y solo iluminaba los objetos de la tierra, del mar y de los cielos, una luz fúnebre y parada.

Con los terribles balances del navío, sucedió lo que se temia. Faltáronle los cables de proa; y como quedó á una sola ancla, fué arrojado contra las peñas á medio cable de la playa. No se oyó entónces mas que un grito general de dolor entre nosotros. A este tiempo iba Pablo á arrojarse al mar, cuando le detuve por el brazo, y le dije: « Hijo mio, ¿quieres ir á parecer? » A lo que esclamó: « ¡Muera yo mil veces ántes que dejar de ir á socorrerla! »

Como el sentimiento le privaba de la razon, discurrimos Domingo y yo, para evitar su muerte, atarle á la cintura una soga larga, y tenerla nosotros cogida por el otro cabo. Encaminóse entónces Pablo hácia el San Gerando, nadando unas veces, y yendo otras

á gatas por los peñascos, hasta tener en varias ocasiones valor para llegar á su bordo; pues el mar en aquellos movimientos irregulares, dejaba el navío casi en seco, de modo que se podia andar á pie todo al rededor de él. Pero volviendo inmediatamente con nueva furia sobre la playa, la cubria de enormes rollos de agua, que levantando hasta las nubes la proa del buque, arrojaban mucho mas acá de la ribera al infelice Pablo, con las piernas todas ensangrentadas, magullado el pecho y casi sin aliento.

Apénas recobraba el miserable jóven el uso de los sentidos, cuando se levantaba y volvia con nueva intrepidez hácia el navío, que los golpes de mar iban abriendo por instantes con horribles crujidos. Toda la tripulacion desauciada ya de poder salvar la vida en el buque, se precipitaba en tropel al mar, los unos en los gallineros, los otros en las vergas; y la mayor parte en toneles y tablones.

Vióse entónces el objeto mas digno de eterna compasion, que fué presentarse en

la galería de popa del San Gerando, una jóven con los brazos tendidos hácia aquel que hacia tantos esfuerzos por llegar á ella. Esta jóven era la infeliz Virginia, quien desde luego conoció á Pablo por su intrepidez y denuedo.

La vista de esta amable criatura, espuesta á tan inminente peligro, acabó de consternar á todos los espectadores, particularmente cuando advertimos que nos hacia señal con la mano, aunque con cierto aire de nobleza y tranquilidad, como diciéndonos, á Dios para siempre. Todos los marineros se habian echado al agua, ménos uno que se conocia intentaba persuadirla á que se desnudara y salvara la vida por este medio, arrojándose con él al mar; mas ella resistiéndolo con dignidad, levantó los ojos al cielo y huyó de allí. Gritáron entónces todos los concurrentes : « Sálvala, sálvala; no la desampares! » Pero en aquel mismo instante, una montaña de agua se introdujo entre la isleta del Ambar y la costa, y se abálanzó bamando hácia el navío, al cual amenazaba

con sus flancos negros, y sus cimas espumosas y encrespadas. A tan terrible aspecto, el marinero se arrojó solo al mar; y Virginia, viendo la muerte inevitable, se ciño con una mano los zagalejos, puso la otra sobre el corazon, y levantando al cielo sus ojos serenos, se mostró como un ángel que remonta su vuelo hácia el empireo.

O dia espantoso! ay de mí! todo fué sumergido. La ola hizo retirar muy tierra adentro á una parte de los espectadores, que por un sentimiento de humanidad se habian acercado á socorrer á Virginia, igualmente que al marinero que la quiso salvar á nado. Aquel hombre caritativo, viéndose libertado de una muerte casi cierta, se arrodilló en la arena, y esclamó: « O Dios mio! vos me « habeis salvado la vida; pero la hubiera da- » do muy contento por esta modesta y vir- » tuosa doncella que jamas ha querido des- » nudarse como yo. »

Domingo y yo retiramos de las aguas al desgraciado Pablo, privado de sentido, y arrojando sangre por boca y oidos. El go-

bernador mandó entregarle á los cirujanos; y entretanto nos pusimos á buscar por toda la playa el cuerpo de Virginia. Pero cambiándose repentinamente el viento, como sucede de ordinario en los huracanes, tuvimos el dolor de creer que ni aun podríamos tributar á esta malograda jóven los últimos honores de la sepultura. Con esta zozobra nos alejamos de aquel sitio llenos de la mayor consternacion y pena no solo nosotros, sino todos los que fuéron testigos de un naufragio tan lastimoso, en que pereciéron muchas personas, y particularmente una muchacha como Virginia, digna de mejor suerte por sus virtudes. Pero los decretos ocultos de la Providencia son siempre adorables para el hombre religioso.

En este intermedio fuimos á ver á Pablo que ya empezaba á recobrar el uso de los sentidos en una habitacion inmediata, donde le depositáron miéntras volvia en sí, y se ponia en estado de ser conducido á la de su madre. Pero yo tuve que volverme desde allí con Domingo, á fin de preparar á la ma-

P. 189.

V

dre de Virginia y á su amiga, á recibir la primera noticia de un fracaso tan inesperado como infausto.

Cuando llegamos á la entrada del valle del rio de los Lataneros, nos dijéron unos negros que el mar arrojaba muchos despojos del San Gerando en la playa de enfrente. Bajamos al instante á ella, y uno de los primeros objetos que descubrí en la ribera, fué el cuerpo de Virginia, medio enterrado en la arena, y en la misma actitud en que acabábamos de verla perecer. Sus facciones no estaban sensiblemente alteradas: los ojos los tenia cerrados, aunque resultaba todavía en su frente la serenidad, y solamente se veian confundidas en sus mejillas las pálidas violetas de la muerte, con las rosas del pudor. Tenia una mano sobre su ropa y la otra sobre el corazon; pero tan fuertemente apretados los dedos, que me costó mucho trabajo quitarle una cajita que tenia en ella. Mas ¡cual fué mi sorpresa cuando ví que era el retrato de Pablo, á quien habia prometido no desprenderse de él hasta la muerte! Con

este último testimonio de la constancia y amor de la infeliz Virginia, lloré amargamente; y Domingo golpeándose el pecho, penetraba el aire con dolorosos ayes. Llevamos el cadáver á una choza de pescadores, y se le dimos á guardar entretanto á unas pobres mugeres de la costa de Malabar, que cuidáron de lavarle.

Miéntras ellas se ocupaban en tan triste ministerio, subimos nosotros temblando á la cabaña de madama de La Tour, á quien encontramos rezando con Margarita, y esperando noticias del San Gerando. Luego, que me avistó madama de La Tour, esclamó: «¿Donde está mi hija, la hija querida de mis entrañas? ¿donde está mi Virginia?» Y no pudiendo dudar de su desgracia, por mi silencio y mis lágrimas, le asaltó repentinamente una mortal congoja, que embargándole la voz, no le permitia mas que sollozar. Margarita esclamó al mismo tiempo: «¿Donde está mi hijo? yo no veo á mi hijo!» y en esto se acongojó. Corrimos á socorrerla, y habiendo contribuido por nues-

tra parte á que volviera en sí, le aseguré que Pablo vivia, y quedaba al cuidado del gobernador; con cuya noticia recuperó sus sentidos, y solo se ocupó en la asistencia de su amiga, á quien asaltaban largas congojas. Por fin, madama de La Tour pasó toda la noche en aquellas crueles agonías, que por su mucha duracion me acabáron de confirmar que no hay dolor igual al dolor materno. Cuando recobraba el conocimiento, fijaba sus ojos turbios y desconsolados en el cielo; y por mas que su amiga y yo la apretábamos las manos entre las nuestras, dándole los nombres mas cariñosos y tiernos, se mostraba insensible á estos testimonios de nuestra antigua amistad, y solo salian de su pecho oprimido sordos gemidos.

Por la mañana fué conducido Pablo á la habitacion de su madre, recuperados ya sus sentidos, aunque sin poder proferir una palabra. La primera vista con su madre y madama de La Tour, que tanto temia yo al principio, produjo mejor efecto que todas las precauciones tomadas por mí hasta entón-

ces. Un rayo de consuelo se dejó ver en los semblantes de aquellas infelices madres, las cuales arrimándose á él, le besáron y diéron muchos abrazos, comenzando á correr abundantemente sus lágrimas, que el exceso del dolor habia tenido embargadas hasta aquel momento. No tardó Pablo en mezclar las suyas con las de ellas; y habiéndose desahogado así la naturaleza en aquellas tres víctimas de la desgracia, un largo sopor se sucedió al estado convulsivo de su pena, que les proporcionó una especie de reposo letárgico, semejante, en cierto modo, al de la muerte.

M. de la Bourdonais me envió á decir reservadamente, que el cuerpo de Virginia habia sido conducido por órden suya á Puerto-Luis, desde donde pensaba trasladarle á la iglesia de las Pamplemusas. Bajé al instante al puerto, donde hallé congregados colonos de todos los puntos de la isla para asistir al entierro, como si todo el pais hubiera perdido la prenda de mas subido precio. Las naves de la bahía con las vergas cru-

zadas, y los pabellones tremolantes disparaban cañonazos de tiempo en tiempo; los granaderos abrian el camino del acompañamiento lúgubre con los fusiles á la funerala: sus tambores cubiertos de arriba abajo de crespon negro sonaban sorda y melancólicamente, y se veia retratada la imágen de la tristeza en los semblantes de aquellos guerreros, que tantas veces habian arrostrado la muerte en la pelea, sin inmutárseles el color. Ocho doncellas de las mas principales de la isla, vestidas de blanco y con palmas en las manos, llevaban el cuerpo de su virtuosa compañera cubierto de flores. Seguíalas un coro de niños que entonaban himnos y cánticos de alabanzas; y en pos de ellos iban las gentes mas distinguidas de la isla, y el estado mayor de la plaza, presidido por el gobernador, que cerraba el acompañamiento, y una infinidad de personas del pueblo.

Esto fué lo que el gobernador dispuso para tributar los debidos honores á la virtud de Virginia; pero cuando llegáron con el cuerpo al pie de esta montaña y á la vista de

estas cabañas (que tanto tiempo habia hecho felices con su presencia, y ahora despues de su muerte causan mi mayor tormento), toda la pompa fúnebre se desordenó: los himnos y cánticos cesáron repentinamente, y no se oia mas que los gritos y lamentos de todos los concurrentes. Las madres pedian á Dios una hija como ella: las hijas una modestia y obediencia igual á la suya: los pobres una amigá tan tierna, los esclavos una ama tan bondadosa y benéfica: finalmente todos, todos, jóvenes y ancianos, padres é hijos, ricos y pobres, grandes y pequeños, lloraban sobre su féretro la suerte de Virginia.

Cuando llegó al lugar de su sepultura, las Negras de Madagascar y las Cafres de Mozambique, presentáron en su entierro canastillos de frutas, y colgáron de los árboles cercanos, telas y estofas de diferentes géneros, segun la costumbre de su pais; y las Indias de Bengala y de la costa de Malabar, lleváron jaulas con muchos y diversos pajarillos, á los cuales diéron libertad sobre

la misma tumba de Virginia. ¡Cuan cierto es que todas las naciones se interesan en rendir homenage á la virtud desgraciada, reuniéndose de comun acuerdo al rededor de su sepulcro!

Fué enterrada cerca de la iglesia de las Pamplemusas, al pie de un grupo de bambúes, donde gustaba descansar, sentada al lado de aquel que ella llamaba hermano, cuando iba á misa con su madre y Margarita.

Acabada la pompa fúnebre, M. de la Bourdonais subió á estas cabañas, acompañado de una parte de su numerosa comitiva, y ofreció á madama de La Tour y á su amiga todos los auxilios que estuviesen de su parte, espresándoles en breves, pero enérgicas palabras, la indignacion que le habia causado el proceder de su inhumana tia. Despues se dirigió á Pablo, y le dijo cuanto juzgó mas oportuno para consolarle en tan lastimosa situacion. Y animándole á que se embarcara cuanto ántes para Francia, donde le prometia toda su proteccion en la corte, y

cuidar entretanto de su madre, como de la suya misma, le alargó la mano de amigo; mas Pablo retiró la suya, y volvió la cara á otro lado por no mirarle.

Yo, pues, en semejantes circunstancias determiné quedarme para hacer compañía á mis desgraciadas amigas, y darles, igualmente que á Pablo, todos los consuelos que me fuesen posibles. Pasadas tres semanas se halló Pablo en estado de poder andar; pero parecia que se aumentaba su tristeza á medida de que su cuerpo iba adquiriendo vigor. Mostrábase insensible á todo; sus ojos estaban amortiguados, y no respondia á nada de lo que se le preguntaba. Madama de La Tour, mas muerta que viva, le decia muchas veces: «Hijo mio, jamas te veo, que no me parezca ver á mi amada Virginia.» Al oir Pablo el nombre de Virginia se estremecia y se alejaba de ella, á pesar de las voces é instancias de su madre para que no se apartara de allí, y encaminándose al jardin se sentaba al pie del cocotero de Virginia, y fijaba los ojos en su fuente.

El cirujano del gobernador, que con el mayor esmero le habia asistido, nos dijo un dia, que para quitarle la negra melancolía que le atormentaba, era necesario dejarle hacer todo lo que quisiera, sin contradecirle en nada; y que este era el único medio que habia de vencer el silencio en que se obstinaba: cuyo consejo resolví seguir en lo sucesivo.

En efecto, luego que Pablo se sintió mas restablecido, lo primero que hizo fué alejarse de la posesion; mas como yo no le perdia de vista, le fuí siguiendo, y dije á Domingo, que nos acompañara y llevara provisiones para algunos dias. A medida de que Pablo bajaba esta montaña, parecia que renacian sus fuerzas y alegría. Tomó desde luego el camino de las Pamplemusas, y cuando llegamos cerca de la iglesia y del grupo de bambúes, se fué en derechura al parage donde vió la tierra recientemente movida: arrodillóse allí, y levantando los ojos al cielo, hizo una larga oracion.

Este paso me pareció de muy buen agüero

para el recobro de su razon, pues semejante señal de confianza en el Ser supremo, manifestaba que su alma comenzaba á recuperar el ejercicio de sus funciones naturales. Domingo y yo nos arrodillamos, á ejemplo suyo, y oramos con él, despues se levantó, y se encaminó hácial a parte del norte de la isla, sin hacer mucho caso de nosotros. Como yo estaba cierto de que ignoraba donde se habia depositado el cadáver de Virginia, y aun si le habian sacado del mar, le pregunté porqué habia ido á rezar al pie de los bambúes, y me respondió suspirando: «Hemos estado allí tantas veces Virginia y yo!»

Continuó caminando hasta la entrada del bosque, donde nos cogió la noche. Allí le excité con mi ejemplo á tomar un poco de alimento, y despues nos recostamos sobre la yerba al pie de un árbol, persuadido yo de que al dia siguiente resolveria volverse á casa. En efecto, luego que amaneció, estuvo mirando bastante tiempo hácia la llanura de la iglesia de las Pamplemusas, y aun hizo al-

gunos movimientos como para retroceder; pero de allí á un instante se internó repentinamente en el bosque, dirigiendo siempre sus pasos hácia el norte. Conociendo yo su intencion, procuré distraerle de ella; pero fuéron inútiles mis esfuerzos. Llegamos finalmente cerca de medio dia á la punta de los Polvos de Oro, y bajó precipitadamente á la playa del mar, enfrente del parage donde naufragó el San Gerando; y á vista de la isleta del Ambar y de su canal, entónces terso y apacible como un cristal, esclamó: « Virginia! amada Virginia! » y en esto se desmayó.

Domingo y yo le condujimos en hombros á lo interior del bosque, donde nos vimos muy apurados para hacerle volver en sí; y habiéndole conseguido, se empeñó de nuevo en volver á las orillas del mar, hasta que habiéndolo suplicado que no renovara nuestro dolor y el suyo con tan crueles memorias, tomó otra direccion. Finalmente, por espacio de ocho dias, no cesó de andar de una parte á otra, recorriendo uno por

uno los lugares donde habia estado con la compañera de su infancia; la senda por donde habia ido á pedir el perdon para la esclava de Rio-negro; las márgenes del rio de los Tres pechos, donde Virginia se sentó por no poder andar, y la parte del bosque donde los dos se estraviáron. Todos los sitios que le recordaban las inquietudes, los entretenimientos, los banquetes, la beneficencia de su querida Virginia: el rio de la Montaña Larga, mi cabaña, la cascada inmediata, el papayo plantado por su mano, los cruzeros de la floresta donde ella se complacia en cantar, la era ó esplanada inmediata á su casa donde gustaba de correr; todos estos sitios, repito, le hiciéron derramar sucesivamente lágrimas de afliccion; y los mismos ecos que tantas veces habian resonado con los gritos comunes de su mutua alegría, no repetian entónces mas que estos acentos doloridos: « Virginia!... amada Virginia! »

Con aquella vida errante y salvage, se le hundiéron los ojos, cubrió su rostro una mortal palidez, y su salud se deterioró con-

siderablemente. Persuadido yo de qué el sentimiento de los males presentes se duplica con el recuerdo de los placeres pasados, y que las pasiones crecen y se fortifican con la soledad, resolví apartar á mi infeliz amigo de los lugares que renovaban la memoria de la pérdida de la prenda de su amor y trasladarle á otro parage de la isla donde encontrase mas distraccion y variedad de objetos.

A este efecto le llevé á las alturas habitadas del distrito llamado de Williams, donde no habia estado nunca, y en cuya parte de la isla, la agricultura y el comercio estaban á la sazon en su mayor auge y actividad, pues por todas partes habia cuadrillas de carpinteros, que cortaban maderas, y otros que las serraban en tablones; carretas que iban y venian de una parte á otra, por todos sus caminos; grandes manadas de bueyes y de caballos, que pastaban en su fértil campiña, y una infinidad de casas distribuidas por los campos. Por otro lado la elevacion del suelo permite plantar allí en muchos parages di-

versas especies de vegetales de la Europa, y se veian aquí y allí mieses doradas en la llanura, verdes tapetes de fresales en los descampados de los bosques, y á lo largo de los caminos setos de rosales. Ademas de esto, la frescura del aire que allí se respira, dando tension á los nervios, es, por consiguiente, favorable á la salud, aun de los mismos blancos.

Desde aquellas alturas, situadas casi en el centro de la isla, y rodeadas de grandes bosques, no se descubre ni el mar, ni Puerto-Luis, ni la iglesia de las Pamplemusas, ni otro objeto que pudiera excitar en Pablo la memoria de Virginia. Las mismas montañas que se presentan á la vista en diferentes graduaciones por el lado de Puerto-Luis, no ofrecen, miradas desde las llanuras de Williams, mas que un promontorio en línea recta y perpendicular, en el cual sobresalen varios picachos muy elevados, donde se apiñan las nubes.

A aquellas llanuras, pues, conduje yo á Pablo, trayéndole en continuo movimiento

de una parte á otra, de noche y de dia, al sol, y aun estraviándole de propósito en los bosques, prados y campos, con el fin de distraer su ánimo con la fatiga del cuerpo, y de hacerle mudar de reflexiones con la ignorancia del lugar donde nos hallábamos, y del camino que habíamos perdido. Pero el alma de un amante encuentra en todas partes los vestigios del objeto amado: la noche y el dia, el bullicio y la soledad, el tiempo mismo, que se lleva tras sí tantas memorias, nada puede apartarle de él, bien así como la aguja magnetizada, que por muchas agitaciones que padezca, se vuelve hácia el polo que la atrae, inmediatamente que la dejan en reposo. Y así, cuando yo le preguntaba á Pablo, estraviado en medio de un bosque: «¿Adonde irémos ahora»? se volvia hácia el norte, y me decia: «Allí están nuestras montañas, volvámonos á ellas.»

Bien pronto conocí que todos los medios, discurridos por mí para distraerle, eran inútiles, y que no me quedaba otro recurso que combatir su pasion con sus mismas armas,

valiéndome para esto de todas las fuerzas de mi débil razon; y así le respondí: « Sí; aquellas son las montañas donde vivia tu querida Virginia, y este el retrato que le diste junto á la fuente de los cocoteros, y que ella conservó hasta el último instante de su vida. » Al punto que Pablo vió el retrato, me le arrancó de las manos con una especie de furia, comenzó á temblar, y se le inflamáron los ojos, detenidas en ellos las lágrimas, sin poder correr. Yo entónces viéndole tan inmutado, le hice las reflexiones siguientes:

« Escucha mis razones, querido Pablo, que soy tu amigo, y lo he sido igualmente de Virginia, y no ignoras que he procurado siempre, en medio de vuestras esperanzas, fortificar vuestra razon contra los accidentes imprevistos de la vida. ¿De qué te lamentas con tanta amargura? de tu desgracia, ó de la de Virginia?

«¿Te lamentas de tu desgracia? sin duda que es muy grande, pues has perdido la mejor de las mugeres, que habiendo sacri-

ficado sus intereses á los tuyos, te prefirió á los bienes de la fortuna, como el único premio digno de su virtud. Pero ¿qué sabes tú si el objeto de quien podias esperar una felicidad tan pura, tal vez seria para tí la causa de una infinidad de males? Virginia era pobre y estaba desheredada; y tú únicamente la podias mantener con el trabajo de tus manos. Habiéndose criado con mas delicadeza que tú, y adquirido mas valor con su misma desgracia, la hubieras visto desmejorarse de dia en dia, esforzándose en partir contigo el peso de tus fatigas. ¡Cuanto no se acrecentarian tus penas y las suyas, si teniendo hijos mañana ú otro dia, os viérais precisados á mantener, con solo tu trabajo, á vuestras ancianas madres, y una dilatada familia!

« Tú me dirás que el gobernador os ayudaria, pero ¿quien sabe si en una colonia, donde se mudan tan amenudo los gobernadores, hallaríais otro como el señor de la Bourdonais? ¿quien te asegura á tí que el que venga despues de él, no sea hombre de

malas costumbres, y peor modo de pensar? Y en este caso, ó vivirias pobre toda tu vida, ó te espondrias á las asechanzas de su corrupcion por conservar tu honor y el de tu esposa, siendo perseguido por aquellos mismos de quienes esperabas proteccion y amparo.

» Me podrás decir que á lo ménos gozarias de la felicidad independiente de la fortuna, esto es, de proteger al objeto amado, que se estrecha con nosotros en proporcion de su misma debilidad; de consolarle con tus propias inquietudes; de alegrarle con tu misma tristeza, y de aumentar el amor con vuestras penas mutuas. No hay duda que la virtud y el amor, en los matrimonios bien avenidos, gozan de estos placeres amargos. Pero Virginia ya no existe, y te quedan los dos objetos, que despues de tí ha amado mas en este mundo, que son su madre y la tuya, á quienes tu dolor inconsolable hará descender al sepulcro. Pon, pues, tu dicha en ayudarlas, como la tenia puesta ella misma. La beneficencia, hijo mio, es la felici-

dad de la virtud, y no hay otra mayor ni mas segura que ella sobre la tierra. Los proyectos de placeres, de tranquilidad, de delicias, de abundancia y de gloria, no están hechos para el hombre débil por naturaleza, y pasagero en esta vida. Observa como un paso dado hácia la fortuna, nos ha precipitado á todos de abismo en abismo. Verdad es que tú te opusiste al viage de Virginia; pero ¿quien diria que no habia de ser para su mayor bien y tuyo? Las instancias de una parienta anciana y rica, los consejos de un gobernador prudente, los aplausos de una colonia, las exhortaciones y autoridad de un ministro de Dios, han decidido de la suerte de Virginia. Así regularmente corremos á nuestra perdicion, deslumbrados con las esperanzas de un mundo engañador. Pero al cabo, de tantos hombres como vemos tan afanados en estas llanuras, de tantos como van á buscar fortuna á las Indias, ó que sin salir de su casa disfrutan tranquilamente en Europa de los sudores de estos, ni uno solo hay que no esté destina-

do á perder un dia lo que mas estima, grandeza, fortuna, muger, hijos y amigos. La mayor parte tendrán que añadir á esta pérdida la memoria de su propia imprudencia; mas tú, entrando dentro de tí mismo, nada tienes de que reprenderte, pues siempre has tratado á Virginia con las miras mas legítimas, mas puras y mas desinteresadas. Es verdad que la has perdido; pero no ha sido por imprudencia, avaricia ú otra falta tuya, sino porque Dios ha querido valerse de las pasiones de otros para quitarte el objeto de tu amor: Dios, digo, de quien tienes todo lo que eres, que ve todo lo que te conviene, y cuya sabiduría no te deja ningun lugar á la desesperacion y al arrepentimiento, compañeros inseparables de los males de que nosotros hemos sido los autores.

» Laméntaste de la desgracia de Virginia, de su triste fin y de su estado presente; y porqué? Ella ha padecido la suerte reservada á la grandeza, á la hermosura y á los imperios mismos. La vida del hombre, con to-

ds sus proyectos, se eleva como una torre, cuyo coronamiento ó remate, es la muerte. Estaba condenada á morir desde el instante de su nacimiento. ¡Dichosa ella en haberse desatado de los lazos de la vida, ántes que su madre, que la tuya y que tú mismo, quiero decir en no haber muerto muchas veces ántes de la última!

» La muerte, hijo mio, es un bien para el hombre justo; es la noche de este dia inquieto que se llama vida, y el término de las enfermedades, pesares, aflicciones y temores que continuamente agitan á los míseros mortales. Fondea á los hombres que parecen mas dichosos, y verás cuan caramente han comprado su pretendida felicidad; la opinion pública á costa de mil males domésticos; las riquezas á costa de la pérdida de la salud; el placer tan raro de ser amado á costa de continuos sacrificios; y regularmente al fin de una vida sacrificada á los intereses de otro, no ven al rededor de sí, mas que amigos falsos y parientes ingratos. Pero Virginia ha sido feliz hasta el último momento;

lo fué en nuestra compañía con los bienes de la naturaleza, y léjos de nosotros con los de la virtud; y aun en el instante terrible en que la vimos perecer fué igualmente feliz; porque ya echase los ojos sobre toda una colonia, en cuyos habitantes causaba una desolacion universal, ya los echase sobre tí, que con tanta intrepidez volabas á su socorro, tuvo el consuelo de ver cuan amada era de todos. Fortificada en aquel momento con el testimonio de la inocencia de su vida, recibió entónces el precio que el cielo reservaba á su virtud, un valor superior á los riesgos: en una palabra, presentó á la muerte un rostro sereno.

» Dios, hijo mio, da en que merecer á la virtud en los varios lances de la vida, para manifestar que ella sola es la que puede hallar felicidad y gloria en los acontecimientos mas terribles. Cuando la reserva una reputacion ilustre, la eleva sobre el gran teatro del mundo y la pone en combate con la muerte; entónces su valor sirve de ejemplo, y la memoria de sus desgracias recibe para siem-

pre un tributo de lágrimas de la posteridad. Ve aquí el monumento inmortal que está reservado para la virtud, en una tierra en que todo pasa, y hasta la memoria de la mayor parte de los grandes, es sepultada en eterno olvido.

» Pero Virginia vive todavía. El mismo Dios que la crió la hace feliz, premiando sus virtudes. Ya sabes, hijo mio, que hay un Ente supremo, á quien toda la naturaleza anuncia, y cuya existencia te dicta tu mismo corazon, penetrado de la grandeza de sus obras, que están á la vista de todos. El es el que premia las virtudes, ó castiga severamente los vicios, sin que ningun mortal pueda frustrar los decretos de su justicia. La religion te lo enseña, y no necesito detenerme ahora en probarte una verdad de que estás bien convencido. Ah! si Virginia ha sido feliz con nosotros, lo será actualmente mucho mas con la posesion de su criador. Así es de esperar de la infinita bondad de Dios, y de la justicia con que juzga á sus criaturas. Vuelvo á repetir: Virginia es feliz en el cielo: y si

lesde la morada de los ángeles pudiera conunicarse á tí, te diria como por última lespedida: O Pablo! la vida no es mas que una continua prueba. Yo atravesé los mares por obedecer á mis padres: renuncié las riquezas por conservar mi fe, y preferí la muerte á la violacion del pudor. El cielo me ha libertado, en premio, de la pobreza, de la calumnia y de todos los males, que afligen al linage humano en ese globo de miserias, donde la vida está en continua lucha con la muerte, y la inocencia con la injusticia; y ¡ tú me lamentas! Aquí gozo de una dicha eterna é inefable, sin mezcla de disgustos ni zozobras que la perturben. Sufre, pues, el estado de prueba, en que te ha puesto la providencia en ese mundo, para ser feliz conmigo en este por toda una eternidad. Aquí tendrán fin tus penas, y se enjugarán tus lágrimas. O Pablo! Pablo! eleva tu alma á lo infinito, para soportar los trabajos de un instante. »

Al llegar aquí, mi propio acaloramiento puso fin á mi discurso. Pero Pablo mirán-

dome de hito en hito, esclamó : « Pero ella no vive ! ella no vive ! » y una larga congoja se siguió á estas dolorosas espresiones. Despues, volviendo en sí, me dijo : « Ya que la muerte es un bien, y Virginia feliz, quiero morir cuanto ántes para juntarme con ella. » De modo que las mismas razones con que yo procuraba consolarle, solo sirviéron para fomentar mas su pena, y me vi entónces en el mismo caso de un hombre que intenta salvar á su amigo, que se sumerge en un rio, sin querer nadar. El dolor tenia sumergido á Pablo. Ay de mí! las desgracias de la primera edad disponen al hombre para la entrada de la vida; y Pablo no habia esperimentado ninguna.

Volvimos, por fin, á su cabaña, donde encontré á su madre y á madama de La Tour en peor estado que ántes de nuestra salida; pero particularmente Margarita era la que se hallaba mas abatida de ánimo. Los genios vivos, en los cuales hacen poca mella las penas ligeras, son los que ménos resisten á las grandes pesadumbres.

Consolélas del modo posible, y Margarita me contó lo siguiente: « Sabed, vecino, como esta noche me pareció ver á Virginia vestida de blanco en medio de florestas y jardines deliciosos, que me decia: Yo gozo de una felicidad digna de envidia. Despues se acercó á Pablo con semblante muy risueño, y se le llevó consigo; y como yo hiciese esfuerzos para detener á mi hijo, esperimenté que yo misma dejaba la tierra, y le seguia con un gusto indecible. Quise entónces despedirme de mi amiga, mas vi que nos seguia con Domingo y María. Pero lo que me parece mas estraño (continuó) es que madama de La Tour ha tenido un sueño esta noche, acompañado de las mismas circunstancias. »

Como ellas no eran supersticiosas, me persuadí desde luego, que el sueño podria tener alguna analogía con otros de que nos hablan las historias, que han sido mirados como inspiraciones del cielo. Pero sea como quiera, lo cierto es que el de estas infelices mugeres, tardó bien poco en realizarse. Pa-

blo murió dos meses despues de su amada Virginia, cuyo nombre no cesaba de pronunciar. Margarita vió acercarse su fin ocho dias despues de la de su hijo, con una alegría, que solo la virtud es capaz de esperimentar, despidiéndose con la mayor ternura de madama de La Tour, con la esperanza, como ella decia, de una dulce y eterna reunion en la otra vida.

El gobernador se encargó de la subsistencia de Domingo y María, que ya no se hallaban en estado de servir, y no sobreviviéron mucho tiempo á sus amas. El pobre Leal tambien murió de pura vejez, casi al mismo tiempo que su amo.

La que se sostuvo, en medio de tantas desgracias, con increible grandeza de alma, fué madama de La Tour, á quien yo llevé á mi compañía. Esta valerosa muger, despues de haber consolado á Pablo y Margarita, como si ella no tuviese otros males que llorar mas que los de estos, me hablaba todos los dias de ellos, como de unos amigos estimados que vivian en las inmedia-

ciones. Pero tampoco les sobrevivió sino un mes.

Por lo que mira á la tia de Paris, léjos de atribuirle madama de La Tour sus males, pedia á Dios la perdonara, y libertara su espíritu de las horribles inquietudes, que segun supimos despues, la agitáron desde que tuvo la inhumanidad de despedir de su casa á Virginia. Pero esta tia desapiedada, no tardó en esperimentar el castigo de su dureza, pues por varias embarcaciones que posteriormente llegáron á esta isla, se supo que estaba poseida de una especie de melancolía, que le hacia igualmente insoportables la muerte y la vida. Tan pronto se achacaba á sí misma el fin prematuro de su sobrinita, y la muerte de su madre, que á ella se habia seguido; tan pronto se aplaudia de haber desterrado de su vista á dos infelices que por su bajo modo de pensar, como ella decia, habian deshonrado su casa y familia. A veces volviéndose furiosa á vista de tantos pobres como hay en Paris: «¿Porqué no los envian, esclamaba, á estos haraganes á pe-

recer en nuestras colonias? » A temporadas daba de ser devota, y otras por el estremo opuesto, sin acertar jamas á guardar el justo medio de una virtud sincera y constantemente seguida. En suma, lo que mas aceleró el término de su miserable vida, fué el remordimiento que la devoraba de haber sacrificado los sentimientos naturales de la sangre á la avaricia de su corazon y á la vanidad de su familia; y aun tuvo el desconsuelo de ver pasar sus bienes á unos parientes que aborrecia. Y habiendo intentado, en venganza, enagenar lo mas pingüe de su patrimonio, porque no recayera todo en ellos, los mismos parientes, aprovechándose de la especie de manía á que estaba sujeta, la hiciéron encerrar como loca, y pusiéron sus bienes en administracion. Así que sus mismas riquezas fuéron la causa de su perdicion; y como ellas habian empedernido el corazon de la que las poseia, por la misma razon endureciéron el de los que las deseaban. En suma, para colmo de su desgracia, murió con bastante conocimiento para verse des-

pojada y ultrajada por aquellos que la habian dirigido durante su vida.

Cerca del sepulcro de Virginia, al pie del grupo de bambúes ó cañas, fué enterrado su amigo Pablo; y al rededor de ellos sus tiernas madres, y los fieles criados Domingo y María. Sobre sus humildes sepulturas no se elevaron mármoles, ni se grabáron inscripciones en loor de sus virtudes; pero en recompensa de estos vanos aparatos, ha quedado indeleble su memoria en los corazones de aquellos, á quienes tenian obligados con beneficios. Sus sombras no tienen necesidad del esplendor, de que huyéron cuando vivian; prefieren al contrario, andar errantes debajo del pajizo techo de las humildes chozas donde habita la virtud laboriosa, consolando á la pobreza no contenta con su suerte, é inspirando á todos el gusto de los bienes naturales, el amor al trabajo y el temor de las riquezas.

La voz del pueblo, que calla sobre los monumentos elevados á la gloria de los potentados y conquistadores de la tierra, ha dado

nombres á algunos parages de esta isla que eternizarán la pérdida de Virginia. Se ve cerca de la isleta del Ambar, en medio de los arrecifes, un sitio llamado el paso del San Gerando, del nombre del navío en que naufragó Virginia. La estremidad de aquella larga punta de tierra que veis, á tres leguas de aquí, medio cubierta con las olas del mar, y que el S. Gerando no pudo doblar, la víspera del huracan, para entrar en el puerto, se llama el Cabo Desgraciado; y ved allí en frente de nosotros, en los confines de ese valle, la Bahía del Sepulcro, donde se encontró entre la arena el cadáver de Virginia, como si el mar hubiese querido restituirle á su familia, y tributar los últimos homenages á su pudor, en las mismas playas que ella habia honrado con la inocencia de su vida.

Jóvenes tan tiernamente unidos! madres desgraciadas! amadas familias! estos bosques que os daban su sombra, estas fuentes que manaban para vosotros, estos oteros donde reposábais todos juntos, lloran todavía el

haberos perdido. Nadie, despues acá, se ha atrevido á cultivar esta tierra desolada, ni á reedificar estas humildes cabañas. Vuestras cabras se han hecho montaraces; vuestros vergeles están destruidos; vuestros pájaros han huido; y solo se oyen los silbidos de los gavilanes y aves de rapiña que vuelan en torno de este recinto de peñascos. Yo, desde que no os veo, soy como un amigo que ya no tiene amigos, como un padre que ha perdido á sus hijos; como un viagero que anda errante sobre la tierra, donde ha quedado solo, triste y afligido.

Al acabar estas palabras, echó á andar el buen anciano, derramando abundantes lágrimas, y las mias habian corrido mas de una vez, durante esta funesta relacion.

FIN.

C 11

Deacidified using the Bookkeeper pro
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Feb. 2008

Preservation Technolog
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERV
111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

THE LIBRARY OF CONGRESS

LIBRARY OF CONGRESS
0 020 409 907 8